

## Ramonismo (con numerosas ilustraciones del escritor)

Gómez de la Serna, Ramón, 1888-1963.

[Madrid] Calpe [1923]

<https://hdl.handle.net/2027/mdp.39015012919042>

# HathiTrust



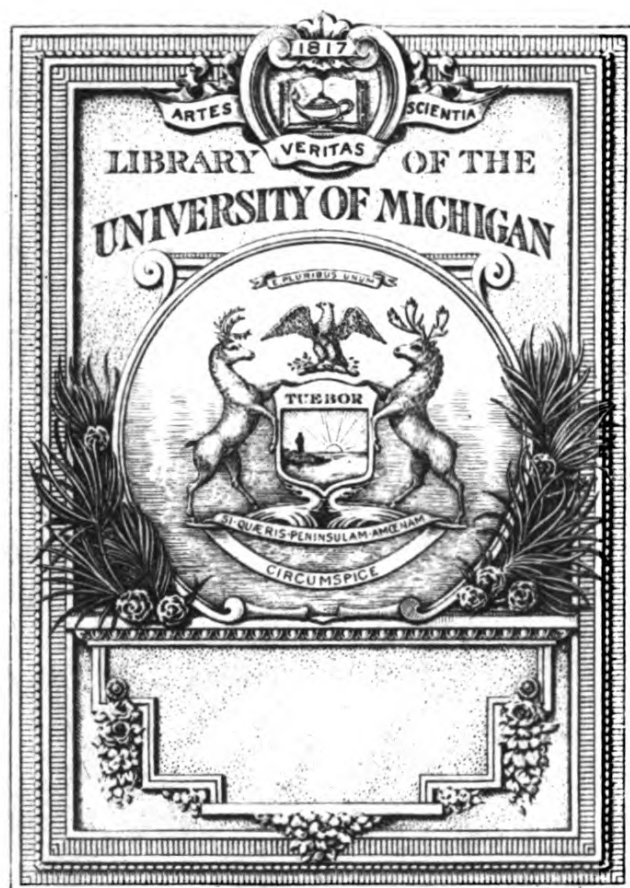
## www.hathitrust.org

**Public Domain in the United States,  
Google-digitized**

[http://www.hathitrust.org/access\\_use#pd-us-google](http://www.hathitrust.org/access_use#pd-us-google)

We have determined this work to be in the public domain in the United States of America. It may not be in the public domain in other countries. Copies are provided as a preservation service. Particularly outside of the United States, persons receiving copies should make appropriate efforts to determine the copyright status of the work in their country and use the work accordingly. It is possible that current copyright holders, heirs or the estate of the authors of individual portions of the work, such as illustrations or photographs, assert copyrights over these portions. Depending on the nature of subsequent use that is made, additional rights may need to be obtained independently of anything we can address. The digital images and OCR of this work were produced by Google, Inc. (indicated by a watermark on each page in the PageTurner). Google requests that the images and OCR not be re-hosted, redistributed or used commercially. The images are provided for educational, scholarly, non-commercial purposes.

A 853,713



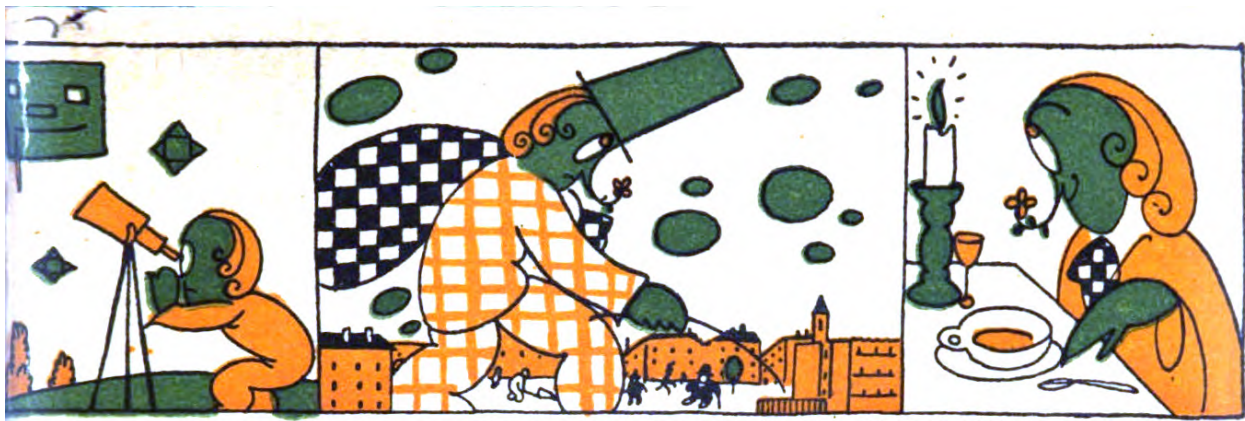
860  
662











RAMON GOMEZ DE LA SERNA

# RAMONISMO

768  
G 629 ram



LOS HUMORISTAS

CALPE





# C A L P E

## LOS HUMORISTAS

### Volúmenes publicados

JORGE COURTELIN. — *Boubouroche*. Traducida del francés por N. González Ruiz.

*Los señores chupatintas*. Tr. por N. González Ruiz.

ARNOLD BENNET — *Enterrado en vida*. Traducida del inglés por Vicente Vera.

*El maludor de Cinco-Villas*. Tr. por C. Rivas Cherif.

*La viuda del balcón*. Traducida por C. Rivas Cherif.

JULIO CAMBA. — *La rana viajera*.

*Aventuras de una peseta*.

HENRY SIDNOR HARRISON. — *Quedé, el doctorcillo*.

Traducida del inglés por Juan de Castro.

EUGENIO HELTAI. — *«Family Hotel» y Mi segunda mujer*. Traducida del húngaro por A. Révész.

*Manuel VII y su época*. (Continuación de «Family Hotel».) Traducida por A. Révész.

*La modistilla*. Traducida por A. Révész.

*«Los siete años de hambre» y Cuentos*. Tr. por A. Révész.

*La Verdad a perra chica*. Tr. por Andrés Révész.

ANTON CHEJOV. — *Historia de una anguila, y otras historias*. Traducida del ruso por Saturnino Ximénez.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA. — *Disparates*.

*El incongruente*.

*Ramonismo*.

ESTEBAN SZOMAHAZY. — *El dramaturgo misterioso*.

Traducida del húngaro por A. Révész.

BENE BENJAMIN. — *Gaspar*. Tr. del francés por N. Azáñes.

*El comandante Pipe y su padre*. Tr. por N. González Ruiz.

P. VEBER. — *Los cursos*. Tr. del francés por M. Luengo.

VARIOS AUTORES. — *Antología de humoristas húngaros*. Seleccionada y traducida del húngaro por A. Révész.

KÁLMÁN DE MIKSZÁTH. — *Gente de rumbo y El caudán del sultán*. Traducida del húngaro por Andrés Révész.

JAN NERUDA. — *Cuentos de la Malá Strana*. Traducida del checo por W. F. Reisner.

ARCADIO AVERCHENKO. — *Memorias de un simple y Los niños*. Traducida del ruso por G. Portnoff.

### En prensa

7. — *Viaje al país de la cuarta dimensión*. Traducida del francés por R. Sánchez Ocaña.

EDRIN. — *El liberal*. Traducida del ruso

25  
Glad

# RAMONISMO

**ES PROPIEDAD**  
**COPYRIGHT BY CALPE, MADRID, 1923**

---

**Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.**

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

# RAMONISMO

(CON NUMEROSAS ILUS-  
TRACIONES DEL ESCRITOR)



LOS HUMORISTAS  
CALPE

56-4  
G. L. Y. a.

Jiménez y Molina-Impresores. Tel. 315 J.



## ADVERTENCIA PRELIMINAR

Este libro muestra mi espíritu con resueltas plumadas.

He intentado en él dar fuerte expresión a las cosas para oponer mi *ismo* a todos los *ismos*.

Con la pluma del escritor están hechos esos dibujos, de los que me siento orgulloso por lo malos que son, pues sólo así no repugna a mi temperamento el amaneramiento del dibujo. Intentan hacer más expresivo y alegre lo que va escrito, y en ninguno está afondada la monotonía abrumadora de la insistencia. Todos salieron de una vez, recogiendo el grafito de cada cosa.

En libros como éste, como *Disparates*, *Muestrario*, *El libro nuevo*, *Variaciones* y *Virguerías*, cuyo texto diferente y variado produce índices en que yo mismo me pierdo, todo se inicia sinceramente, sin abrumar a mis lectores, pues yo repudio los lectores que necesitan encontrar llena de cilicios y penitencias la lectura; éstos, para ciertos escritores, para los de fama antipática, para los que son adversos al género humano y a la amenidad, y que así es como, sin embargo, avasallan al lector.

Yo necesito la sencilla amistad de ciertos lectores, y por eso les preparo el libro fácil, variado, original, y siempre les regalo en cada libro, como los caramelos que añade el tendero al pedido, unas nuevas «Greguerías», completamente nuevas.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

7.



Spencer  
31.02  
10-6-42  
46421

## Teoría y estética de los cuellos de pajarita

Nada más formal ni más importante que los cuellos de pajarita. No hay en la trigonometría cálculo tan complicado ni problema tan difícil como el de la moda de un buen cuello de pajarita.

Se discute mucho sobre los cuellos de pajarita: tanto como sobre mí. Unos elegantes llevan uno creyendo que es el modelo típico del supremo *chic*, y otros llevan otros por la misma razón. Cuando se llega a ese engreimiento de la adolescencia retestinada todo es absolutamente aristocrático y elegante.

La verdad verdadera es que sólo el Rey de Inglaterra lleva el pajarita ideal, el pajarita excelso, el pajarita digno de Petronio, si Petronio hubiese gastado pajarita. El Rey de Inglaterra perfecciona el pajarita, y lo dibuja y lo recorta él mismo, sellándose el modelo de cada invierno con el sello real del Estado, firmándolo y rubricándolo el Rey.

El más importante decreto que firma todas las entradas de invierno el Rey de Inglaterra es lo que se llama «el lanzamiento del cuello de pajarita», asistiendo el Lord Mayor de Londres a la ceremonia. Como Inglaterra es un pueblo tan tradicional, desde que se inventó el cuello de pajarita en Oxford, a principios del siglo XIX, por el célebre lord Roberts, es una facultad del Rey la de promulgar el nuevo cuello oficial de pajarita, y entre las hojas impresas de la *Gaceta del Imperio Británico* se reparte el patrón del cuello de

pajarita recién promulgado. Después, en manos de los cortadores, ese patrón se complica y pierde forma, hasta llegar a España completamente confundido.

A un profano, todos los pajaritas le parecerán lo mismo, encontrando que las puntas de la pajarita son dos ventanas que dejan la nuez al descubierto. Sólo a un profano se le ocurre entrar en una tienda y pedir, sin encomendarse a Dios ni al diablo, de un modo vago y genérico:

—Déme un *cuello de pajarita*.

A esos catetos es a los que se les va subiendo la corbata de lazo cuello arriba, cuello arriba, hasta que sobre su nariz y sus orejas queda convertida en unas gafas negras la corbata ascendente.

¡Qué abstracción más tonta esa de «un cuello de pajarita»! «Un cuello de pajarita», dicho así, sin distinción ni nada, es un cuello ridículo, que avejenta, que encursilece, que no defiende la figura del que lo lleva. El cuello de pajarita elegante no es cualquier cuello de pajarita,

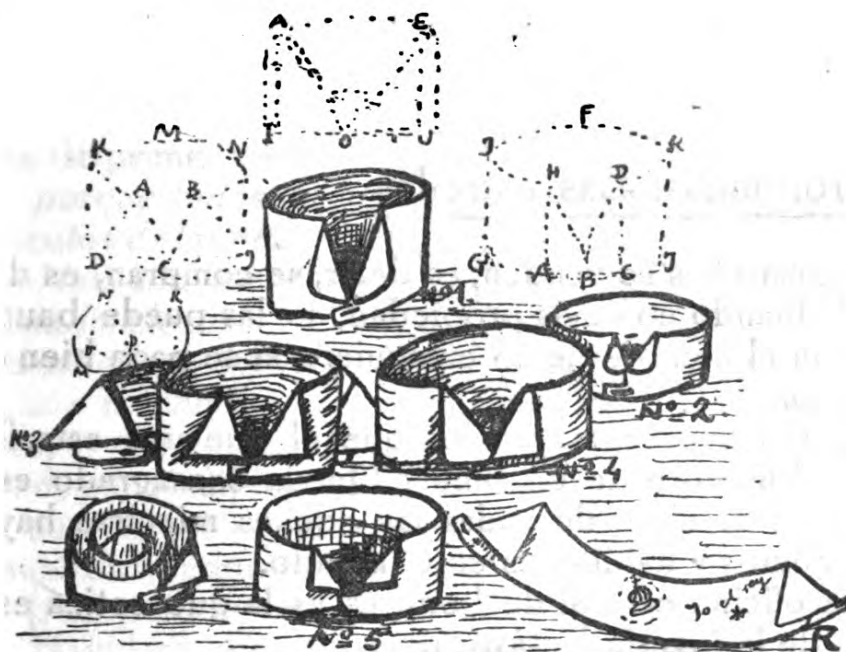
sino cierto cuello de pajarita, ése, ése únicamente, entre todos los que saca el camisero por confundiros y porque él mismo no sabe a qué atenerse.

Lord Chamberlain y lord Salisbury usaban los pajaritas más importantes del mundo, y sus cabezas quedaban trazadas en el aire con una altivez admirable, porque la pajarita es lo que enfoca bien los rostros. Oscar Wilde también utilizó los mejores pajaritas, aunque un poco desproporcionados si en vez de un escri-



tor excéntrico hubiese sido un miembro de la aristocracia inglesa.

La pajarita es el cuello del político de influencia duradera y del que se levanta a decir la palabra decisiva en una discusión. La pajarita es el cuello del conferenciante, porque le enfrenta con el público, y, al mismo tiempo, le permite bajar la cabeza y mirar sus notas sin esfuerzo y sin guillotinarsen con el cuello de tirilla.



Entre los pajaritas que han llegado a ser un tópico está el pajarita número 1, que es para novios formales; el número 2, que es para novios chisgarabís; el número 3, que es para los extravagantes de la vida o para los que salen con cabeza de directores de orquesta; el número 4, para los hombres bastante ecuanímenes, y el número 5, para bodas.

Hay que tratar con más seriedad el cuello de pajarita, cuya teoría y estética explica en Oxford un catedrático, al que regala sus cuellos usados el mismo Rey, así como a los guardianes de la Torre de Londres

les dan de la carne que come el Rey. Ese profesor —de cuyo libro de texto están tomados los pajaritas de puntos que ilustran mi trabajo— traza en el encerado infinidad de figuras que quieren aproximarse al modelo ático, en que las medidas se equilibran y se desequilibran unas a otras, conservando el estilo puro.

Ningún cuello más cumplido que el cuello de pajarita, cuello que es de visita porque tiene las dos puntas dobladas, como se doblan las de las tarjetas de visita cuando realmente se ha estado en casa del amigo.

### Astronomías: Las estrellas

Las estrellas se venden, es decir, se compran, es decir, hablando con más propiedad, se las puede bautizar con el nombre de un cualquiera, si se paga bien el bautizo.

¿Qué mayor consagración que el que una estrella lleve el nombre de un señor? Queda consagrado ese señor en el cielo de todas las noches mientras haya astrónomos y habitantes en el mundo.

La oficina central de Londres es la que cotiza esa rama de la joyería fantástica.

Esas grandes estrellas desconocidas que aparecen de pronto una noche en el cielo de los observadores ya tienen su postor que esperaba turno, y el observatorio de Groulin, que es el que está más cerca del cielo y tiene mejores aparatos de observación, siendo, por tanto, el que primero las ve, telegrafía a todo el mundo el nombre del primer inscrito como si fuese su inventor.

Las estrellas nuevas de primer orden valen un millón de pesetas, y después las hay de 700.000, 200.000 y hasta de 100 pesetas. La de Roso de Luna no era más que de 100 pesetas.

Yo, que consulto los mapas celestes constantemente y que me coloco frente al cielo de cada noche del año como prescribe el Bailly-Bailliére, tengo cuatro estrellas que me pertenecen, que se les han escapado a los astrónomos y que relucen en la noche sólo para mí. No cometeré la tontería de telegrafiar mi hallazgo a los centros astronómicos del mundo, porque estoy seguro de que me birlarían mis modestas cuatro estrellas, que he encontrado a simple vista, porque los aparatos equivocan mucho el cielo, y aunque se ven todas las estrellas de segundo tamaño, se pierden muchas de primer término, *porque todos los aparatos de los observatorios son de demasiado alcance.*

Desde mi terraza pienso mucho en el cielo, y tengo seguridad, por ejemplo, de que cada noche está una estrella de suerte, y el que la mire, el que la encuentre por casualidad, adquirirá la suerte para el día siguiente. ¡Ah, pero es más difícil acertar eso que la lotería de Navidad! ¡Es una estrella entre millones de millones!

Pero yo puedo asegurar, sin embargo, que los hombres de más suerte miraron al cielo la noche antes de que tuviesen el golpe de audacia que les hizo reyes del dinero.

La misma inspiración viene de las estrellas. Shakespeare miraba mucho a las estrellas, buscando en ellas la inspiración, y Baudelaire se asomaba a la chimenea de su cuarto, como el que se asoma a un telescopio, para ver el cielo. «¡Así veo—solía decir—las estrellas de los tejados de París, que son las más bellas estrellas del mundo!»





En los nombres de las estrellas espontáneas, de esas que se consagran a los símbolos para no llenar el cielo de nombres, ha estado impropia la astronomía, pues tienen el defecto los astrónomos de no ser grandes psicólogos y de haberse olvidado de la Tierra y de sus propensiones. De la sociología del cielo no ha



tratado nadie, mas que los que han querido sacar partido de la magia, que ha sido el primer timo del mundo.

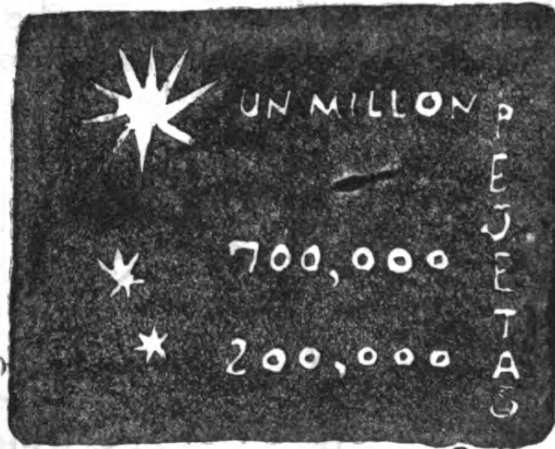
Yo, las noches de luna, bajo la copiosa iluminación de esa gran lámpara de basalto, escribo esa obra de sociología, hasta aquí no emprendida por nadie, y tengo ya apuntadas, entre otras muchas, *la estrella de los suspiros*, que, aun contra lo que vulgarmente se cree, es una sola para cada hemisferio.

No se sabrá nunca hasta qué punto, cuando los seres quieren suspirar, coinciden todas sus miradas en

una única y especial estrella, que ya está un poco tomada e impregnada de melancolía, por resultar algo así como la escupidera de todos los suspiros nocturnos del mundo.

Otra estrella pura y admirable del cielo es la estrella en que se citan los enamorados: esa estrella que se prometieron mirar los dos al mismo tiempo durante la ausencia, y en la que se encuentran, sobre todo, las asturianas con los madrileños.

Ya tiene esa estrella de las citas hasta un banco para que descansen los que se citan en ella: el banco romántico de los jardines inundados de luna...



## Loros célebres

La *Historia de los loros* está por escribir, cuando sería tan interesante como la *Historia de los Papas*; y conste que no cometo un desacato al compararlos con los loros, porque los Papas son los loros de Dios, y sólo repiten lo que su Señor les indica.

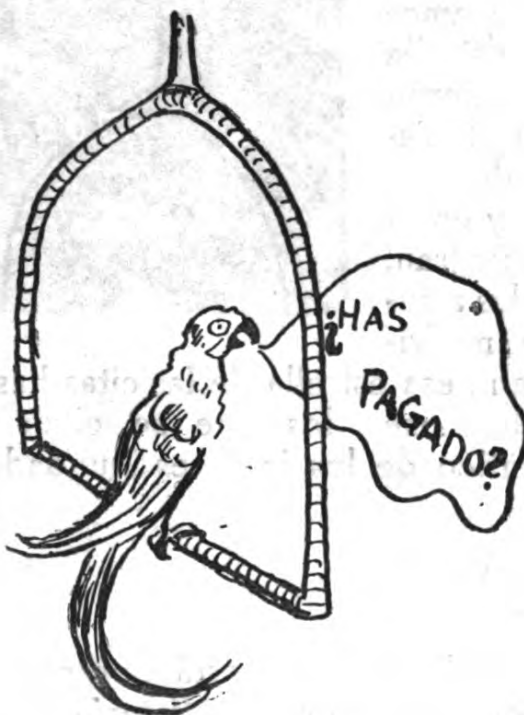
Ha habido loros importantes por lo lenguaraces que fueron, como aquel de Nerón, que le llamaba «¡Sanguinariol!» a todas horas, y el de Bruto, que le llamaba «¡Bruto!» durante todo el día.

Los loros es en lenguaracidad en lo que se distinguen y en lo que compiten. Ninguno lanzó nunca un discurso, ni hizo unos versos. Son cortos de frase, precisos, cortantes, insolentes y calumniosos.

Luis XVI tenía uno que decía a sus ministros: «¡La-

«drones! ¡Ladrones!» Y el Papa Benedicto II tenía uno que llamaba «¡Réprobo!» a todo el que entraba a visitarle.

Las frases del loro de Quevedo serán inmortales, y muchas de las frases que escribe Goya con lápiz debajo de sus aguafuertes son frases de loro, de gran loro genial.



Hay frases de loros célebres, que yo iba a reproducir, pero que la censura ha tachado, desvirtuando tanto los rasgos de las letras de esas frases, empleando esa malicia que convierte en *pes* las *eles* y las *eles* en *pes* en las tachaduras de las cartas, siendo ya imposible la adivinación más ingeniosa del mundo, pues para conseguir el secreto vale más equivocar lo borrado que borrarlo del todo o hasta que quemarlo. (¡Indiscretas cenizas de las novelas!)

Es una lástima que mis lectores no puedan apreciar lo certeras que eran esas frases de los loros más en-

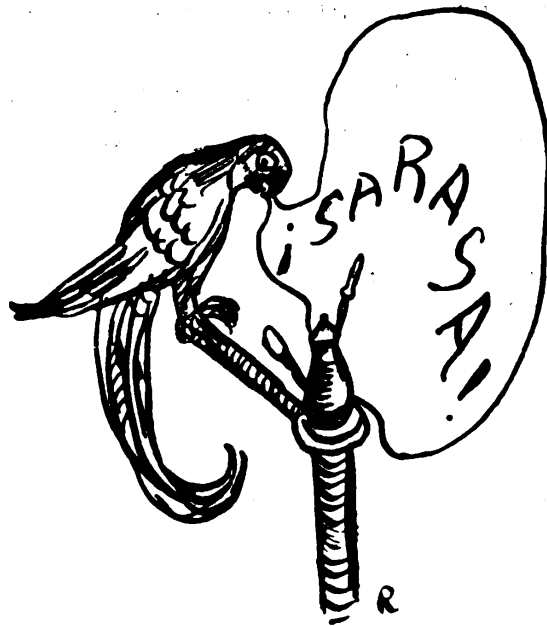
guizcados del mundo, inventores de esas palabrotas que después han circulado tanto por el mundo, hasta suceder que una de ellas es aprendida y lanzada por los niños después del «papa» y «mama».

Los loros de la clerecía, los loros de los obispos, de los canónigos y de los párrocos son los más desver-



gonzados de todos, y un loro de éstos inventó esa frase célebre que lanzan todos los carreteros cuando sus mulas no quieren andar. Los loros de la clerecía son los que están más hartos, y yo conocía a un alto dignatario clerical que hacía él mismo el chocolate del loro y comía antes que él la *ropa vieja*, que era la delicia del bicho, adelantándose así a que el cocinero

envenenara a su lorito, al que dejaba encerrado con doble llave en la habitación cuando él se iba.



No olvidaré las escenas de cuadro en tabla que se producían en aquel interior de viejo solterón, de sacerdote de ochenta años. El loro abusaba de él, y hasta se fumaba sus cigarros.

Era un loro suelto, que decía a los pelmazos: «¡Vetel!», y a las señoritas: «¡Hermosa!», pellizcándolas con el pico. El cura le reprendía dul-

cemente, pero no le echaba penitencia, dejándose reconquistar por el loro cuando el muy granuja le rasca con el pico la coronilla.

De los loros de las matronas, los loros de las grandes jamonas con bata rosa y con grilletes de oro, ya he hablado otra vez, pintándolos como unos redomados chulos.

Los loros de las peluquerías preguntan: «¿Y no te afeitas?» Y también: «¿Fría o caliente?» Un loro de

una taberna de la calle de Fuencarral, colgado a la puerta del establecimiento, grita a todo el que sale de



haber «consumado» un conminatorio y concienzudo «¿Has pagado?», que hace pagar a los distraídos, siendo muy útil que se lo diga a todos, porque precisamente los que dejan de pagar son de los que no se habría sospechado eso jamás.

Yo tuve en mi vecindad un loro terrible, el loro de una muchacha que, después de las intensas miradas de



mucho tiempo, fué novia mía unos cuantos días. Fué un loro que comenzó a decir un día *Ramón*, un *Ramón* con una *R* tremenda, una *R* de repercusión, de retroceso y de tres resortes o muelles, que machacaba a la *a* y hacía descarrilar al *món*.

No volveré a ponerme en relaciones nunca con una mujer que tenga loro. Aquello era el hazmerreír de la vecindad, que miraba a mi balcón cuando el loro comenzaba a llamarme; pero cuando aquello llegó a ser trágico fué cuando reñí con ella y quedó repercutiendo ya, hasta que se mudó, aquel *Ramón*, que no pudo

borrar de la memoria del loro ni lavándole la cabeza con lejía, que es como dicen que al fin se logra hacer que olviden las cosas que aprendieron con empeño.

### Cuando se es un etcétera

Hay momentos en que se es un etcétera. Todos habréis sido alguna vez etcéteras. ¿Quién no ha pasado por ese trance de anonimato y mezcolanza?

«Asistieron don Fulano, don Zutano y etcétera.»

«Se publicaron artículos de Perencejo, Merencejo..., etcétera.»

«Con uno más que hubiese figurado en la lista, estaríamos comprendidos nosotros», nos decimos como unos ilusos, porque probablemente hubiésemos seguido metidos en esa especie de furgón de cola que es el etcétera, aunque los nombres transcritos hubiesen sido más.

«¿Notará alguien que en ese etcétera estoy yo?», se dice uno por consolarse, por no verse tan perdido, tan injustamente tratado, tan empaquetado entre esas letras incongruentes, entre ese lío de letras que es el etcétera.

Pero no, no se nota. Es una vana ilusión el creer que podemos asomar la nariz por el *etcétera*, que es una maleta muy cerrada en la que todo va muy prensado y remetido, en la que vamos muy embanastados unos con otros.

Es una verdadera desgracia irreparable eso de que nos pille el etcétera. Es como cuando en las colas que se forman frente a las taquillas un guardia dice: «Sólo quedan entradas para seis»; o si es a la puerta del Parlamento, escoge sólo diez de los que forman la fila, porque con esos diez la tribuna pública queda completa. ¡Qué desesperación para el que hace el número siete en el primer caso y el once en el segundo!



Los etcéteras, además, no son equitativos, pues van incluídas en ellos personas de más significación que los tipos llenos de presunción que se *han quedado* con el que ha hecho la descripción de los nombres.

Todos los que hemos sido incluídos alguna vez en un etcétera común parece que hemos quedado hechos parientes en quinto o sexto grado, pero parientes al fin. Todos nos llamamos lo mismo de décimo apellido: Etcéteras; y algunos hay, los recalcitrantes, los que durante toda la vida son incluídos en el *etcétera* y van perdiendo sus apellidos hasta no ser más que *Etcéteras* de primero y único apellido, acabando la vida en una especie de incluserismo vergonzante.

### La primera piedra

En el desierto habían descubierto esa piedra dura, durísima, impracticable, que tuvieron que transportar entre tres camellos.

Los hombres de ciencia la estudiaron con todos los anteojos. Era una piedra especial, de la que los geólogos no tenían idea, pues no se había encontrado nunca, a ninguna profundidad, un estrato por ese estilo.

Por fin, raspándola con muy potentes raspadores mecánicos, se encontró una inscripción latina que decía: «Primera piedra del Mundo. Día 1 del año 1 del siglo 1».

Era milagrosa aquella explicación del comienzo del mundo, pero era la más civil y la que más agradó a los arquitectos.

El mundo, como era natural, había sido fabricado, como toda fabricación bien fundada, comenzando por la primera piedra, a cuya colocación asistió el mismo Dios, firmando el acta de fundación con una pluma de ángel mojada en la propia sangre que le salió al cañonarle.



Y la inscripción estaba en latín, porque ése fué el lenguaje de Dios desde que aprendió a hablar, pues aunque no fuese la primera lengua que surgió en la tierra, Él la llevaba ya inscrita en su mente, porque Él es anterior y posterior a toda cosa.

## Oti-Oti

Entre los dioses de marfil del Japón hay uno, que es Oti-Oti, perdido en el tropel de alfiles de los dioses, uno de tantos en las vitrinas de los dioses innumerables.

Es un dios Oti-Oti que se coloca sobre las mesas en que se come, entre el salero, los palillos y las vinajeras.

Es un dios Oti-Oti que no puede faltar de una mesa, pues sería peligroso comer sin él presente.

Es un dios Oti-Oti imprescindible, sobre todo en un pueblo en que se come tanto pescado y tan diferente y tan de filigrana.

Porque Oti-Oti es el dios que defiende de las espinas, comprendiéndose, por lo tanto, lo necesario que es en una buena mesa.

Gracias a Oti-Oti, cuando sacan a la mesa uno de esos peces todos llenos de espinas como para vengarse mejor del pez gordo que se los coma—única razón y causa de las espinas—, todos se sienten alegres y confiados.

¡Qué dios más práctico es Oti-Oti! ¡Qué lástima que no tengamos nosotros un santo patrón contra las malas espinas!

—¡Oti-Oti!—grita e invoca el que se ahoga con la espina; y después de mirar al dios de marfil viejo, la espina sale sola.

En el Japón se cuentan casos milagrosos de salvaciones debidas a Oti-Oti, el dioscecillo que enarbola una espina y que es el mejor centro de mesa, sobre todo allí donde se comen tantos peces de colores.

¿Y sabéis gracias a lo que se salvó el otro día la señorita Pilar, que se atragantó con una espina en el comedor de su hotel de la Castellana?



Porque—ella no lo sabía—el dioscecillo de marfil colocado, como quien no hace la cosa, en el broche o cierre de su bolsillo de moda era Oti-Oti.

¡Se necesita suerte!...

### Los seres y las cosas de los sueños

Desde luego, los hombres de los sueños no tienen corbata. Usan siempre plastrón. La cartera se la han olvidado, y, por tanto, cuando van a dar una tarjeta no la llevan encima. El reloj lo llevan parado. Usan bas-

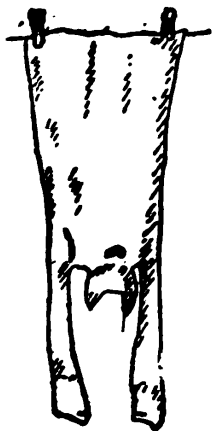
tón de cayada de plata. Tienen el color de haber salido de la convalecencia de la gripe, y tienen ojeras irisadas.

Las mujeres de los sueños tienen un cuerpo muy entallado, van descotadas y su peinado está medio deshecho, pareciendo que de un momento a otro va a caer como cascada de moños sobre sus espaldas. Tienen cara de locas, como si estuviesen en el manicomio de los sueños por eso. Llevan unas grandes pulseras como grilletes. Están siempre un poco avejentadas y tienen fina carne de Sarahs Bernhardts.

Las casas en que se verifican los sueños tienen los cristales ahumados. Hay muy pocas sillas en sus habitaciones. Se abren las puertas de la calle sin que las abra nadie, habiendo por eso una gran inseguridad en los sueños, pues la casa en que suceden está vendida.

## Ropa tendida

Muy pocas mujeres saben tender la ropa, y ése es un arte muy delicado, en el que se demuestra la idea más o menos humana que de las prendas



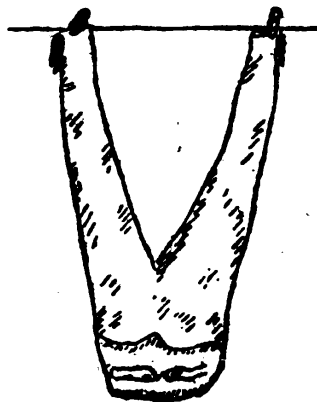
interiores tienen unas u otras mujeres. Al pasar por las rondas, más que por ningún sitio, se ven modos de colgar la ropa verdaderamente ignominiosos, que se aprovechan de que nadie sabe de quién es la ropa blanca mientras no pase por la planchadora. Así tendida, arrugada, un poco húmeda, es la ropa



blanca una ropa anónima. «El arte de tender la ropa» debía ser el tema de una serie de conferencias públicas

con proyecciones. Todo merece más humanidad que la que se suele gastar con todo.

Esos guardias municipales—los de espada de madera al lado de los de terrible chafarote que son los de



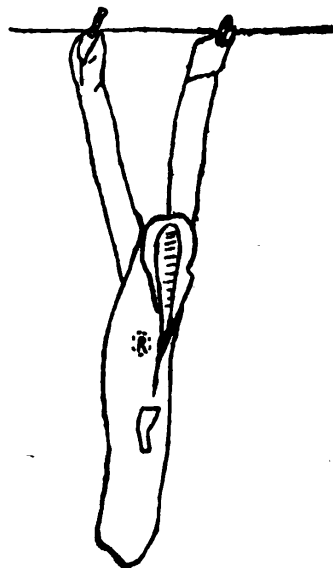
Orden público—miran a los balcones en que hay ropa tendida y no intervienen en lo mal tendida que está, pues las cosas que apuntan en su cuadernito son otras re-



ferentes a la fachada, a los balcones, a las macetas.

Yo voy siguiendo ese mundo de colgaduras que parece que tienden las comadres para festejar el paso de los ciudadanos y para alegrar su trayecto. La ropa tendida presumía antes más que ahora, y era más esca-

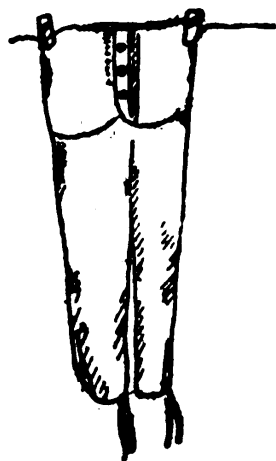
rolada, y tomaba actitudes más dignas, resultando que era como la representación de su caballeroso dueño. No puedo ver los suplicios a que se somete a la ropa blanca,



contravi-  
niendo sus  
leyes natu-  
rales. Hay  
balcones en  
que la ca-  
misa de ca-  
ballero está  
colgada por  
los faldo-

nes y con los brazos y la cabeza boca abajo, y eso es inadmisibile. Poniéndonos en el caso de lo incómoda que debe de ser esa postura, he avisado hasta a las

porteras de lo que pasaba, y las porteras se han indignado conmigo, porque lo que ellas creían que yo les denunciaba era que una camisa había volado por la calle como paracaídas de un alma o de un fantasma, como regalo providencial a esas brujas enlutadas que se lo llevan en seguida bajo el manto.



—¡Y a usted qué le importa cómo están tendidas las camisas!—me han gritado las porteras.

Las camisas colgadas del cogote como ahorcadas parecen sambenitos después del suplicio vistiendo a los supliciados. Esa camisa colgada de un solo brazo sufre una distensión ligamentosa inaguantable, pues su arriesgado ejercicio dura los dos días que tardará en secarse. Tampoco está bien esa que está como crucificada, con los brazos en cruz de lado a lado de la barandilla.

La camisa racional quizás debiera colgarse de sus dos brazos, porque ésa es la buena gimnasia recomendada. Los calzoncillos también deben colgarse en su postura natural, sin encontrar más fácil lo que es mucho más monstruoso, o sea el colgarlos de los pies.

Es menester que las prendas racionales estén mucho más racionalmente colgadas de las cuerdas flojas para tender la ropa. Hay que comprar más pinzas de madera, porque desde el próximo día de tendido todo debe estar tendido según las leyes humanas, caballerosas e higiénicas que deben gobernar el tender las ropas.

### El mejor detective

La bomba, que como todas las bombas estaba cargada con triangulillos, estalló y mató a todo el Consejo de ministros.

Aquello no podía aguantarse, y en la exaltación de encontrar al asesino, brotó de entre la multitud nerviosa el detective «en trance», el detective espontáneo dispuesto a dar con él. Aquello no podía quedar impune.

La hilaridad del asesino debía de ser terrible, y aquella noche no podía quedarse en casa. Era demasiado haber matado a todo el Consejo de ministros para no salir a la calle buscando el efecto de su acto, que había sido como la obra de arte perfecta, como el grupo escultórico de la Cena para la procesión de Semana Santa.

El detective se estuvo paseando por todos lados y trabó conversación en los cafés y en los teatros y en las salas de juego con los que no dejaban de sonreírse. Sobre todo en el teatro dramático, cuando vió a un espectador que se sonreía en el momento culminante del drama, se dirigió a él con cierta seguridad de que era el asesino; pero pronto se dió cuenta de que era el hombre que cuando se conmueve hasta el fondo del corazón, cuando está transido de dolor, sonríe o ríe a carcajadas en vez de llorar.

Ya en la calle otra vez, después de haber tropezado con todas las sonrisas nerviosas de los noctámbulos y de molestar a los hombres lívidos, oyó un grito de vendedor de periódicos tan exaltado, tan entusiasta, tan desgarrador, que se quedó escuchando, quieto, convertido en tronco de farol junto a un farol, anhelante, queriendo oír un poco más aquel delicioso grito:

—¡*Ultra*, con todos los detalles del asesinato de todo el Consejo de ministros! ¡*Ultra*, con las últimas noticias de las agonías! ¡Horroroso asesinato! ¡El más grande atentado de la Historia!...

El detective espontáneo encontró cómo el tono vibrante de aquellos gritos era el de otros gritos distintos, y que aquello se transformaba en el revés de su desgañamiento, en frases como éstas: «¡Hermoso asesinato! ¡El más prodigioso atentado de la Historia!»

El detective, «en trance» ya, como cuando el médium en trance ha encontrado lo que buscaba, mandó detener al vendedor de periódicos, y así fué habido el asesino del Consejo de ministros que, en la necesidad de desahogar su alegría de haber cometido tamaño atentado, se había dedicado a vender periódicos para vocear su crimen... sólo que lo había voceado con demasiado fervor y entusiasmo.

Si aquella noche no sale en busca del autor del atentado aquel gran psicólogo no se captura al asesino del Consejo de ministros en pleno.

### La viuda inadmisible

Habían llevado cinco años de relaciones, y por fin se habían casado. Ya todo quedaba arreglado por toda una vida de familia en aquella casa cuyas maderas estuvieron cerradas hasta las tres de la tarde, echando sobre los transeuntes el descaro de su palidez y la crudeza de las maderas, que son como las colchas del sueño de la habitación, que es pecaminoso el que estén corridas cuando ya ha llegado la luz meridiana de la madurez del día.

Aquel día vivieron la realización con su magnífica convalecencia; pero a los dos días apareció muerto en el lecho el recién casado, por causa de un accidente sencillo: por esa gotita de sangre que se coagula en cualquier sitio importante y mata como una bala.

Aunque estuvieron sorprendidos del acontecimiento y sin acabarlo de aceptar durante algunos días, al volver la bella María a casa de sus padres vestida de viuda se dieron éstos cuenta del caso.

¡Aquella era una viuda inadmisible! Al ver a su hija con el destino truncado, tan joven y casada de dos días, pensaban: «¡Qué bandido! ¡Eso ha sido como una



deshonral... Se ha portado como un seductor más que como un buen marido.»

Y al tenerle que colocar en algún lugar del otro mundo, le colocaban en el infierno y le veían metido por toda la eternidad en la jaula de los seductores.

### La tragedia del quiosco

La tragedia del kiosco—en el título he puesto kiosco con «qu» por cumplir, pero ahora lo voy a poner como más kiosco es el kiosco—, la tragedia del kiosco se repite mucho.

Esos apañados habitantes del kiosco, que sólo asoman los ojos por encima del mostrador, son a veces ambiciosos. En vez de encontrar toda la cordialidad que hay en la garita que les pertenece, sueñan en los palacios fríos en que hay demasiado espacio desocupado.

Son simpáticos esos hotelitos en medio de la calle. Para mí sería la aspiración suprema tener uno de ellos y vender en él «greguerías» recientes.

Todo el día tienen vida, pero sobre todo de noche, cuando han salido ya todos los periódicos, y los kioscos están llenos de ellos en montoncitos que humean y huelen a la canela de la tinta reciente. Su bombilla eléctrica es intensa como un faro en la noche oscura, y nos acercamos con gozo a comprar las aleluyas hilarantes de la actualidad. Ya sólo abriremos este periódico, comprado en el kiosco, en la intimidad cordial hacia la que vamos haciendo numerosos cambios de tranvía para llegar más pronto. (No somos el que devora el periódico en el tranvía.)

Ya saben los dueños de kiosco, sobre todo ellas, quiénes somos los parroquianos, y hasta se traba una amistad llena de fidelidad entre ellos y nosotros, pues aunque nos salgan al paso numerosos kioscos, no com-

praremos nuestro periódico nada más que en ése, que es el nuestro de todos los días. ¿Cómo, después de esto, hay algún dueño de kiosco que despacha más participaciones que las debidas y tiene que dejar su trono de la noche, su sitio de visitas, de saludos y de sonrisas de los noveles, que creen que eso les valdrá publicar su primera *Novela Corta*?

No se comprende. ¿Pero quién cree que va a tener la suerte de que de verdad le caiga un premio? Esa suerte les mata. Ellos han despachado dos mil o tres mil participaciones a peseta, del número X. Lo tienen muy presente, y el día del sorteo salen muy temprano a ver si ha tocado, y ven que sí que ha tocado. ¡Oh decepción! Vuelven corriendo a casa, lían el equipaje y se van fuera, a cualquier parte y en el tren que salga primero.

La multitud, en cuanto se entera de que le ha tocado, va al kiosco, ve que no está abierto, pero como si tocase en la puerta de un domicilio, llama con los nudillos en sus cierres.

Nadie contesta, como es natural. Cada vez van llegando más coparticipantes. ¡Dió mil participaciones!

Una voz grita:

—Nos ha engañado. ¡Hay que quemar el kioscol...

La multitud empuja al minarete suelto, y éste se inclina como yéndose a caer; pero no, se queda como las torres inclinadas.

Por debajo entra alguien y comprueba que no hay nada, sino algunos periódicos, un poco de merienda, alguna calderilla y numerosas revistas, que reparte.

Al observador sólo le queda un problema inquietante: El pobre falsificador, ¿volvió esta mañana temprano al kiosco? ¿Se llevó lo que se tenía que llevar? Si no pudo volver, le quedará la terrible nostalgia de lo que se dejó esperando volver; esas mil pequeñas cosas que no se reconquistan...

¡Pobre emigrante de la casa confiscada!

## Las tazas y el vermut

Las tazas de los cafés tienen una paciencia admirable, sobre todo las que aguantan el chocolate caliente; pues más fuerte que la pez ardiendo o que el plomo hirviente es un chocolate espeso recién echado de la chocolatera.



Las tazas de antigua loza de Café han sido tan eternas como lo son los fregaderos de piedra y esos baños que recogen el agua de las lluvias en los corrales o en los patios de las casas, que no saben qué hacer con ellos, porque no pensando bañarse de ningún modo, los echan al corral, de donde no hay nadie que los saque.

Alguna vez llueven sobre el Rastro grandes saldos de tazas del pasado, de esas de los cafés, de las llamadas pocillos y de las llamadas jícaras, culonas, pesadas, enfaltricadas, con asentaderas de almirez.

Las familias más castizas se las llevan a su casa y les duran toda la vida, acabando por calzar sus aparadores



temblorosos con el peso de ellas. ¡Dichosos los que encuentran una docena de esas tazas de mármol con filete de oro!

Las tazas del café son triponas, y recaban para sí algo del chocolate que cae en ellas, pues

tienen que alimentar su gran andorga maciza.

Las tazas suntuosas, saludables, rollizas, entrañables, de los cafés son cada vez más humanas y dan mejor

sabor a la mixtura que se deposita en ellas; tanto, que un chocolate en una jícara muy culotada por el tiempo es doble exquisito que en una jícara nueva, pues la solera del cacao está en ella, en su doble fondo.



Pero el fenómeno más curioso de las tazas ésas es que su asa va aumentando según pasa el tiempo y los parroquianos tiran más de la oreja a la taza. Como el chocolate se suele saborear con lentitud y con la taza en suspen-

so junto a los labios, con guluzmeo gatuno, resulta que por el peso que la afonda y el excesivo tirón de orejas que le da cada consumidor, el asa crece hasta llegar a ser lo que se ve en la figura tercera.

\* \* \*

El vermut es, como todas las trinidades, una cosa misteriosa.

El bitter es lo que da al vermut el espíritu: es como el soplo, es como la gota de esencia; lo que, si insistiésemos o si se nos fuese la mano, podría convertir la mixtura en algo venenoso.

El vermut propiamente dicho es un vinillo de otro color que los vinos corrientes; es una substancia medio petrolífera, medio alcohólica. Después del vermut, el sifón incendia la mezcla, la hace estallar, la despierta, le pone los menudos perdigones de la efervescencia.

Tomado el vermut, se queda el sifón solo, dispuesto como el grifo de una fuente. Apunta a nuestra copa con un gran deseo de volverla a llenar.

Ante este sifón casi lleno, en esa actitud generosa, surge una duda: ¿tenemos derecho de echar más sifón en la copa después de haber agotado el vermut? ¿Sería un abuso de confianza? Quedarse, se ha quedado con nosotros el sifón con permiso del dueño; pero, ¿cómo vería él nuestra osadía al apretarle de nuevo el gatillo como con ansia de agotar la botella de aguas vivas? Lo vería mal, pues se le ve cómo mira con inquietud al sifón que nos han dejado cortésmente sobre la mesa.

Todos éstos son los momentos por los que pasa el vermut, la bebida para los *halls* de los hoteles, la bebida hotelera y *torinesca*, el enjuague más parecido a una cosa de botica, el líquido infernal que abre úlceras en el estómago.

Yo he perdido fe en él y en su misterio desde un día en que me echaron vermut en vez de bitter y bitter en vez de vermut; es decir, una cantidad caudalosa de bitter, que me bebí y que no me causó el menor trastorno. ¡Qué desilusión! Y sin ese peligro del bitter, ¿qué es el vermut? Nada.

¡Y pensar que una copa de bitter no envenena, no mata, no hace oscilar el corazón, no agujerea las tripas; es una cosa estimulante y amarga que sólo exige un buen arroz detrás!



### Greguerías del tiempo frío

¡Cómo reluce el día de frío! ¡Parece que están muy limpios sus dorados!

\*

**¿Parece que en el día de viento los toldos van a ser arrancados y van a caer al suelo como los aeroplanos que se matan.**

\*

**Los hijos del hombre de capa no se saben poner el gabán. Siempre lo llevarán colgado sólo de los hombros, y a lo más, se embozarán en él.**

\*

**Cuando ya ha llovido demasiado nos quejamos y hacemos señas al cielo de que basta, «porque ya tenemos bastante mojada la raíz».**

\*

**Eso de las fiestas movibles es una martingala para que no se pueda hacer un almanaque para varios años.**

\*

**Al dar cuerda al gran reloj de pared parece que se da cuerda a toda la casa y que se van a mover las paredes, los suelos y las lámparas como péndolas...**

\*

**¡Qué vida más delirante la que tienen las ropas blancas tendidas en las albas terrazas! Irritan más el día de frío y viento.**

\*

**Ningún frío como el que dan a los alrededores de Palacio—a aquellas callejuelas y aquellos callejones—las capas blancas de los alabarderos y de los de la escolta real. Parece que ha nevado sobre ellos, y cuando los de la escolta van a caballo y extienden su capa sobre el caballo, la nevada resulta más copiosa.**

\*

Después de muchas lluvias los tejados resultan algo así como fondo de río, saliéndoles un tipo muy lavado, con tejas claras y tejas oscuras, que imitan el lecho fluvial.

\*

Hay el que intenta entrar en reacción contra el frío silbando, y silba sin dejarlo, con inacabable ímpetu.

\*

Hay entre los días que pasan muchos de ayuno y abstinencia, pero ésa es una prescripción del almanaque que conmueve poco a este pueblo, porque no va con él, puesto que su «ayuno» y su «abstinencia» es de todos los días, y en quién más, quién menos, de todos los días un poco.

El «ayuno y abstinencia» brota en muchos momentos del año, y no en ese tiempo obscuro, tétrico, penitente, que parece demandarlo, sino en los días más suntuosos de la primavera y del verano.

Los que leen el almanaque como el cura el misal del día, obedecen la prescripción, y ese día suenan más a hueco sus palabras y su cara parece tener más frío y estar más exangüe.

## Incongruencias

Los *calembours* debían comerse... Son una especie de mariscos de la gracia.

\*

El otro lado del río siempre estará triste de no estar de este lado... Esa pena es de lo más insubsanable del mundo y no se arregla ni con un puente.

\*

Hay unas beáticas que rezan como los conejos comen hierba.

\*

Si yo tuviese en la frente una de esas venas que se hinchan con cualquier pretexto o están hinchadas siempre, me suicidaría.

\*

Hay lunas y luces que despiertan en todos los cristales de las altas ventanas o miradores de la casa una bisojería extraña, un ataque de estrabismo y de alferecía.

\*

Lo único bonito de los almanaques es que no sirven de un año para otro. Gracias a eso ha conseguido la Providencia variar el tiempo, hacer que le compren almanaques, vender su libro de texto todos los años, sin que pueda haber reventas y coincidencias del almanaque del año pasado.

\*

Hay palabras que yo no usaré nunca así me maten. Una que yo no diré así me aspen es: «pestorejo».

\*

Los pájaros de las ideas mordan su alpiste en la cabeza. ¡Qué lata y qué aprensión!

\*

Las gentes que llevan trajes de cuadritos marcan las perspectivas del domingo.

\*

Desconfiad de los tes en que hay inscritas palabras chinas. Es que los chinos anuncian fraternalmente a



los chinos, que son los únicos que pueden leer esas inscripciones, que se abstengan de tomar de eso te.

Las descalabradas lucen durante unos días una diadema de reinas.

De vez en cuando estalla una fábrica de películas como una fábrica de municiones... No me parece mal.

Cuando se paran los tranvías y se queda sin electricidad toda la calle, parece en el primer momento que se han fundido los tapones del mundo de un modo irreparable.

Contra la incongruencia no hay más que inyecciones intravenosas de sindetikón; ¡pero que se las ponga el Tatol!

Debe saberse qué clase de tipo se señala cuando se dice, por ejemplo: «Aquellas manos enguantadas parecían manos de pinsapo».

Lo que diferencia azar de azahar, lo que hace que el uno no huela a nada y el otro sí, es la h, que es una h de perfumería.

### El que presintió la catástrofe

Yo seguía la descripción que hacía la máquina creando las curvas. Lo más maravilloso del tren es cómo, siendo una recta y sus vagones rectos, traza

curvas tan mórbidas. Todos los vagones por un momento son vagones curvados que al pasar de la curva se enderezan repentinamente.

Siguiendo ese maravilloso producirse en curvas y curvaturas, sentí el presentimiento de la catástrofe y me tiré por la ventanilla.

¡Lástima que me matase! Pero yo presentí el terrible descarrilamiento cinco minutos antes que sucediera. ¿Cómo no ha supuesto nadie que ese señor que apareció muerto medio kilómetro antes del lugar del suceso es que se había dado cuenta de la catástrofe invisible? ¡Qué burros!...

## Casas

### LA CASA DE LAS MEDIAS

La casa de las medias, no sólo es la casa de las medias, sino también de los calcetines. En sus balcones



cuelgan como largos zurriagos negros, como esos que penden de las ramas de las acacias, maduras y pochadas, esas vainas obscuras, con profusión de cosa de fábrica, de atributo de almacén por lo menos.

Una cosa que debía dar mucha vergüenza a los propietarios, como es colgar las piltrafas de las medias a pública subasta, la realizan los de todos los pisos, envalentonados unos con el ejemplo de los otros.

A veces un policía ha subido a la casa de los calcetines y las medias a notificar a los inquilinos que está prohibido tender la ropa blanca al balcón; pero las rabiscas due-

ñas de la casa se le volverán y le dirán en sus barbas que los calcetines y las medias no son ropa blanca, sino ropa negra, profunda ropa negra de profunda negrura. Las medias colgadas de esas dos especies de orejas que les salen al ser prendidas las pinzas de madera a las cuerdas son las que definen las piernas más bonitas, que es increíble creer que se puedan albergar en esos feos pingos del demonio.

La casa de las medias y los calcetines tendidos—en hostil contraste los negros pingajos con el fondo claro y nacarado de los cristales—es algo así como la tenería de los grajos, de las pieles de grajo puestas a secar... ¿Quizás una tenería de pieles de gato?...

Las cabezas de serpiente negra que parecen las medias y los calcetines, como graciosas notas de un pentagrama grotesco, colgadas de las cuerdas de los balcones, dan gran notoriedad a la casa.

¡Qué de pies humanos, cuántas patas retorcidas hay en esa casa!...

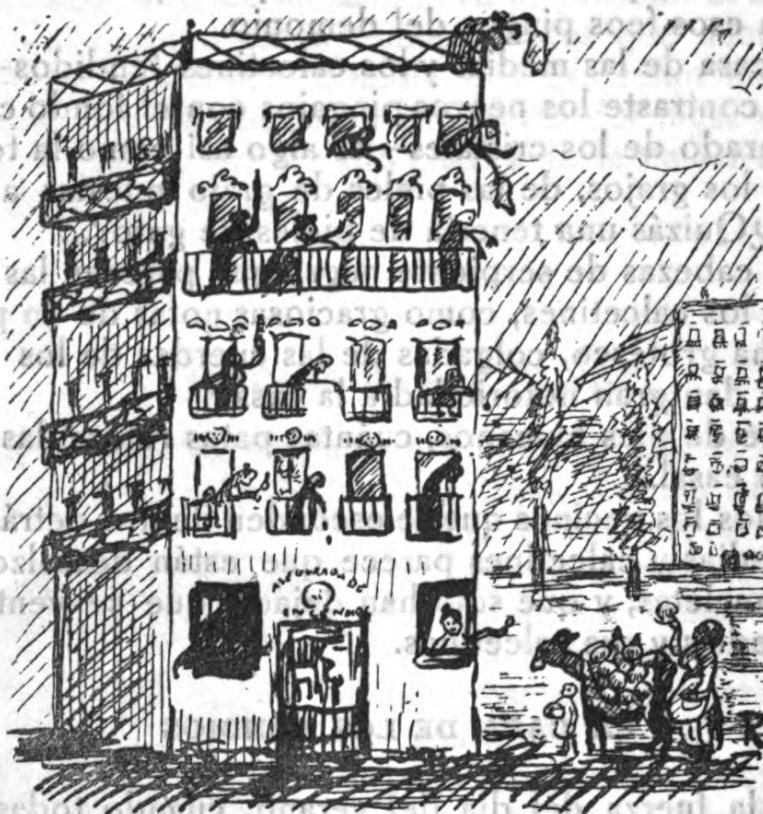
Todos los vecinos que se esconden dentro detrás de sus medias y calcetines parece que están descalzos y en chancletas, y que sólo han dejado que se ventilen sus medias y sus calcetines.

### LA CASA DE LOS SANDIOS

En la fuerza del día del verano, cuando todas las cabezas laten de calor, pasa la mujer que vende sandías, voceando la rica grana fresca, fresca aunque el sol caiga de plano sobre su calamochar de sandías y quiera recalentarlas como recalienta las nuestras.

De muchas casas sale una criada en pos de la sandiera—no es melonera, sino «sandiera»—, con un duro en plata para comprar a cualquier precio una sandía a cala o sin calar. Si es buena, hará una sangría, y si es mala y empepinadamente empecatada, un gazpacho.

Rara es la casa de la que no sale alguien buscando a la «sandiera»; pero la casa original, que adquiere fisonomía propia por su unanimidad en pedir sandías, abriéndose con hilaridad de carcajadas todos los balcones al mismo tiempo, es esa casa blanca, con balcones por un lado y corredores al costa-



do, casa con azotea, y muy blanca y muy nueva, que se destaca solitaria en las afueras, en el sitio en que los chopos arden y brillan con sus hojas fosforescentes.

Esta casa que hay junto al canalillo, y en que las mujeres desgarradas y los hombres con camiseta de oruga se atracan de sandía, la conozco ya, y la conocen ya mis amigos a quienes se la señalo, como la casa de los «sandios».

Las chicas jóvenes de esa casa tan voraz para las sandías tienen los labios más rojos de la ciudad, y todo lo que es rojo en su cuerpo tiene la satinación más roja y fresca de todas las mujeres.

### LA CASA DE LOS BICHOS

No es la casa de los pájaros, no confundirla. Esta es la casa de los bichos, porque bicho es desde ese mirlo a ese mono que se cuelga por fuera del balcón como un diablo que se fuese a suicidar.

Los bichos animan, con gestos de niños que acabarán por caerse del balcón, todos los balcones de la casa.

Se les ve moverse más que cantar o gritar.

El loro obispa de la casa de los bichos, siempre en su púlpito, lanza los gritos más nerviosos, gritos de niño loco que ha tenido alguna vez la meningitis.

La casa de los bichos ha llegado a ser la casa de los bichos porque vive en ella el casero, que es el primer aficionado a bichos de la casa y da el ejemplo a todos los vecinos. Nos hace gestos al pasar esa casa, y se nos queda con una fisonomía eminentemente gestera. La casa de los bichos siempre tiene una gran expectación enfrente, como si fuese la casa que arde o la casa en que hay cinematógrafo.



—No pases por la calle de la casa de los bichos— les recomiendan los sastres a los oficialillos que van a entregar, y cuando al continental le coge de paso la casa de los bichos no llega nunca a entregar su carta.

## LA CASA DE LAS PERSIANAS ROTAS

En el conjunto de las casas expresivas, la casa de las persianas estropeadas es de las más expresivas. Cada balcón hace un guiño diferente, que quiere decir su cosa.

Sólo están bien recogidas dos persianas de las ocho, y eso porque en alguna habitación hay que poder leer y poder estar durante el día. Tanto el señor de abajo como el de arriba han coincidido en cuidar y arreglar la persiana del balcón del extremo derecho, según se mira desde la acera de enfrente a la casa.



Más ruínosa de lo que es parece por esa calamidad de sus persianas, desgualdrajadas y pendonas. Es como cuando a una mujer se le sale la enagua: eso solo le da un gran aspecto de sucia y cochambrosa.

Caen las persianas sobre la casa, como la cruz sobre el Cristo caído, aplastándola, abrumándola, no dejándola levantarse.

Lo que más se parece al momento en que la piqueta echa abajo toda la fachada y sólo deja el plano en colores de la pared del fondo es éste en que todas las persianas han perdido el estímulo, las cuerdas, la garrucha. Son esas persianas entreabiertas de mala manera como abanicos rotos, como abanicos entreabiertos o que han perdido el broche que une en una sola articulación todas sus varillas, o que se les ha rasgado el paisaje.

De uno de los balcones de la casa de las persianas



descuidadas caen a la calle, como dos trenzas, las cuerdas con que se la subía. Los chicos de la calle tiraron de ellas, y asusta como una catástrofe al dueño del piso el oír cómo cae la persiana de pronto, como si aun le pudiesen dar otro disgusto, como si aun pudiesen ser más relapsas de lo que son.

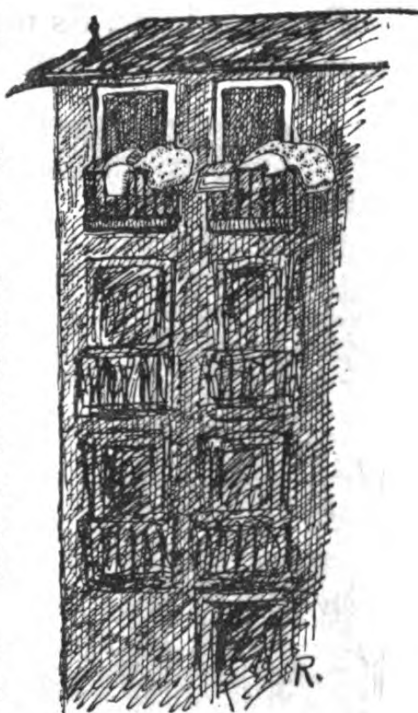
### LA CASA DE LA VENTILACIÓN

Por no poner un título muy largo no he escrito «La casa de la ventilación de los colchones y la ropa de cama»; pero es ésta la casa ante la que nos hemos parado. Esta casa, en cuyo piso último sucede eso todas las mañanas, toma para nosotros un aspecto campechano, franco, de habitación de gente de pueblo que se ha establecido en la ciudad, gente que dormía antes en las eras, en el aprisco, en el corral.

El primer golpe de vista de ese balcón es el de un balcón por el que quiere tirarse a la calle toda la casa como huyendo de un incendio. Parece que los colchones piden auxilio y las almohadas, sus hijas, se suben a ellos con pánico, huyendo del fondo de la alcoba.

¡Qué grandes dormilones deben de ser los dueños de ese piso! Quizás se levanten temprano; pero ¡qué pronto se acuestan y cómo les gusta sentir la cama bien hecha y bien oreada!

Las tuberculosis del sueño en la habitación retestinada, donde se vuelve a respirar el aire ya respirado, ¡as aventan estos descarados inquilinos, que sin ningún



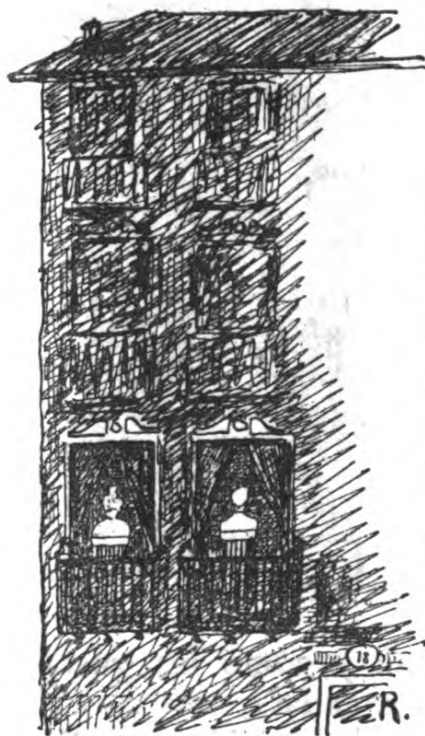
pudor, en cuanto se levantan, sacan la cama al balcón, como para que se evaporen también las incontinencias de la noche. Algo de cosa rematadamente sucia tiene este sacar la ropa de la cama al balcón.

- Yo, cuando paso por delante de esa casa, la miro sonriente, porque esa escena de la mañana la bautiza para todo el día con el nombre de la casa a la pata la llana, que ronca a pierna suelta y que recoge la luz y el aire como el que come a cuatro carrillos.

### LA CASA DE LOS BUSTOS

Parece una casa solariega esta casa. Siempre sonará a la casa de los Bustos con B mayúscula.

Pero no lo es. Es una casa cualquiera a la que ponemos un nombre como a los conocidos, y que retenemos porque no son muchas las casas que nos dan una fisonomía, que son tales o cuales en nuestra memoria.



La «casa de los bustos» no tiene gran empaque. Sólo nos sorprende en ella que siempre que pasamos vemos el busto de una dama y el busto de un caballero, los dos de espaldas y el uno en el balcón que hace esquina a mano izquierda según se mira y el otro en el balcón de al lado, a la derecha. Los dos en mármol.

Dan un gran tono a la casa dos bustos y, sobre todo, le dan toda su intimidad tradicional, con anhelos y cosas que le corresponden, con visitas propias, con altiveces y orgullos que no podemos compartir. El que den la espal-



da a la calle esos dos bustos nos enseña como nada a apreciar que hay otras vidas y otros interiores para los que no existimos. Cosas como éstas son las que atemperan y dan la experiencia.

Esos dos bustos cierran esa casa como nada, la alejan de la calle, la defienden de lo que de extraño, de entrometido, de impertinente entra por los balcones.

Los dos bustos sólo esperan que se baile, que haya un santo en la casa, un santo animado, en que la gente pase y vuelva a pasar por delante de ellos y charle a su vera y siempre tenga que preguntar algo sobre ellos y mirarlos.

No sabremos nunca cómo tienen la cara esos dos bustos de espaldas al pobre transeunte, que es un pobre observador, o sea algo así como un traperero que va mirando a los balcones esperando poderse llevar a su casa lo sobrante de cada casa.

No conoceremos nunca a esa señora y a ese señor; pero somos tan modestos y tenemos encantos tan simples, que nos gusta contemplar la persistencia de esos dos bustos de espaldas a nosotros, esos dos bustos que hacen que sea nuestra conocida esa casa porque tiene fisonomía. ¡Y porque casas como éstas son las que nos demuestran que vivimos!

#### LA CASA DE LAS BLUSAS DE PINTAS

No es que se hayan puesto de acuerdo las vecinas de esta casa; es que han coincidido todas ellas en ponerse blusas y trajes de pintas. No es que hayan comprado una sola pieza de tela para todas; como sucede con la pieza de tela de la que han cortado todas las vecinas las colgaduras de los colores nacionales para las grandes solemnidades; no; es que han coincidido todas las jóvenes, las viejas y las niñas en ponerse trajes de pintas, siendo unas pintas azules, otras rojas y algunas negras...

—¡Qué casualidad!—se han dicho las unas al ver a las otras asomarse con sus blusas puntuadas, con sus blusas como atacadas de viruelas...

Parece la casa, con esa profusión de mujeres con blusas de pintas, una institución, una pensión, una congregación de mujeres laicas y optimistas.



No olvidaremos ya, después de haber visto a sus asomadas, esa casa de las blusas a pintas, tan personal, tan castiza, tan retrechera; casa de buen augurio y de buena suerte, la casa que no tendrá muertos en mucho tiempo, y en la que sólo se cerrará la media puerta en el momento antes de cerrar la puerta entera cuando todas las noches llegue la hora de acostarse el portero.

La casa de las blusas de pintas es como una insignia de la ciudad, como uno de sus pintorescos distintivos, como la casa de la alegría sencilla, la casa desde la que tiran más aleluyas durante las procesiones.

Es como un colmenar de pintas esta clase de casa, y se ve desde lejos la fiesta del percal jovialísimo que estalla en sus balcones.

### LA CASA DE LAS JAMONAS

Es una casa formidable la casa de las jamonas; toda rebatida con piedra de sillería; los balcones sólidamente enclavados en la fachada y con balastrada de mármol.

Amanece un poco tarde porque las jamonas están rendidas de sueño hasta bien entrada la mañana.

Cuando se levantan, lo primero que aparece en los balcones son sus magníficos colchones amarillos que cubren toda la embocadura del balcón.

Su *toilette* es larga, necesitando mucha agua y mucho jabón. Las jamonas no escatiman agua caliente.

Después, por fin, hay una hora brillante, en que ya con los dientes y las joyas abrigados por el bicarbonato aparecen



en los balcones señalando la alegría del mediodía. Si no fuese por la opulencia de estas mujeres gorditas, la vida se tornaría más triste. Se puede coincidir en ellas o pasar al margen de sus vidas, viéndolas sólo asomadas al balcón; pero es necesaria su suntuosidad en el mundo.

La casa de las jamonas fué la casa que más alegró nuestras mañanas de «novilleros» cuando fuimos estudiantes. No nos olvidaremos de aquella casa, con sus magníficas mujeres de magníficos pendientes de oro y topacios, apoyadas magníficamente sobre sus brazos magníficos. Asentaban la vida y eran como las grandes anclas, los grandes contrapesos que nos hacían creer en las posiciones estables que ambicionábamos y por las que íbamos ganando asignaturas.

¡Grandes cimientos los de la casa de las jamonas! En los sótanos hay grandes columnas, y muchas veces las casas de las jamonas son las que están apuntaladas en la ciudad.

#### LA CASA DE LOS TOLDOS

La casa de los toldos es de un alarde inusitado. Primero hubo un vecino que compró un toldito con sus ahorros de oficinista sórdido. Todos los vecinos al asomarse notaron en seguida que aquel balcón resultaba el palco real de la casa, el balcón para las autoridades; y haciendo un esfuerzo y para quedar mejor que el otro, hubo en seguida un vecino del primero que adquirió toldos para sus tres balcones, y así sucesivamente todos los vecinos, hasta que obligaron al pobre diablo del tercero, que era el que había encabezado el toldaje, a comprar otros dos toldos.

Así quedó vestida por igual toda la casa, y los transeúntes la envidiaban al pasar, como si fuese una casa privilegiada de sombra exquisita, cubierta por el pavés de las grandes inauguraciones, siempre dispuesta a ver pasar las grandes procesiones, pudiéndose asomar

cualquier vecino en cualquier momento para pedir la «¡lista grandel!», para llamar a la florista, para ver a los gitanos; y todo eso sin necesidad de sombrilla y sin correr el peligro de una insolación.

Son las alegres casas del verano estas de los toldos a rayas, que resultan más vestidas que las otras y en



cuyo fondo, con sombra de horchatería, esperan las novias en perfecto acecho a que pasen sus novios de la calle o a que se asomen los novios de la vecindad.

### LA CASA DE LOS BOTIJOS

La casa del agua fresca se podría llamar a esta casa de los botijos. Se ve que en toda ella la frescura está garantizada, y da cierta dentera ver tantos botijos.

Los botijos de la casa de los botijos son como vecinitos alegres, como niños que se han dejado al balcón, mejor dicho, como perritos blancos que husmean y miran la calle.

Sólo esos botijos que se atan a la parte afuera de la ventanilla en los «trenes botijos» pueden ser comparados con estos botijos

tan en candelero, tan exhibidos, tan expuestos.

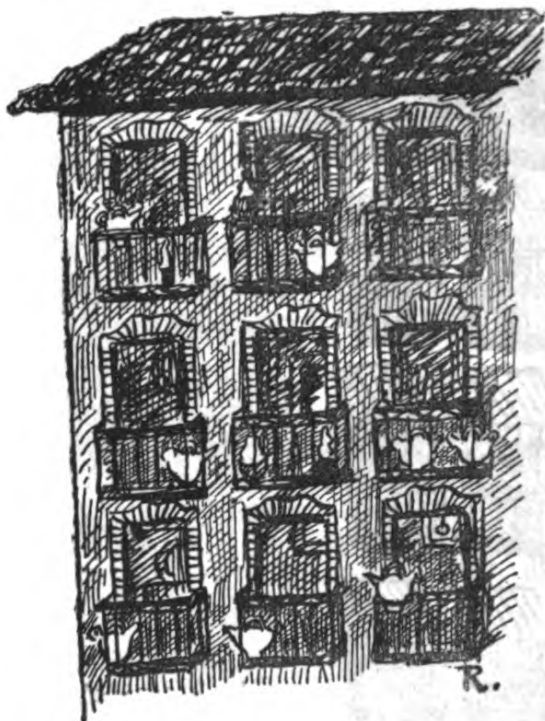
La casa de los botijos es durante la noche, sobre todo, un remanso de frescura que influye en los que se acuestan llenos de calor en las habitaciones que dan al balcón con botijo y para los transeúntes que pasan frente a los balcones embotijados.

Los botijos de la casa de los botijos tienen una cacareante blancura y le inquietan al transeúnte porque le dan sed, y al

mismo tiempo, por demasiado altos, no pueden pedir un trago como cuando es la morena samaritana la que los lleva a la cadera.

Hay una verbena de botijos en esa vecindad, y todos los de la casa podrán beber agua de los botijos, y hasta resulta que tienen su botijo especial cada uno, y hay el botijo del padre, el botijo del hermano mayor y el botijo del hermano pequeño.

«¡Cuántos botijos que se tienen que romper!», se piensa al ver el lujo de los botijos y su cosa de niños que van a hacer pí-pí desde el balcón sobre los transeúntes, como esos chicos traviesos que hacen que





suba un caballero indignadísimo acompañado de un guardia y con deseo vivísimo de ver «al papá».

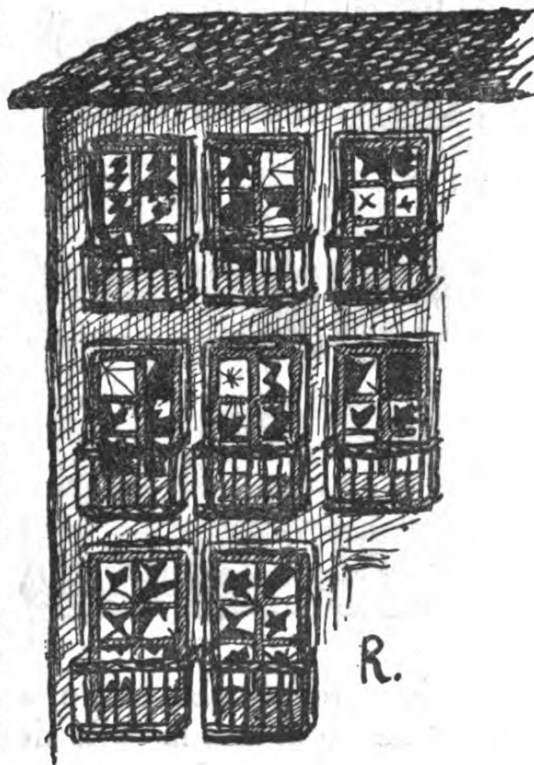
Convierten a la casa de los botijos sus botijos en casa plebeya de vecindad numerosa que anda por los pasillos en alpargatas y camisón; pero es una casa de las que alegran la vida. Los padres con cinco hijos, gracias a sus cinco botijos compensan un poco la desgracia de los cinco chicos.

### LA CASA DE LOS CRISTALES ROTOS

En esta casa no se sabe lo que ha pasado, pues es un caso aislado en la ciudad, ya que si hubiese sido víctima de un terremoto se verían más casas así. Ha sido como un descuido, como una bohemia continuada de toda la casa, como una protesta mantenida contra el dueño por los vecinos desahuciados o los vecinos cansados de que se haya negado a hacer ninguna mejora.

¿Es que hubo un fuego? ¿Es que la tormenta cerró de golpe todos los balcones de la vecindad con tan mala fortuna que los chascó?

Hacen visajes todos los balcones de la casa de los cristales rotos, y es como un lenguaje de señales el de sus cristales rotos de distinta manera. Cada rotura quiere decir lo suyo, y admite de distinta manera el aire, siendo más enconado el viento que entra por unas que el que penetra por las otras.





Parece que los payasos de la casa han roto así los cristales al lanzarse a la calle.

Por el cristal de rotura más enconada entrará la pulmonía.

### LA CASA DE LOS TOCADORES

Parece menos caracterizada que las otras esta casa, pero la caracterizan mucho sus tocadores.

Todos la han visto al pasar. Es una casa por cuyos balcones se ve el reverso de un espejo de atril, y esos dos candeleros de plata que tan bien lucen a ambos lados del espejo sobre la mesa vestida de linón rosa con puntilla de camisa.



Cuando se abren en la mañana esos balcones que dan a las mesas de tocador en que también se ve un gran accesorio adornado como una cabeza japonesa con numerosos y largos alfileres, se recibe en pleno rostro la tufarada de una intimidad femenina que cae a la calle, que se ventila bien después de haberse peinado.

Esos tocadores, como altarcitos de la coquetería, que se asoman a la calle dejando ver su espalda femenina, son un detalle antiguo y aristocrático del decorado antiguo de las mañanas, son una prebenda de la mujer de la casa, dueña de un gabinete con balcón a la calle y de una alcoba a la italiana que da a ese gabinete.

En las miradas ávidas hacia los balcones con que asaetamos las casas entre clase y clase, de estudiantes, buscamos siempre ese detalle del tocador vuelto de espaldas a nosotros, pero con una gran presencia femenina.

### LA CASA DE LA MARQUESINA

Esta casa es muy pequeña; pero tiene una gran marquesina. Costó tanto la marquesina como la casa, con su jardincito plantado de higos chumbos.

¿Qué se creyeron esos fatuos y modestos dueños del hotel de la Marquesina que era una marquesina? Probablemente se creyeron que así ganaban en aristocracia y en alcurnia.

La marquesina está triste.  
¿Qué tendrá la marquesina?

parece que dice un poeta reminiscente en la esquina de la casa.

Esa casita, construída en las afueras, en sitio ingente y abandonado, les pareció a los dueños, arrepentidos de haberla comprado, que se salvaría gracias a la marquesina.

Las señoritas del hotel, las dos señoritas pálidas como el papel, que, como tenían salidas de teatro, querían ir al teatro de vez en cuando, pensaron en que los días de lluvia en que fuesen al teatro al volver no se mojarían gracias a la marquesina, y mientras pagaban al cochero podrían estar bajo techado.

—Hasta cuando vengamos en tranvía, mientras nos abre la criada, tan sorda como casi toda la servidumbre siempre... podremos esperar sin mojarnos—dijeron también las dos señoritas, que después de caladas en el trayecto del tranvía a casa, pensaban resarcirse y resecarse bajo la marquesina.

—Pues si hay marquesina, ya no hay gramófono, ni perro, ni nada—dijo el padre.

Y como encontrase más asentimiento después de su amenaza, mandó construir la marquesina.

Con la marquesina tomó la casa desviada del mundo, perdida y excéntrica, cierto carácter de pequeño kursaal o pequeño teatro. La marquesina volvió femenina a la casa, plantándole un sombrerete de ala cursi, de ala recortada en ondas.

Por «la casa de la marquesina» conoció todo el mundo a la casa humilde, despintada, desdibujada, perdida. ¡Si no hubiera sido por su marquesina, nadie la hubiese encontrado en aquel rincón! La marquesina le daba un aspecto ladino, de mirar bajo la visera, de ponerse la mano en forma de pantalla sobre los ojos para ver más lejos y mejor.

Los pobres dueños iban mal, y los que pudieran haberles socorrido no lo hacían, porque les irritaba la marquesina.

—¡No tienen dinero, y, sin embargo, gastan en marquesinas!—decían unos.

—Son tontos; necesitaban un sombrero de cañizo y retama para que no dejase pasar el sol, y, sin embargo, lo hacen de cristal, que lo deja pasar entero y hasta le da más fuerza, como los cristales de aumento—decían otros.

Por el peso de todo el hotel, y quizás más que nada de la marquesina, se les ocurrió venderle, y pusieron un cartel enorme, como un grito estentóreo con que hablar hasta a los aviadores:

**SE VENDE**

Pero nadie compra la casa de la marquesina, esa casa con visera, que ha tenido tan poca fortuna como aquellas gorras que hubo con una visera de celuloide o talco. Y así, sin venderse y con ese cartel, sí que «está triste la marquesina».

## El plumero intelectual

A la puerta del Ateneo, subida la escalinata, pasado el zaguán, en la portería cordial, en el recibimiento íntimo, hay un largo banco de esos para los que esperan una contestación, banco que se suele tomar por horas y sobre el que hay siempre un gran plumero, uno de esos plumeros con gran regatón plateado y gran cimera, que tanto aman las doncellas, que son su verdadero ideal, casi más que un guardia civil.

Ese plumero, de los más caros, desproporcionado con respecto a los demás plumeros, como lo es el pavo al lado de la gallina; ese magnífico plumero, como para limpiar el despacho del ministro, sirve, más que para limpiar el polvo, para que todos los socios, según entran, se limpien los zapatos, se lo pasen por ellos con cierto desdén y desde cierta altura. Es el plumero de la mayordomía, que, aunque lo mueve uno mismo, parece que lo hace un criado, al que se lo hemos ordenado.

Es ya una costumbre inveterada en el Ateneo esta de darse un par de plumerazos al calzado, cómodamente, sin doblar la cerviz, sin estar una hora en el limpiabotas. No es muy elegante el gesto; pero es todo lo elegante que puede ser el gesto de ocuparse de las botas. ¡Nunca hagáis eso de sacudir con el pañuelo el polvo que las empaña! El que inventó esa costumbre fué sin duda un gran inventor, y gracias a él, el que después de haberse empolvado los zapatos en la excursión por la tarde con un poco de sol recala en el Ateneo, vuelve a salir con sus zapatos flamantes.

¿Inventaría eso Moreno Nieto?

Tiene el ademán algo de ayuda de cámara que limpia los objetos. Es un gesto de un hombre vestido de distinta manera que como lo está el que lo hace, el gesto de un hombre con largo delantal de rayadillo. Es de una gran incongruencia el ademán, como si un

restaurador hubiese confundido los brazos de dos figuras diferentes y el brazo del bastón se lo hubiese puesto al que debía tener el brazo con el plumero.

Lo que sí está el gesto es bien, muy bien, rematadamente bien, y es, además, muy práctico. Quizá conviniere tener ese plumero servicial en todo recibimiento.

Yo tengo el gusto de propalar la idea y de exaltar ese plumero intelectual, que, como si fuese un episodio más de la conversación, usan los que se van sin dejar de hablar con el que les acompaña, y que yo he visto usar a Canalejas, y que no ha sido desdeñado por «Azorín» cuando era más asiduo del Ateneo.

### El pintor que rifa sus cuadros

Parece que primero fué el rasgo de un gran pintor perseguido por la desgracia el que inventó ese sistema de última alzada de rifar los cuadros al público de la calle en medio de las plazoletas.

Fué una gran anécdota de un gran pintor, que después imitaron muchos pintores malos, muy malos.

Esos pintores malos, desgraciados, que pintan paisajes lamentables, antes vendían sus cuadros en los cafés y en los ministerios. Entonces, como la Humanidad estaba menos escarmentada y tenía peor gusto, podía creerse que era una visita del artista, una aproximación que honraba al pobre bohemio, esa en que ofrecía sus cuadros. La repugnancia del arte malo no tenía esa violencia que debe seguir teniendo.

A la mesa de los cafés se acercaba constantemente el paisajista, que había pintado los paisajes del tópico —que no salga trópico—, las nevadas estúpidas y las puestas de sol estereotipadas.

En los ministerios, por una gracia ministerial que creía proteger al Arte, el vendedor de cuadros entraba en todos los Negociados o exponía quince días antes

de la rifa sus acrisoladas simplezas en algún sitio con buena luz y buenas perspectivas, adonde acudían los sencillos empleados, alejándose, entornando los ojos, mirando los cuadros a través del anteojo del puño cerrado, cambiando impresiones acaloradas sobre el cuadro, al que tenían opción gracias a los cinco duros que habían pagado por la papeleta. ¡Cucos, falsos artistas!



Todas aquellas martingalas desaparecidas, el artista que fabrica cuadros al por mayor ha optado por la venta pública en pleno arroyo.

Subido en una tarima, y frente a un alto caballete, en cuyo pequeño atril fija el cuadro en blanco, el artista ramplón pinta los paisajes de la vulgaridad, por el día bajo la luz del día, y por la noche a la luz osada del acetileno.

Ese paisaje amanerado que pintan estos pintores ya no es ni paisaje, de puro redondeado, afectado y olvidado de los paisajes naturales que está. Eso sí, salen de prisa; pero simulando que se cansa mucho el artista, que encima usa guardapolvo para pintar.

Se ve frente a esos paisajes, algodinosos y como de clase de adorno, que la naturaleza, en último caso, es pobre y tiene esa trivialidad que evidencian estos perpetradores de paisajes.

Como si iluminaran una de esas páginas que para eso tienen los libros para niños, dan color a líneas enteramente prescritas en el elemento blanco. En el cuadriculado de su memoria está dibujado el paisaje que pintan, con rasgos precisos, a los que la mano sigue como si sólo fuera el remate de un pantógrafo.

Después lo rifan. El público, que está admirado y que sólo tiene almanaques en su casa, toma papeletas para la rifa. ¡Qué bien alhajada va a estar esa portería con un cuadro original, o qué bien va a resultar aquel cuarto que tiene en el pueblo el paleta cuando cuelgue de sus paredes el cuadrillo de verdes postales!

Admirable corredor de paisajes ese que silenciosamente, como en una Escuela de Artes y Oficios al aire libre, pergeña sus cuadrillos en las plazas de los pueblos y ha recorrido ya medio mundo, sembrándole de paisajes vistos a través de un cristal de colores, paisajes de la jaqueca vistos a través de una cuenta de cristal o de uno de esos pisapapeles que son un enorme brillante poliédrico.

### La solitaria y la tenia

Desde pequeños vemos en ese escaparate de botica, y en ese otro, y en ese otro, unas solitarias y unas tenias conservadas como se conserva el búcaro con un

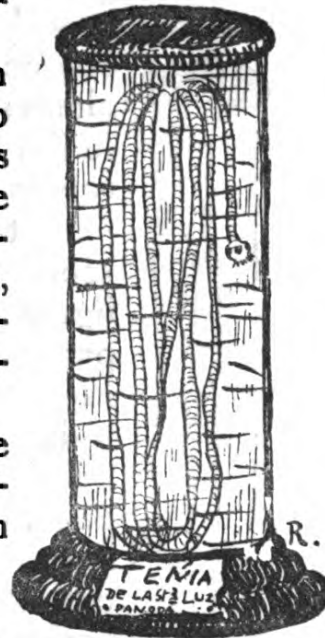


ramo de flores de papel y talco de oro en el fanal alargado que hay sobre las consolas o las cómodas.

¿De qué personaje fueron esas solitarias y esas tenias para merecer esa consideración especial? Muchas veces he creído ver en ellas una cosa más de Napoleón o de Cervantes. ¿Quizá de Prim, el presidente del Consejo «vilmente asesinado en la calle del Turco»?...

Esos farmacéuticos que conservan esas solitarias o tenias saben el secreto de quiénes son. ¿Quizá son de sus abuelos? ¿Quizá son una «manda» que les dejó su digno antepasado recordando que eran boticarios? «A Aniceto, para que venda más píldoras extirpadoras, este cariñoso recuerdo de su pariente», ponía en el testamento.

Los días pasan en ese fondo de calle y en ese fondo de tienda, y las magníficas muestras de solitaria y de tenia van ganando en antigüedad, convirtiéndose en algo arqueológico, algo que es como «el bicho fundador de la ciudad».



¿Han recibido en secreto de confesión profesional estas pruebas de la *largueza* de algunos pacientes que se sacrificaron por la ciencia, o quisieron probar a su bienhechor su agradecimiento, enviándole la «expulsión de los moriscos», en prueba de gratitud? Los boticarios que exhiben esas estupendas solitarias o tenias de un metraje considerable las cuidan como si fuesen un legado de museo.

Quizá la enferma que las lanzó al mundo dejó una pensión para conservación de la solitaria o la tenia; hijas incluseras y desgraciadas que tienen que soportar el desmerecimiento de la sociedad, un desprecio indigno de quienes son tan dignas hijas de la Humanidad, como los hijos legítimos o los ilegítimos, que también

está permitido reconocer... ¡Hay que lograr de las Cortes y de la Comisión de Códigos que puedan ser reconocidas las tenias! Esos helmintos intestinales son algo poco estudiado en las obras de psicología. ¿Tienen alma? ¿Cómo sostener que viven dentro del ser humano sin contagiarse de su alma y gozar de ella? Desde luego esas tenias que figuran en los escaparates de farmacia, y de las que murió ya su padre humano,



Doña Solitaria.

son como el espectro del muerto, son como almas sin «ser» ya, sin «individuo» ya. ¡Quién le iba a decir a don Atanasio que le iba a representar en la vida sólo su tenia!...

La tenia, a la que se llama particularmente «solitaria», es hija del solitario, y tiene esa figura raquítica y consumida. Tiene cierto parecido con esa señora solterona, hija de ese señor que saluda todas las iglesias y todas las casas con torre, tomándolas por iglesias, y de esa señora, más papista que el papa, que lleva en vez de libro de misa un misal, y un rosario que ha inventado ella con doscientas cuentas, verdadera cuerda de salvación con que se puede sacar del infierno en una sola sesión a quien esté en tan final horno.

¿De qué nace la tenia? Parecerá mentira; pero nadie lo ha averiguado. Si yo fuese doctor, indagaría si los que se presentasen en mi consulta preñados de ella habían comido angulas en la temporada anterior al suceso.

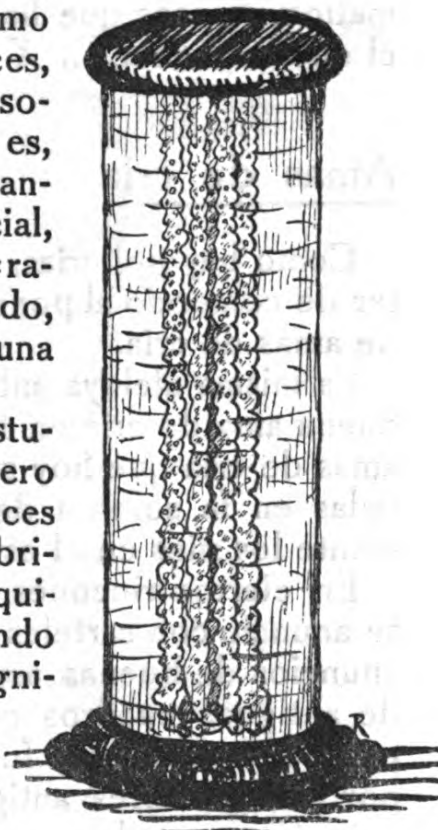
Frente a la tenia, lo que se ve es lo frutales que somos: cómo, igual que las manzanas, llevamos el frío y encamisado gusano blanco dentro de las entrañas. Tan frutales somos, que entre mis observaciones sobre las poseedoras de tenias ejemplares está la de que la tienen las más bellas mujeres, como si la tenia supiese cuál es la carne mejor, cuál es la figura más exquisita.

La Gioconda indudablemente tuvo una tenia maravillosa y sonriente, pasándole lo mismo a la opulenta Venus de Milo.

En la historia de la tenia ha habido casos extraordinarios, como el de aquella falsa «enteniada», que lo que tenía es que se había tragado en pleno ataque de sonambulismo la larga cinta del corsé. A veces, tan distinguida es la dama con solitaria, y tan pura y tan bella es, que, para ser hasta en eso elegante, su tenia es una tenia especial, medio puntilla, medio labor de «rafia», algo estilizado, bizantinizado, un verdadero bordado interior, una verdadera joya.

La tenia merece más serios estudios como producto racional; pero las lombrices, no; de las lombrices no quiero ni ocuparme; las lombrices son algo repugnante, mezquino, verdadero producto del fondo cenagoso del ser humano, insignificante cebo para que lo utilizan en sus anzuelos los pescadores de caña. Algún día escribiré un largo tomo tratando de las tenias más célebres que ha habido en el mundo: de la tenia de Juan Jacobo Rousseau; de la solitaria crónica de Voltaire, gracias a la cual pudo vivir tantos años el eminente burlón; y la extraña solitaria de Chopin, que se asomaba a su oído para oírle tocar cuando ejecutaba sus suaves nocturnos.

Entre las tenias que he estudiado con esa paciencia del hombre científico que se sacrifica por la Humanidad, he podido observar la tenia que decía «papá» y



La tenia de la mujer más bella del mundo.

«mamá», y la que quería hablar por señas, describiendo rúbricas y letras con su propia cinta.

La conclusión de mi obra es una interrogación, y acabo preguntándome: ¿Será la tenía una argucia del diablo para tentar el alma desde el interior del ser? ¿Será la solitaria un pensamiento largo, insistente, maniático, de esos que hacen hablar alto cuando va solo el que la padece?...  $X + X = X$ .

### Amas de cría

Como hay pollerías, sin más boato y con ese carácter de comercio al por mayor, se anuncian las agencias de amas de cría.

La misma aleluya antigua que pintaba la vida de una buena ama de cría en Madrid podría referirse a estas amas de cría que hoy sufren la misma posada, atribuladas en la sombra de la espera, moviendo ruidosamente los pies en el establo expendedor.

En ciertos rincones de la ciudad—no es cosa que se anuncie con carteles luminosos—se encuentran esos anuncios de buenas amas de cría. Tienen el aspecto de antiguos cuadros que sirvieron de enseña el siglo pasado, cuadros que fueron contemplados con arrobo por los aguadores antiguos, cuadros que tienen gran parentesco con la enseña vieja de tal lechería, con el viejo plafón de tal café y con ese anuncio que se exhibía a la entrada de la antigua burrería.

Tiene aires campesinos, de muestra a la entrada del pueblo, de cuadro de herrería.

Aquella visión de la «corte» que envidiamos a los que pernoctaron en los paradores antiguos, y por cuya visión neta y trascendental daríamos el presente, sólo se disfruta ya desde los balcones de esos depósitos de amas, donde miran al mundo con temor las más primitivas nostálgicas.

Es como una institución rústica, con el aire de los primitivos contratos de trabajo y servidumbre, esta de las amas de cría, que algún traficante en amas escarnece diciendo que son montañesas.

Ese tipo de vieja ciudad con prosapia y buena salsa, que no debe perder la ciudad nunca, lo conservan más que nada los carteles que anuncian a las amas de cría,



que están arropadas en espesos mantones en el fondo de las antesalas, esperando al recién nacido que las necesite.

Parece que estas amas de cría españolas están fuera del alcance de los reconocimientos médicos y que han sido cazadas a lazo en los valles vírgenes. Algo de encerrona, de misterio, de olor áspero a llar aldeano hay en esos interiores de las casas en que se expenden amas. Aunque también hay madres flacas que ofrecen a la clientela un niño rollizo que el director tiene alquilado para el uso de todas.

Yo, que me he asomado a la rendija de alguno de esos asilos de planta baja, he presenciado el aire de

andén, de sala de espera de cuarta clase que había allí dentro.

Esos seres humanos que se albergan en los almacenes oscuros en que se guardan las amas de cría contratables sufren el peso del mundo en sus cabezas. Tienen que soportar una fatalidad de distinta especie que la que gravita sobre los animales.

Y estas amas de cría, embaladas en esa obscuridad, son seguramente las de mejor leche del mundo, leche pura, que surge de la entraña de la raza, de las primitivas alquerías humanas.

### Los pájaros fritos

El olor de los pájaros fritos llena la calle como si una cocina rica se hubiese destapado.

—¡Vamos! ¡Los marqueses cenan hoy bien!—nos decimos; pero no son los marqueses, somos todos los que podemos mojar y pellizcar en ese plato.

Los pájaros, tan humanos como la idea del niño en la mente de la madre antes de ser madre, hacen sus gestos desnudos en los escaparates de las tabernas pajareras.

Todas las leyes prohíben la caza de los pájaros, pero nadie las hace caso. El artículo primero de la ley del 93, que es la vigente, dice que «las aves de rapiña nocturnas, los tordos de torre y los demás de «menor tamaño», se declararán insectívoros y no podrán cazarse en tiempo alguno, de conformidad con lo dispuesto en el artículo 17 de la ley de Caza».

El espeso aceite salsoso en que se frien los pájaros llega con sus volutas a la nariz de todas las autoridades. Las varetas de pájaros mártires se venden en los mercados, vestidos aún los pájaros con sus especiales abrigos de pieles.

En las grandes sartenes se asan numerosos pajari-

llos, quizá los que por sus pecados merecieron ese castigo, en vez de merecer el premio de anidar en las nubes que no se disuelven, las nubes que están dando la vuelta al mundo constantemente.

En lo alto de las grandes huesas de pajaritos siempre se coloca un mártir con gorro de papel y caña de vergüenza, como cetro de su tormento. Esa broma macabra es aceptada por todos como también una especie de gracioso juego al paso de los cadáveres, yendo el más significado de los pájaros a la jineta de otro pobre pájaro genuflexo.

«Pavos», «faisanes», «lechones», les llaman los carteles, y da pena comerse a esos hermanitos en embrión, cuyos alones pelados se convierten en manos. Todos en la gran fosa común hacen gestos de desparramamiento y de elocuentes exclamaciones, pudiéndose pensar ante sus cráneos, en medio de todo infantiles, que quizá ha muerto en ellos una idea, un gran recuerdo apaisado y largo de los paisajes que vieron, una larga tira de vistas dobladas en un acordeón interminable.

¡Grandes bandadas de pájaros revoloteadores, caídos en la trampa, flacos, desplumados, con la caja torácica de tísicos con quilla aguda, sin sus pantalones de trovadores, sin su silueta romántica de capa y espada!

Muchos, junto a la copa de vino blanco, van a ser emborrachados encima, al ser enterrados en las tripas profundas. Quijotescos, carbonizados como en un incendio, sobrecogidos como los pompeyanos que fueron enterrados en las cenizas del día aciago, nos imploran para que no nos los comamos encima.

El gran pintor y escritor Gutiérrez Solana ha escrito la mejor página sobre los pájaros fritos, perpetuando su martirio. El ha visto cómo son esos habitantes de los cuadros del Bosco y de Brhugel, atestados de resucitados el día de la Resurrección de la carne, todos los



**muertos enjutos, resecos, fritos para toda la eternidad.**

**Los pájaros fritos son la perversión salvaje de un pueblo. Es como comerse la policía de los campos. ¿Y para qué? Para que no sepan apenas a nada, pues son como los cangrejos de río, de los ríos de los cielos.**

**Para ver la exaltación y la elevación del pájaro frito tengo que pensar en una familia miserable que para el día de Nochebuena compra uno de esos falaces pavos, para probar la carne de ave la noche en que es de ritual.**

### **Los troles, cansados**

**¿No pasará que algún día no muy lejano nadie sabrá lo que era el trole, esa pértiga de hierro que transmite a los tranvías la corriente del cable conductor? Desde luego, si se logran imaginar los futuros lo que era aquel apéndice inclinado y saliente en lo alto del tranvía, les parecerá algo fachoso y grotesco, algo así como el coxis del tranvía, si no el rabo mismo sin atenuante ninguna.**

**Por eso me da pena hablar de los troles y me parece que hablo de una cosa ya pasada, de un ratimago sobrante, que quita la esbeltez del movimiento íntimo y propio que tendrá el tranvía dentro de muy poco. ¡Es el resto del tiro de mulas aún!**

**Pero, sin embargo, tengo que hablar de los troles porque en la actualidad pasan por una crisis manifiesta.**

**Los troles están cansados, alicaídos, desfallecientes. Algo les pasa, algo que es quizá enfermedad y decadencia. Parece que han llegado al momento en que ya se es inservible en la vida.**

**Han sufrido tantos vapuleos, tantos traslados de un hilo a otro, que ya están flojos, rendidos, sin apetito.**

Ahora, en todas las paradas finales de tranvía y muchas veces en las curvas y muchas otras en las rectas sucede que durante un buen rato no puede el cobrador colocar el trole desprendido en el alambre del cable.

Le dan y le dan al largo apagavelas con que mueven el trole; pero nada. Entonces echa una mano el conductor, que es más experto y que ha sido antes cobrador y «coloca-troles», y logra por fin ajustar la cabeza de regadera del trole, o mejor dicho su cabeza de cascabel, en el sitio preciso.

A veces tampoco pueden entre los dos, y entonces se recurre a un tercero, al más antiguo de los conductores que tocan impacientes el timbre de despacho que tienen bajo los pies.

Aun continúa un rato esa lucha con el trole de cabeza testaruda, y los fogonazos del contacto que parece definitivo y no lo es se suceden interminables. Todo parpadea: la calle, el tranvía, los viajeros.

—¡Ya está!

¡Cal! ¡No! Nuevo parpadeo, aunque con menos intermitencia, pero con más intensidad, tanto que parece irse a fundir todo el barrio. La boca con boqueras de la cabeza de cascabel del trole no quiere encajar.

Hasta que por fin continúa su marcha, después de haber recibido unos fuertes golpes con el largo hierro que separa al conductor de los viajeros, golpes de castigo en la cabeza sensible y testaruda del trole, y después de haber dejado ciegos a los viajeros, completamente ciegos, irremisiblemente ciegos, heridos por el parpadeo eléctrico de la luz.

## Los coches de los colegios

Hay muchos coches de los colegios. Antes era una excepción encontrarse alguno. Quien recuerde Madrid —no el de los monumentos, sino el de los transeúntes

y de la circulación de los vehículos—de hace siete u ocho años, se acordará bien de esto.

A eso de las cinco o cinco y media es cuando más se los ve. Van persiguiéndose los unos a los otros. Tienen el sabor de las antiguas diligencias unido al de los primeros ómnibus de caballos que se usaron en París. Parecen haber sido comprados en París, y quizás raspando la pintura no sería difícil encontrar un «Panthéon-Port Maillot» o «Boulevard Saint Michel-Montmartre». Cuando últimamente se saldaron definitivamente los cachazudos y encantadores ómnibus de caballos, fué a comprarlos uno de esos listos contratistas de los saldos franceses.

Los grandes y largos coches-galeras con el cochero en lo alto y con tres o cuatro caballos guiados por unas riendas muy largas dan al atardecer de Madrid carácter de gran urbe y de la estampa un poco retrasada, pero auténtica, de un París 1905, ¡lo cual no es poco!

¡Cuántos portales distintos busca ese cochero que parece el decano de los cocheros y el viejo prior! Al llegar al de cada una de las colegialas se abre la portezuela y sale la niña como de la jaula de los pájaros (se acuerda uno del tiro de pichón).

A medida que la larga diligencia se va vaciando, las pocas niñas que van quedando se van llenando de una tristeza y de un miedo, a los que se mezcla un matiz de la emoción de las niñas que se han quedado castigadas.

A la última sobre todo le entraran ganas de llorar y un compungimiento extraño, unido al pánico de quedarse sola, completamente sola, con la pasanta, que no sería un absurdo que se la comiese.

También existen ya algunos coches automóviles para los colegios, y el nuevo y magnífico sueño de los niños, lo que le piden a sus papás desde pequeños, es ir a un colegio en que haya automóvil.

**Algunos papás, deseando que su niño vaya al colegio de automóvil, trapichean, hacen cosas ilícitas, hacen el desfalco... ¡Hay que enseñar a los niños a ser más modestos!**

### **Instrumental de dentista**

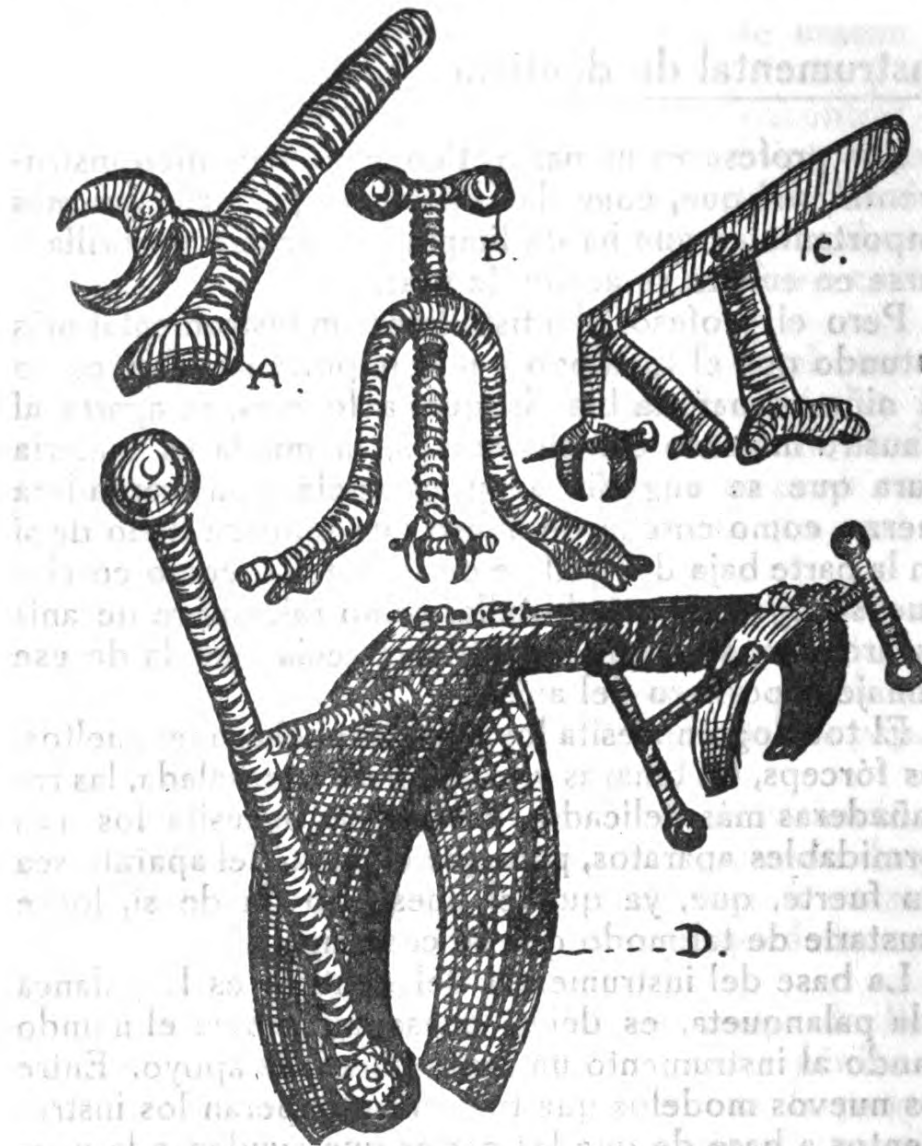
**Los profesores en partos tienen un magnífico instrumental, del que, como la Gillette, la prescripción más importante es que ha de limpiarse, secarse y abrillanarse en cuanto se acabe de usar.**

**Pero el profesor dentista tiene un instrumental más rotundo que el tocólogo y más importante. Así como el niño es materia blanda que, a lo más, se agarra al claustro materno con sus manos, la muela es materia dura que se engarfia a su charnela con verdadera fuerza, como corcho de hueso que hubiese dado de sí en la parte baja del gollete de la botella, como corcho que se agarrase a la botella, como raigambre de anís escarchado, sino que mucho más recia que la de ese ramaje soporífero del anís.**

**El tocólogo necesita los grandes cucharones sueltos, los fórceps, las tenazas y, como para la ensalada, las rebañaderas más delicadas. El dentista necesita los más formidables aparatos, para que el gesto del aparato sea tan fuerte, que, ya que el hueso no da de sí, logre asustarle de tal modo que se contraiga.**

**La base del instrumental del dentista es la palanca y la palanqueta, es decir, conseguir mover el mundo dando al instrumento un firme punto de apoyo. Entre los nuevos modelos que transcribo imperan los instrumentos a base de que las partes que ayudan a la operación están bien distribuidas para ser fijadas en la mandíbula, o en el pómulo, o en cualquier otro hueso firme; o a veces en las muelas buenas. El sacacorchos ha sido recordado mucho en la forma de todos los ins-**

trumentos del dentista, siendo el más práctico el sistema *B*, que recuerda los sacacorchos fatales, en los que el corcho no tiene más remedio que salir si le caza bien la punta del vástago del sacacorchos. El único



defecto que tiene el sistema sacacorchos es que el dentista no puede meter, como el camarero la botella, la cabeza del cliente entre sus piernas para conseguir el tiro perfecto, la colaboración eficaz.

Cuando fallan todos los sistemas, el dentista utiliza el sistema *D*, cuya garra grande sirve para ser fijada al borde de un marco de ventana o de una puerta, y la garra pequeña para ser fijada en la muela, gracias a la fuerza de sus manivelas, en forma de palanca de prensa. Cuando ya están acopladas firmemente al inmueble y al paciente las uñas de hierro del aparato, se coge al paciente de los pies y se tira de él en sentido contrario al del aparato fijo. Así salta la muela más reacia del mundo.



Los dentistas sacan ya muy bien las incrustadísimas piedras humanas, ese emborrillado de la boca que tiene barbas raíces. Sin embargo, donde mejor se saca una muela en el mundo es en el escenario de las sombras chinescas, en esa vida que no acaba de ser la otra vida ni otra

vida, pero que es la vida también. Todos recordamos haber visto esa media docena de escenas clásicas de las sombras chinescas, en que un dentista se asoma con gesto muy gracioso a la boca de una señora que viene a visitarle, y después, con unos alicates, le saca una muela fantástica que la atravesaba de parte a parte.

También entre el instrumental de los dentistas está su silla de operaciones, la silla de operaciones más cara y complicada, silla que es sólo comparable con las que hoy se usan en las peluquerías, resultando el cliente que se corta el pelo o se afeita como un transeunte herido al que curan en la policlínica.

Sólo los dentistas que logran ahorrar mucho son capaces de comprarse una buena silla de operaciones, de las que gradúan al paciente según la necesidad de la operación, graduación tan fantástica y tan importante, que de graduar bien en el sillón a la víctima depende todo el éxito de la operación.

Las ruedas dentadas abundan mucho en esos sillones —por algo son sillones de dentista—, y en cada momento de la operación y sus fases se siente un rechinariento bárbaro de dientes y de muelas, algo que repercute en el cerebro y se nos aplica al rosario dentado de nuestra espina dorsal.

Los sillones perfeccionados de los dentistas son una especie de ascensores delicados o de barcos de movimientos seguros—movimientos de canoa de carrusel—, en los que se mueve el sitio en que descansa el paciente con solemne movimiento de temblor de tierra, con matemática y mecánica precisión de grúa, con soporífera y mastodóntica fatalidad de gran plataforma giratoria y conminatoria, la gran plataforma que mueve a pulso, con pulso insostenible, todos los pesos.

## Los solares

Los solares están hartos de ser solares. Casi todos se han desceñido de sus vallas y están libres y dispuestos hasta a escaparse, si es necesario, o hasta dejarse robar.

¡Han esperado tanto tiempo!

Muchos llevan esperando desde el principio de los siglos, aunque ya bajo la apariencia de barbecho de alguno hay hundida toda una serie de casas de diferente estilo, formando un conjunto que, por oposición a los «rascacielos», se podría llamar «rascainfiernos».



**Los solares están inquietos, y el pendón, el estandarte de Cristóbal Colón que los descubrió primero, ese**

**SE VENDE ESTE SOLAR**

**Darán razón...**

ha sido tirado por los suelos o quizás ha sido arrebatado como si se hubiese verificado en su campo una batalla de Aljubarrota, que no sé por qué me parece el prototipo de las derrotas.

Los solares están maduros y todos esperan con impaciencia esa ceremonia de «echar la cuerda», que se verifica el alegre día en que los albañiles toman posesión de ellos.

Vertederos de las vecindades próximas, sitio en que las sirvientas echan de noche basuras y restos de las obras que realizan sus señoritos, sin permiso del casero o del Ayuntamiento, están abonados de sobra para producir la gran casa grande como un cedro del Líbano o el baobab más corpulento.

Alguna vez el edificador—que debía comprar los solares a cala—se encuentra con que el solar está tan pasado y pocho, que por más que ahonda no encuentra tierra firme. Su amor propio, sin embargo, gastará toda su fortuna en hacer esos cimientos inauditos, que cuando vaya a vender la casa no le valdrán nada, a no ser que la venda después de ponerla del revés a la vista del comprador.

Hay unos solares en el centro de la población que a todo el mundo le extraña que no desaparezcan. Los que andan buscando «su solar» se quedan encantados al verlos y hasta cometen la candidez de buscar su dueño. Son esos solares los que están pendientes de un litigio que no se resuelve nunca o de unos menores

también en disputa, y a cuya mayoría de edad espera el solar de quince a veinte años.

Hay, como cosa excepcional, el solar del que nadie da razón, el solar del que todos esperan al dueño, el solar que, entre dos casas, aun conserva sobre sí el gran queso de tierra prehistórica.

Al momento van a acabar de estar inactivos todos los solares; les ha llegado su hora y ya no serán esos cementerios de gatos y perros, revueltos con los brazos y piernas que cortan en las clínicas y con los hijos malogrados de las sirvientas. También los hay llenos de botes de hojalata, siembra de una futura tienda de ultramarinos.

Ya les va a durar poco su desesperación a los solares, aunque eso signifique que a nosotros nos va a durar también poco esos respiraderos tan admirables para ver la luna mejor y para estudiar a satisfacción las diferentes cartas del cielo.

### Observaciones pascuales

Hay que decidirse, ante todo, a no aprovechar, después de pasada la Navidad, los envases de los regalos recibidos. Podréis espantar la imaginación de vuestros hijos para siempre. No hay cosa que más me



duela en la cabeza que el recuerdo de algunas cosas que se quedaron adornando el piano o los ábacos de las chimeneas de mi

casa, después de unas Pascuas ricas en regalos.

Yo sé que como se agarran a las mesas, a los estantes, a las consolas esas chucherías, esas frioleras de porcelana, de yeso, de cristal, de metales más falsos que el plomo, es necesario mantener una lucha con



ellos, echarlos con decisión, no mirarlos al irlos a entregar.

—¡Qué lástima!—dicen las mujeres de la casa; pero, aunque lloren, aunque rabien y pataleen, hay que echarlos a la calle.

—Pero ¿a quién se lo vas a dar?—pregunta la esposa.

—Tú verás cómo hay alguien que lo quiera —responde el marido, y llama a la muchacha—: ¡Consuelo! ¡Consuelo!

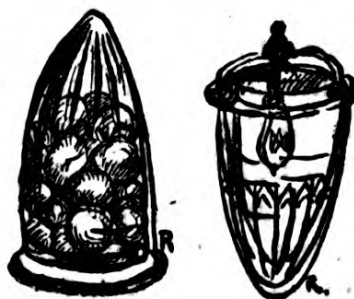
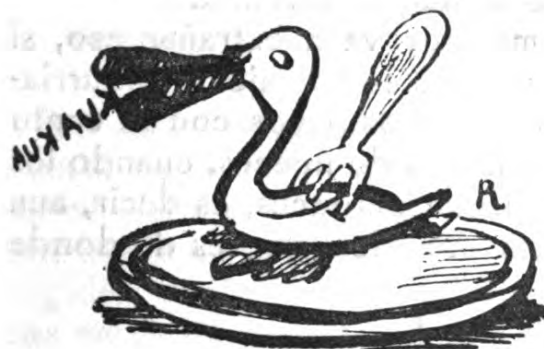


Y Consuelo acude y recibe la holandesa de yeso o la caja de latón, asombrada, sin poderlo creer, como cosa que guardará en el baúl para animar al novio,

pues ese objeto es como la primera piedra del futuro hogar: «Ya tenemos —le dirá— una bombonera para encima de la cómoda».

¡Guerra al objeto de confitería, de bazar o de tienda de

ultramarinos, que se quiere convertir en atributo artístico! Mucho ánimo para comerse los frutos y tirar las «cáscaras», por muy artísticas que sean, de las golosinas pascuales. No hagáis eso de aprovechar como tulipas para la luz de la antesala el frasco típico de esas conservas de melocotón, ese envase que es un fanal de cristal labrado. Yo he visto realizada esa aplicación ingeniosa; pero se notaba a la legua la



procedencia de la falsa tulipa, y la luz era como una luz dulzarrona y en conserva, quedando la bombilla como una pera en dulce.

\* \* \*

En los nacimientos figuran a veces cosas anacrónicas que no hay derecho a colocar en ellos. Los niños no tienen reparo en llenar huecos con esas cosas, y el nacimiento se convierte en una especie de verbena.



¿Por qué aparece en el nacimiento ese doctor con su jeringa debajo del brazo, si aun no se habían inventado los doctores con sombrero de copa e irrigador? ¿Cómo hay un zapatero de portal en ese rincón del bosque, clavando un par de borceguíes, que tampoco se habían inventado?

Pero ¿cómo nos va a extrañar eso, si campean por todos los parajes y andurriales de los nacimientos numerosos pavos con su canto de botijos vacíos y atragantados de nueces, cuando los pavos no se habían *inventado* entonces, es decir, aun no había sido descubierta América, que es de donde provienen?

\* \* \*

Tengo un gran deseo de comerme un pato, y nunca se me presenta la ocasión, porque quiero ver yo mismo el pato, verle vivo antes de comérmelo, oírlo pedir agua, agua, agua en que hundirse, agua a la que huir, con su particular dicción de niño simple: «¡Qual ¡Qual!» Quizás alguna vez me han dado pato; pero he desconfiado de que lo fuese. El pato es el plato indicado en una comida humorística. Yo cuento comerme uno estas Pascuas, y espero sentirle correr por mi barriga como por un corral, gracioso, tropezando y cayendo como un clown. Cuando yo me haya comido ese pato

soñado, tendré que sonreír siempre al recordarle, y espero poder imitar al pato como ningún ventrílocuo ha podido imitarle jamás.

¿Que se vuelve uno un poco *patoso*? ¡Y qué más da! En serlo bien, en serlo de verdad hay un arte especial, en el que está quizás el secreto del humor. Lo único malo que tiene el comerse un pato es que *hay que pagar el pato*.

En esos cuadros de Navidad en que un señor de sombrero de copa y con *macferlane* va cargado de chucherías y de algunas botellas, que asoman por sus bolsillos como los cañones por las troneras de un cañonero, falta el pato. Yo no les he acabado de tener envidia porque no llevaban un pato con su pechuga saliente como un menudo seno femenino.

## La vereda de la Puerta del Sol

Yo conozco una vereda tranquila que atraviesa la Puerta del Sol. Por esa vereda se puede ir despacio sin ser atropellado, con tranquilo ademán, mirando con ironía a todas esas gentes apresuradas, que muy cogidas de la mano pasan como atemorizadas ante una carga de la Guardia civil montada.

Yo, como un pastor de la Puerta del Sol, tomo el camino estrecho, disimulado, sin otro dibujo que el de mi brújula de conocedor de la gran plaza, de técnico de ella.

Parece que tengo un pase especial, una autorización en regla para poder seguir ese camino; pero no es eso: es que yo me lo he buscado, que yo he pasado muchas veces por la Puerta del Sol buscando esa vereda que sospechaba que había entre la maraña de los coches, porque por todo el trayecto que la dibuja es por donde los coches nunca tuercen, nunca pasan, nunca acometen. Hay hasta costumbres, rutinas, que no ha

formado nadie, que no se suponen, pero en las que hondamente coinciden todos.

La vereda de la Puerta del Sol, es, claro está, sólo para un pasajero, no para que pase una familia ni un grupo de amigos; no vale mas que para mí. Ni en fila podríamos ir por la vereda, porque entonces la mirada felina de los automóviles nos vería y arremetería contra nosotros, atacando la vereda.

Esta vereda aprovecha de tal modo los errores de diferencia, las cortedades del volante, el vuelo relativo de los guardabarros, que está garantizada. Es, por decirlo así, una vereda científica.

Hasta cuando riegan la Puerta del Sol queda ella sin regar, seca, blanca, empolvada.

### Los bandos de los jardines

Esos pendones o banderolas o estandartes que están clavados por la contera de su lanza en los jardines están limpios de bando desde hace mucho tiempo.

Se ve su superficie raspada, como si hubiese borrado el tiempo la Inmaculada que parece que tenían pintada, y que durante muchos años lucieron en la procesión eterna en que figuran.

Los jardines se hallan sin leyes, sin advertencias, sin indicaciones. Los niños pueden estar tranquilos y triscar a su gusto por encima de los macizos. No les podrán señalar los guardas ni el artículo tantos ni cuantos con su vara de fresno.

El muestrario de la Gaceta de los jardines está limpio, gris, sin la huella siquiera de los pedazos del último suplemento que se pegó en él.

Si yo fuese alguna vez alcalde no me ocuparía de perpetuar mi nombre con un ordinario procedimiento demasiado de bulto, sino que escogería la discreta proclama que se puede hacer pegar en estos pendo-



Los portales, que admiten todos los adornos posibles, tienen sólo tres o cuatro adornos típicos, tres o cuatro parejas de figuras, que se repiten en ellos a través de toda la ciudad.

Dos grandes leones blancos defienden muchos portales, como si los vecinos, llenos de miedo, hubiesen escogido esos dos animales feroces para asustar al ladrón. Esas casas de leones blancos rentan sobre diez mil o doce mil pesetas anuales, y no tienen guardillas.

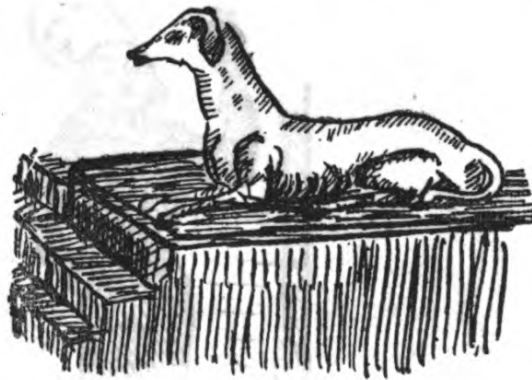
Cuando hay un piso desalquilado en esas casas, el portero señala los leones a los que lo encuentran caro, y les dice:

—Pero ¡fíjense que tiene dos leones guardianes!

—¡Es casa de portal con leones!—se dice en los gabinetes de la clase media, para señalar esas casas magníficas.

Otros portales tienen un par de trovadores o pajes, como guardia luminosa de su recinto, y soportan sus hachones con apostura gallarda y servicial. Son leales ayudantes de la casa, que atacan los nervios con su impasibilidad, pues siempre se los ve lo mismo, demasiado lo mismo, cuando son lámparas de un sitio en que debían tener las cosas más vida y en que los pajes debían entrar y salir, pasearse por el portal, asomarse al umbral y llevar sus antorchas a la funerala en caso de fallecimiento de alguno de sus vecinos. Su impasibilidad es irritante.

Los perros que adornan los portales son muy variados: son el más variado de sus adornos. Hay unos que son perros mansos, que dan confianza al que pasa, porque siempre juega con ellos un niño en cueritátilis, y







que frigorificaban todo el portal y toda la casa, resultando sus vecinos como una especie de seres de carne congelada.

—¡No quiero!... ¡No quiero!—gritaba yo, agarrándome a las jambas; y no hubo medio de hacerme pasar por el portal de luz helada y con aquellas estatuas, que parecían proceder del cementerio de Don Juan.

El arquitecto debía adornar los portales por dentro. Muchas veces, un portal estropea una casa y le da una antipatía pavorosa.

Los doctores deben pensar mucho en el portal que escogen, pues depende en gran parte su clientela de que el portal sea acogedor o no. Hay portales en los que se siente la muerte, o en los que se sospecha que el diagnóstico va a ser grave, y otros en que se presiente que la cuenta va a ser rigurosa, desproporcionada, cruel. ¡Cuántos enfermos se han vuelto de los portales amenazadores!



Los portales, que admiten todos los adornos posibles, tienen sólo tres o cuatro adornos típicos, tres o cuatro parejas de figuras, que se repiten en ellos a través de toda la ciudad.

Dos grandes leones blancos defienden muchos portales, como si los vecinos, llenos de miedo, hubiesen escogido esos dos animales feroces para asustar al ladrón. Esas casas de leones blancos rentan sobre diez mil o doce mil pesetas anuales, y no tienen guardillas. Cuando hay un piso desalquilado en esas casas, el portero señala los leones a los que lo encuentran caro, y les dice:

—Pero ¡fíjense que tiene dos leones guardianes!

—¡Es casa de portal con leones!—se dice en los gabinetes de la clase media, para señalar esas casas magníficas.



Otros portales tienen un par de trovadores o pajes, como guardia luminosa de su recinto, y soportan sus hachones con apostura gallarda y servicial. Son leales ayudantes de la casa, que atacan los nervios con su impasibilidad, pues siempre se los ve lo mismo, demasiado lo mismo, cuando son lámparas de un sitio en que debían tener las cosas más vida y en que los pajes debían entrar y salir, pasearse por el portal, asomarse al umbral y llevar sus antorchas a la funerala en caso de fallecimiento de alguno de sus vecinos. Su impasibilidad es irritante.

Los perros que adornan los portales son muy variados: son el más variado de sus adornos. Hay unos que son perros mansos, que dan confianza al que pasa, porque siempre juega con ellos un niño en cueritátilis, y

ni se impacientan, ni se mueven. Hay otros que son unos perrazos inmensos, grandes terranovas, que salvaron a la dueña de la casa, y que están dispuestos a



salvar a cualquier vecino que corra igual peligro en el baño de su piso, pues esa casa de los terranovas tiene baños en todos los pisos. Hay otros que son unos galgos extraños, de hocico largo y de cuerpo también muy largo; perros monstruosos que hacen de la casa una casa de cazadores, que parecen tener esos dos perros en el portal como atributo del olfato que es necesario en la caza, resultando también que esos perros insensibles y quietos, por lo general, gruñen con alegre y sutil gruñido cuando sienten que alguno de los cazadores de la vecindad vuelve de la cacería con el morral lleno.

Todos los perros de los portales son perros fieles, enfocados hacia la calle, dispuestos a morder al vagabundo que se atreva a entrar. En esas casas los repartidores de los periódicos no se atreven a subir a los pisos, y dejan el periódico al portero. No están mal los perros

en los portales, aunque tienen un aullido fúnebre, esa blancura que los cubre, está bien ese tipo mausoleónico que los caracteriza.

Sólo unos perros de portal me han parecido nefastos, malagoreros y de presa: los perros de aquel portal del usurero elegante. ¡Ahl, pero me salvaron de hacer la operación de *a cadena perpetua*, pues con sus orejas puntiagudas, sus ojos fieros y su carlanca al cuello, me recordaron a la bestia terrible de la usura. Igual que de pequeño no quise penetrar en aquel portal con aire de entierro de niño de casa de mi tía, tampoco ya mayor quise entrar en el portal del usurero facilitón.

## El doctor Rasurel

Muchas veces, para que no parezca un reclamo no hablo de ciertas cosas interesantes y dignas de un capítulo entre los capítulos. Sólo cuando llegan a tener cierta universalidad es de atreverse.

El Dr. Rasurel ha llegado a esa universalidad. Es algo extraordinario ver esa proyección de la vida que da el Dr. Rasurel viendo las cosas como a través de los rayos o los anteojos «Rasurel». Las gentes en los paseos, la familia en la casa, los actores y las actrices en la escena, los frailes en el coro, todos aparecen en camiseta, calzoncillos o refajo de punto; ropa interior de un tono gris que le da cierto aspecto de suciedad originaria.

Sobre todo, las proyecciones del célebre doctor aparecen en otoño y son ya visión nuestra en la hora del frío. Sobre un fondo oscuro se destaca ese matrimonio feliz al que siguen unos niños, o entre los viales de árboles pelados y muertos de los jardines melancólicos se ven grupos de señoritas con manguito y con pantalones de punto junto a caballeros con sombrero de copa y bastón, que presumen mucho con ese

traje grotesco, que les debía dar vergüenza lucir en plena naturaleza.

No llegan a ser espectros de las gentes esas extrañas figuras. Para ser espectros les sobra esa calidad de género de punto que tienen. ¿Almas?... Tampoco; menos. Deberían ser más diáfanos para ser almas. ¿Cuerpos de sus almas? Quizás; podría ser; pero, tampoco; está demasiado rellena su apariencia; la lana les materializa demasiado, y, además, para que no se pueda pensar nada de eso, se les ven ¡las ligas!...

En una de las placas de la linterna del apañado doctor aparece el bosque de Boulogne nevado y un caballero muy petimetre que saluda a una señora muy distinguida, apareciendo los dos en traje interior, aunque para demostrar que ellos se creen vestidos les queden jirones de sus prendas de vestir: un pedazo del zócalo de la falda de ella, además de algo de las bocamangas; así como a él, la vuelta de los pantalones, una solapa y también los puños. Da un frío atroz verlos en ropas menores un día de nieve; pero se los ve tan desaprensivos, tan sonrientes, tan a gusto, que parecen blindados y como con sendos gabanes de pieles. ¡Lo que es la ilusión! Su gesto es lo que resulta más gracioso. Ese es el gesto que todo el mundo hace bajo sus vestidos; ésa es la «grotesquería» interior de todo empaque. La ironía del Dr. Rasurel es mordaz y aplastante.

¿Cómo es este doctor? Es un señor alto, gallardo, con una gran barba bellida. Yo le veo situado en el barrio de más frío de París, en una casa orientada al Norte. En su puerta pone: «Dr. Rasurel. Consulta, los días de frío, preferentemente los de gran viento y nieve.» Muchas gentes que tiritan al subir las escaleras bajan tranquilas y como llenas de bienestar. Él, en su consulta, recibe en traje de punto, sin calefacción, entre radiadores refrigeradores, y en seguida recomienda a sus enfermos la adquisición del verdadero traje inte-

rior higiénico, que pasan a ponérselo al salón de pruebas. Cuando el enfermo es muy leve, le recomienda los «Boleros Rasurel» o las «Rodilleras Rasurel».

A los enfermos muy graves, a los que, por excepción, visita en sus casas, les extiende en seguida una receta en que pone: «Despáchese un traje interior higiénico».

Sólo tiene una competencia el Dr. Rasurel, y es el Dr. Winther, el célebre autor de los parches porosos, que recibe a su clientela, solemne, también barbado, doctoral, y sólo vestido de parches porosos de bayeta roja, traje que no resultaría inmoral si no fuese porque se ve todo por los muchos agujeritos que le criban.

Los personajes jocodramáticos de la gran tragicomedia de la vida es con los trajes Rasurel y Winther como están más en su papel. Esa humanidad banal y sin embargo pulmoníaca que aparece en un esquema de línea de puntos vestida con el traje de punto del doctor Rasurel, es como una representación de la humanidad que murió, y que sale de la muerte y se pasea por los alrededores de la vida, antes de quedarse en los huesos, con el traje interior higiénico ¡con que se murieron!...

## Destrozonas

Nada más humorístico que la destrozona. Son verdaderos trasgos y espectros del Carnaval; son los risueños duendecillos en que se ríe la calle y lo que de más bajo hay en el subsuelo: el alma de las porterías.

La destrozona es la gran arbitrariedad del Carnaval, su risa desbocada, su aborto. Frente al lujo y la pretensión de las lujosas máscaras que pasan, orgullosas de vanidad más que de humorismo, las destrozonas



oponen la verdad del Carnaval, su disparate, su esperpentismo.

Yo diría que las destrozonas son las únicas máscaras que alegran el Carnaval; son los espíritus risueños, grotescos y enloquecidos que, como llamas de alcohol, vivas y encendidas, alumbran la fiesta. Generalmente, las destrozonas son hijos de las porteras, que se em-



borrachan de alegría en la luz del día, que bullen al sol con la hilaridad de ese polvillo que despiertan y sacuden las escobas y los zorros, que son algo así como si la deplorable Humanidad hubiese perdido la cabeza.

La destrozona es una caricatura de la borracha: es la borracha vestida de borracha, decorada para el mayor éxito de su borrachera.

Todos los pingos ocultos, todos los vie-

jos trapajos—tan llenos de humor—se dedican a la jovial algazara del sacudimiento, en medio de la calle y de la luz. Es el gran día para las faldas viejas y cochambrosas, y para las pobres colchas que viven en cuartos sin ventilación y sin luz, poseyendo una alegría que es lo único que consuela las pobres enfermedades y los desgraciados sueños de los que tienen que arrojarse seriamente en ellas, después de un terrible día de trabajo.

¿Cómo no ven las madres de las destrozonas que





sus hijos las ridiculizan, las ponen en solfa, tienen el gusto de imitar *su estilo*? Como su padre no tiene verdadero carácter, imitan a la madre y le ponen el cetro de la escoba y el *pay-pay* del soplillo.

—¡Cómo se parece a mí este hijo tan saleroso que Dios me ha dado!—dice crédula y alegre la madre al verle disfrazado con sus ropas y con la careta, que anña a la mujer pequeña y destrozada que resulta de la composición.

El que pasa por las calles de Madrid los días de Carnaval lo que más tiene que admirar son las destrozonas, verdaderos diseños «goyescos», verdaderas encarnaciones del pueblo, magníficas aguafuertes. Si yo fuese un pintor, buscaría con empeño durante las tardes del Carnaval las mejores destrozonas, y, pagándoles lo que fuese necesario por estropearles la fiesta, las subiría a mi estudio, y las pintaría con afán, con fiebre, con un verdadero delirio de mis pinceles, como pintó Goya en la noche a los fusilados de la Moncloa.

La destrozona es un producto nacional del que no se acaba de tener idea. Yo, si salgo los días de Carnaval, es por ver destrozonas, y sobre todo, al atardecer, destacándose en lo alto de las calles en cuesta sobre el fondo luminoso del cielo, que se enrasa con la cuesta. No he visto nada más humano y que desentrañase más los bajos fondos de la vida y el alimañismo huma-



no, que las destrozonas vestidas de sociedad, enjaezadas para el baile de los sótanos. ¡Cómo vive la comadrería en ellos! ¡Con qué exaltada vida! ¡Como en un poema o en una fábula de luces violentas!...

A la destrozona, a la mejor destrozona, yo le daría un premio: el mejor premio de Carnaval, en vez de premiar siempre a esa máscara cursi y pretenciosa, aburrida, rígida y engolada, a la que se premia siempre.

Hay que instituir ese premio justo y leal, y elegir un verdadero jurado de artistas para que lo dictamine. Hay que fomentar la destrozona, producto nacional, que es el último «capricho» de Goya, que vive en plena vida con gran espontaneidad.

Ni hay nada de tan gran variedad en las calles de Madrid, ni que llegue en lo monstruoso a tan arbitrarias suposiciones, como esa de las mujeres con sombrero de señora, un pañuelo negro en vez de peluca, para tapar su pelada cabeza de hombre, una colcha, y, por fin, una careta con rizados y acaracolados bigotes de hortera juvenil.

Yo admiro esas máscaras, que son como indígenas del Japón más salvaje e intrincado; admiro sus salidas de teatro, estilo colcha castiza, y si yo me vistiese de máscara, no me vestiría de pierrot tonto, ni de estúpido clown de raso, ni de idiota bebé; me vestiría de destrozona, tomando para mi disfraz lo primero que pillase: un traje de baño, o la colcha amapolada de la cocinera.

### El hombre del guardapolvo

El guardapolvo es una prenda cándida, modesta, ingenua. Por eso, aquel caballero del guardapolvo parecía siempre un honrado corredor de comercio, aunque era un ladrón.

«Robos en los trenes», leía el hombre del guardapolvo, y se sonreía porque él siempre parecería el robado más que el ladrón, aunque era el ladrón con kilométrico y guardapolvo.

Cuando los demás viajeros elegían su camarote con la confianza que les daba su guardapolvo, él era el que saltaba sobre el elegido y salía por la ventanilla llevándose su maletín. «¡Quién iba a pensar que un pobre hombre con el honrado guardapolvo fuese ladrón! ¡Quién iba a pensar que se iba a atrever a huir, además, con guardapolvo!», se quedaba diciendo el robado.

Y el hombre del guardapolvo seguía robando en los trenes, en las posadas, a través de los campos, escogiendo siempre las regiones color tierra, los campos arados, los sitios en que había barbechos, casi toda España. Escogía esas regiones porque en ellas le servía su guardapolvo, pudiéndose disimular sobre esas tierras color guardapolvo y no siendo encontrado nunca por la Guardia civil, junto a la que pasaba muchas veces confundido con la tierra. Su guardapolvo le hacía inviolable sin tener que desmaterializarse, que esa es la gracia, eso es lo que quita todo lo que pudiera tener de cuento el hecho.

¡Ah! Pero un día sucedió que cuando fué a escapar con su alijo, el damnificado le agarró por el guardapolvo, teniéndosele que dejar y escapando a campo traviesa con su traje de americana color café, como desnudo e «infraganti». En efecto, después que se hubo parado el tren, alarmado por el timbre de alarma, la Guardia civil vió correr la mancha oscura del ladrón de americana color café, y logró alcanzar con sus mausers el gran blanco que presentaba el fugitivo, que fué recogido como esa pieza sobre la que descargan cazadores con buena puntería, y que trae el perro, igual, con la cabeza colgandera y los brazos largos, largos,

## El cura castigado

El cura, con su voz falsa, con su voz de gramófono de carbonera, lanzaba el sermón lleno de incisos y de palabras con que ganar tiempo.

Su sermón era deplorable, cargante, lleno de callejones sin salida en los que se le veía entrar y de los que se le veía salir volviendo grupas y creyendo que el público no se había dado cuenta de la trampa.

Abusaba de lo de «hermanos míos, queridos hermanos míos», para apiadar a los oyentes; pero lo que era inaguantable era su «María» a secas, su confianza con la Santísima Virgen.

«María entonces»... «María después»... «María más tarde».

Las luces palpitaban irritadas, inquietas, nerviosísimas. Hasta alguna beata sintió ganas de tirarle el devocionario como quien tira a la cabeza del actor unos gemelos de teatro.

El cura seguía «María»...

Cuando «¡pum!» se desprendió la caperuza del púlpito, el pavés en que está incrustado el Espíritu Santo, y como un formidable apagavelas, apagó la vida del cura, lo acalló definitivamente, representó el castigo más aplastante de los castigos. Allí, en la caja con tapadera que forma el dosel y el púlpito, estaba el pobre cura con la base del cráneo y de la elocuencia aplastada.

## Estercoleros

Madrid es uno de los sitios que más bellos estercoleros tiene... Humean de pletóricos de vida que son; humean como las sulfataras naturales.

En ningún sitio que vivan tanto tiempo adheridos a la tierra ni que llenen más profundos abismos, como

una viruela enardecedora de la tierra, que por lo general suele estar apagada y muerta.

El cuadro más difícil de proponer a un pintor—hay que reírse de paisajes sublimes—es el de un estercolero. ¡Lo que sudaría su paleta! ¡Qué gran sudadero de colores mezclados en copiosa profusión!

El estercolero es versicolor como él solo, y además varía de expresión constantemente, pues las cosas de vida más fuerte que hay en lo profundo de él se van abriendo camino hasta salir a superficie. Se podría decir hasta que se oye en el estercolero como un complicado aparato de relojería.

Latas de sardinas como cerraduras con la llave puesta, como sobresale la ganzúa por entre el tirabuzón difícil de la hojalata; divisas de colores; cáscaras de huevos que suponen miles de docenas; papeles agrios, pelusas inmensas, tazas como quijadas rotas, magníficas raspas de sardinas, escamas de besugos como las lentejuelas de cupletista del estercolero, numerosos muelles de patata, o sea las recortaduras pacientes y de una pieza de la cáscara de la patata, y, sobre todo, como galardón de la vida, como lo que nos ha unido alguna vez con los estercoleros a todos los humanos, como lo que relaciona las dos extremidades opuestas de la vida, el estercolero que está del lado del nacimiento al que está al lado de la muerte, como los cordones que hacen al estercolero principal ayudante de la vida, están los cordones umbilicales, numerosos cordones umbilicales que tiran a los estercoleros las viejas asistentes a los partos...

## Los bastones

Ante los percheros sucesivos del coleccionista de bastones se queda el visitante turulato y teme a ese hombre inofensivo que parece que puede dar una

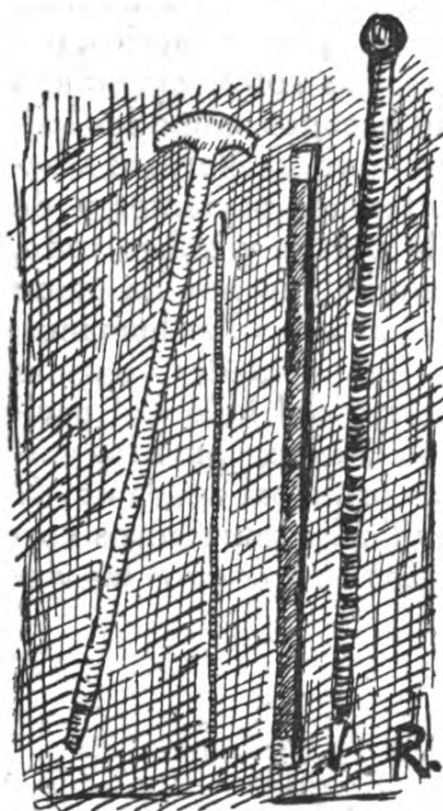
paliza valiéndose de todos sus bastones a la vez. No sé qué tiene de sucio y filipindongo el coleccionismo de bastones. Cogen atrozmente el polvo en sus estanterías, colocados sobre las cien puntas de cuerno de ciervo que les sirven de sostenes.

—Veinticuatro nudos, todos iguales—dice el coleccionista enseñando un *palasán* magnífico.

—Madera de sicomoro verde—dice mostrando otro bastón.

—Madera del árbol del Paraíso—dice enseñando otra barra exquisita, como si fuese de dulce.

El coleccionista tiene bastones que parecen palos de escoba, con ese repulido tono que toman los palos de escoba cuando se ha barrido mucho con ellos; bastones que parecen largas



barras de tinta china; bastones robados por el hombre pesado, que es el coleccionista, al *dandy* delicado y ágil. ¡Si los viese en su poder!... El coleccionista tiene la casa llena de palos, y en los pasillos se amontonan los percheros. Parece que una multitud de amigos de todas las castas se congrega en las habitaciones interiores, y han dejado sus bastones en los estantes. «Muchos comandantes retirados debe de haber», se piensa.

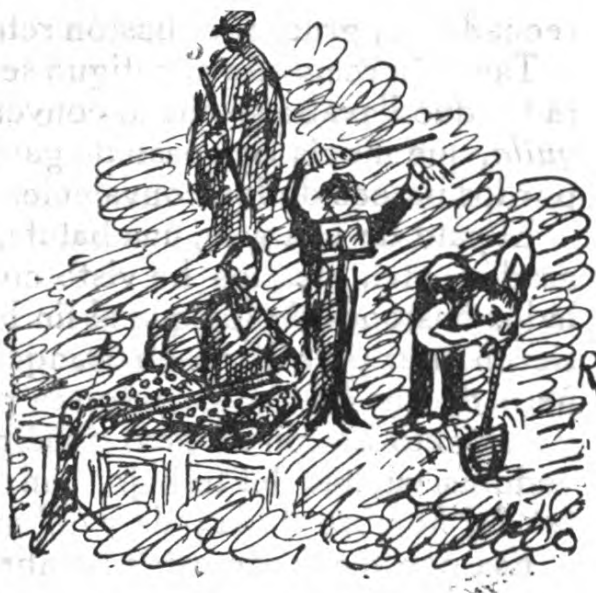
Los bastones de muletilla recuerdan las medio cojeras reumáticas que padece gran parte de la Humanidad; y todos, en general, parecen la muletilla colgada en los altares [de un Lourdes

clínico, como si el coleccionista fuese un doctor eficaz para las cojeras.

—Vea éste en marfil; pero mucho cuidado—dice el coleccionista enseñando una de las joyas de su colección.

—Pero ¿es posible que haya habido un colmillo de elefante tan largo? —pregunta el visitante.

—Sí... Ya lo creo... En el templo de Salomón había columnas de marfil—dice el bárbaro coleccionista, y así acalla al bárbaro visitante, que no comprende aún lo del colmillo, y



que piensa que, por lo menos, debería estar torcido el bastón, a no ser que lo haya enderezado un dentista.

El coleccionista, abrumado bajo sus bastones, suele ser un señor sucio, maniático, de chaleco lleno de manchas. A la hora de salir a paseo, generalmente al Prado, es cuando le atosiga más su coleccionismo. Está un largo rato sin saber qué bastón sacar, y ya coge uno, como lo suelta, y ya sale a la escalera, cuando vuelve a entrar y descambia su bastón, volviendo muchas veces del portal o de la esquina para sacar el otro bastón que le ha enternecido.

¡Pobres coleccionistas de bastones! Más interesantes que ellos son esos hombres enriquecidos que llevan un bastón que fué el inseparable vástago de la herramienta que manejaron en la más dura etapa de su vida.

Yo he conocido varios de estos bastones, en que se disimulaba la *mancera* de su trabajo cuando soporta-



ron la esclavitud primera, pero inolvidable. Recuerdo a aquel señor que llevaba siempre, con una contera y un puño de oro, el *metro* que le había servido de compañero en sus largas horas de horterismo, mientras preparaba su fortuna. ¡Cómo acariciaba aquel bastón recuadrado, grueso, el bastón retacol...

También recuerdo al antiguo sereno, al fin rico y retirado, que llevaba su chuzo convertido en elegante *maquila*, que movía con paso de ganso, con elegante aire, por los paseos de los convalecientes y de los rentistas.

El palo de una pala, una batuta, el duro mástil de un azadón, etc., etc., los he visto convertidos en disimulados bastones de los que al fin hicieron fortuna y quisieron usar para el paseo tranquilo el mismo compañero de sus fatigas, cuando era pesado leño el alegre y pizpireto bastón de hoy. ¡Qué duras aunque conmovedoras vueltas del trabajo, con el bastón al hombro, las del hombre de la pala y del azadón!

Esa constancia de estos hombres que conservan el recuerdo de su pasado, sin apartarse de su entrañable bastón, es lo que más me conmueve al pensar en los bastones, aunque esos bastones sean bastones terribles en la refriega, y en los teatros sean los que determinan el fracaso de una obra si no le hace gracia al antiguo sereno o al antiguo cavador.

### En la ventanilla de los

### «Objetos encontrados»

La pobre cojita se dirigía al departamento de la estación en cuya cabecera se leía:

OBJETOS ENCONTRADOS

**¿Qué iba a buscar?**

En el último viaje, y en un largo trayecto de soledad, había abusado de ella su viejo tío, al que la habían confiado.

**¿Quién iba a pensar que después de haber recibido el sagrado encargo de cuidarla, la asediase hasta ese punto?**

La pobre cojita sonrió, cedió y aprovechó la ocasión por si ya no volvía a sufrir la demanda urgente y violenta. Tampoco lo hizo muy a cierra ojos; pero al final se desvaneció y casi no se acordaba de lo que había sucedido.

Con el vago recuerdo de un viaje hecho en sueños, traspasando los túneles más largos, angustiaba a su imaginación el echar de menos algo, una cosa perdida en la segunda redecilla, en la redecilla para las cosas menudas, quizá en el hueco entre el asiento y el respaldo.

Al penetrar bajo el arco de la puerta, en cuyo frontis ponía

### OBJETOS ENCONTRADOS

se puso a pensar en qué diría que buscaba. ¿Qué?...

Nada. Ella diría en qué tren y en que vagón fué donde había perdido aquello que no podía especificar, pero que la hacía falta volver a encontrar. Ante el tono conmovido, angustioso, tremendo, con que ella imploraría, le sacarían todo lo que habían encontrado aquel día en todos los trenes y la dejarían elegir. Ella, entonces, reconocería lo perdido.

Una última y definitiva esperanza de encontrar al fin y a la postre lo que le era esencial le daba aliento.

Entró, pues, en el negociado de los «Objetos encontrados», y, dirigiéndose al empleado, le hizo com-

prender aquello, pues en aquel tren había perdido una cosa ligera, sutil, casi transparente, que no se puede explicar a un hombre, pero que las mujeres saben lo que vale, algo con que se envolvía durante el viaje, sin que eso quiera decir que fuese una manta de abrigo, algo en lo que iba abrigada su alma.

El empleado, ante aquella mujer que parecía buscar, por la clase de su angustia, un recuerdo de su madre, buscó entre las cosas encontradas, y presentándole un chal roto, desgajado, mustio, le dijo:

—¿Es esto?

Ella lo cogió en silencio, lo besó con frenesí, y, envolviéndose en su tiritaña, dijo, yéndose:

—Sí, sí... Muchas gracias... Muchas gracias.

### Memorable procesión

Todos parecían encapuchados y encapuchadas en aquella procesión del atardecer, ya anochecido, las velas como velas de altar que hubiesen echado a andar.

Al pasar se veía a las beatas que miraban su vela como si vieses en ella la consunción de su propia vida, siendo ese mismo el gesto de los beatos, perforados por unas ojeras clericales, unas ojeras especiales de enfermos de miedo, de insomnio y de soñarra eterna. Sólo cuando se peinaban y se daban el cosmético clerical para las procesiones estaban un poco avispados, aunque no podían quitarse sus aciagas ojeras.

La procesión caminaba lenta, con esas paraditas en que todos son revisados por el público y en que el público toma una extraña familiaridad con esas gentes como en el pasillo y con la palmatoria encendida.

Pero de pronto en diez lados seguidos se encendieron llamas mucho mayores que las de las velas. Parecían haberse incendiado los periódicos, que eran las arandelas de los pabilos; pero, no. Era que ardían diez

beatas con formidable chisporroteo, abrasadas por el fuego, y ardían como velas rizadas, de cera frágil y consumible.

El obispo, en un rasgo generoso, se quitó su gran casulla y envolvió en ella a la más joven, apagando así sus llamas, y los curas después se quitaron sus manteos negros y cubrieron a las otras, sucediendo que aquellas capas llenas de grasa aumentaron la combustión, y pronto quedaron convertidas en pavesas las nueve beatas.

¡Triste procesión, imposible de olvidar en la ciudad de las procesiones!

Ahora, cada beata que va a las procesiones lleva colgada, como cantimplora o termos de la excursión, un bidón de esos contra los incendios.

### La ocarina humana

En la terrazas se van parando los pobres en actitudes dignas, tiesas, hieráticas. Así plantados, tocan su laúd, su flauta, su violín o cantan su romanza. Parecen estatuas que no se moverán de la terraza; que en esa actitud y con el sombrero en la mano se quedarán allí para siempre, como no llenemos sus bolsillos de dinero. Serán, en esa actitud de hidalgos, una reconvencción silenciosa y adusta y volverán a repetir su número hasta que muevan los corazones.

Muchos de estos pobres he conocido con silueta propia, con figura de cuadro, con ademán orgulloso, la cabeza muy alta, porque ellos son pobres a mucha honra. Ninguno, sin embargo, tan pintoresco como el que ha aparecido por las terrazas populares de la plaza de Atócha y de la plaza de Nicolás Salmerón.

Este pobre es un ocarinista; pero un ocarinista excepcional. Yo he visto en los circos muchos improvisadores de músicas, cantos de animales y otros ruidos,

sin necesidad de usar aparato ninguno. Lo que más maravilla a las gentes es que un ser humano saque de sí mismo, sin ingrediente ninguno, la elocuencia de su arte. Son una especie de oradores espontáneos y de creadores los que tal hacen. Pero ninguno como este ocarinista.

Este ocarinista no tiene ocarina; ninguna ocarina. Este ocarinista descubrió un día en sus manos vacías el secreto de que en la mano humana hay una ocarina natural, de profundas y levantadas notas. Con eso le bastaría para ganarse el sustento.

—¿Veis?... No hay nada... ¿Veis?... Por el revés tampoco—dijo a la gente, enseñando la mano, como el prestidigitador antes de su número.

Y después tocó los últimos aires de moda.

Ese ocarinista sin ocarina, es decir, con la ocarina humana solamente, toca ahora en las terrazas las más conmovedoras músicas, aplicándose la mano izquierda a la boca y modulándola con la derecha, que busca entre sus articulaciones todos los registros.

No tiene que ver nada esa música con el silbido humano. Todo lo que tiene parecido con el silbido me parece grosero, flaco, presuntuoso, inaguantable. Las notas que ha encontrado este ocarinista en su ocarina son notas timbradas, con el timbre de sapo musical, que conmueve las montañas hiperbóreas, que tiene la ocarina. Se levantan como cohetes musicales de la verbenas de la noche estas notas que saca a su mano macerada, rígida, de cierre hermético y obediente.

El único defecto que tiene la ocarina humana es el modo con que hay que limpiarla; la repugnante manera con que el ocarinista se quita las sortijas de la humedad dedo a dedo.

Eso es lo que hay que perfeccionar, porque la ocarina es perfecta, y cuando yo me alejaba para no ver ese final repugnante de la música, oí durante un largo trecho las notas del nuevo aire musical, dispersadas

sobre los tejados, exhaladas con poder, como armónicas y agudas notas de la siringa del afilador, con matices de chirimía, de oboe y de dulzaina.

## El pintor de retratos

Si yo fuese pintor no sería pintor de retratos de personajes oficiales; eso de ninguna manera. Inventaría grandes cuadros de imaginación, buscaría los sitios alegres, pintaría las mejores horas interiores, pintaría, como el gran Iturrino, grupos de mujeres bañándose.

¿Paisajes? Tampoco pintaría paisajes, porque es la Naturaleza una cosa muy seriosa y desvanecedora del alma, aunque la engañe con sus goces sublimes. Yo sólo pintaría paisajes de una hora, paisajes conseguidos como quien se da un breve paseo por el campo.



¿Marinista? ¡Jamás! Toda la playa se burla de los pobres marinistas, y ha habido muchos casos de naufragio de marinistas célebres que permanecieron distraídos en sus éxtasis de artistas cuando el mar avanzó en su alta marea. La ligera astilla del caballete no les valió como tabla de salvación, y perecieron en el rizo de las olas que se habían dedicado a pintar.

¿Bodegones? Quizás, pues el pintor de bodegones suele comer arroz con gallina cada tres días, y perdices, y las mejores frutas, y una docenita de ostras acompañadas de una larga copa de jerez.

Pero, bueno: en todo podría incurrir, hasta en la pintura de historia, aun teniendo que pagar el alquiler de comparsas, trajes y reyes; pero jamás en la pintura de retratos de personajes oficiales.

¡Pobres retratistas de personajes oficiales! El señor o la señora a la que retratan les pagan muy bien; pero las humillaciones que sufren son terribles.

No ven a la ilustre dama o al ilustre señor nada más que el primer día y el último. Los demás días son introducidos en un cuarto trastero, y allí pintan frente al



maniquí vestido con el traje de cola de la señora, o frente al uniforme, las cruces, el sombrero y el espadín del excelentísimo señor. El criado los pasa al cuarto en que está el maniquí, y allí los deja, sin disimular cierta sonrisa al salir.

El pintor, muy puesto de etiqueta, hace a la señora o al señor, representado por su traje, cortesías silenciosas, vagos ges-

tos de pleitesía, y se siente muy embarazado cuando tiene que mover a la supuesta excelentísima señora, cogiéndola por la cintura, como si, al fin, como sucede en las películas, el pintor se hubiera enamorado de su aristocrático modelo. Si el esposo viese por el ojo de la cerradura esa escena, abriría la puerta y le diría al pintor con el gesto airado de rúbrica: «¿Qué hacía usted, caballero?»

El pintor sin rebeldía que pinta retratos ilustres en las salas solitarias y frías no se podrá dar tono frente a nosotros, los hombres independientes y modestos. El pobre pasa muy malos ratos en las destartaladas habitaciones del palacio, donde parece que el señor ha dejado su ropa para acostarse, y donde el pobre pin-



tor vela un sueño matrimonial que se desliza detrás de las cortinas, teniéndose que contentar con copiar las ropas que el señor y la señora han abandonado en la antesala de su alcoba. ¡Qué papelito!

Los ambiciosos pintores de retratos ilustres llevan la penitencia y el castigo de haber abandonado su arte para dedicarse a ser los peluqueros, los sastres y los *fisonomistas* de los grandes señores, en esa larga quincena de ayuda de cámaras que tienen que pasar contemplando las botas, los trajes y los sombreros de los ilustres paseantes.

Yo sonrío al ver a los retratistas en su hora de asueto, cuando ya llevan en la cartera el producto de los cuadros, cuando se resarcan de haber estado encerrados con los maniqués y las perchas, teniendo encima que contar anécdotas a los seudoilustres para entreternerlos, y no pudiendo fumar muchas veces porque su excelencia lo primero que les ha advertido cuando los ha dejado solos con su maniquí es: «Que a su maniquí le molesta el humo».



Pero el pintor de retratos de la aristocracia que he visto peor tratado fué aquel que tenía que ir todas las temporadas a casa de la señora vizcondesa—más serviles son, después de todo, los relojeros, que tienen que ir todas las semanas a dar cuerda a los relojes—para variar las modas a la retratada. A principio de estación recibía recado telefónico de la señora:

—Maestro..., rrrrr..., venga usted por aquí, que quiero que..., rrrr..., me haga un traje de moda y... rrrr, un sombrerito parisiense..., rrrr...

Cuando aquel pintor, que resultaba un sastre más que un pintor, iba por aquella casa, entregaba a la señora vizcondesa los últimos figurines, y, según ellos, pintaba sobre las prendas de su antiguo retrato un sombrero y un vestido diferentes, y cobraba aquellos arreglos a precio de gran modisto, porque cuando se planteó la cuestión del pago, y la gran señora, por la que no pasaban los años, le preguntó: «Y por esto, ¿cuánto podríamos poner?», él contestó: «Lo que haya pagado por su último sombrero y por su último traje». Y eso le fué concedido y hecho efectivo.

### Los limones del verano

En los puestos de los horchateros, que ilumina el farolón antiguo, se destacan cinco o seis limones sobre los vasos de cristal vueltos del revés.

Esa nota fundamental del verano adquiere una fijeza que puntúa la estación. Esos limones amarillos y pezonudos que se destacan sobre los vasos de talla burda, pero brillante, son para las miradas un consuelo rápido de los de mírame y no me toques, y pasa de prisa y sigue.

Repetimos esa mirada sobria, férvida, fugaz, sobre los limones frescos que se destacan en el aparador de los horchateros de las esquinas, y contamos con esta mirada para encontrar la simpatía del verano madrileño.

Si nos faltasen esos limones nos faltaría un alivio de la vida, esa caricia que encontramos en verlos al pasar iluminando la noche con su luz natural; porque los limones fueron las primeras bombillas de luz que enjazzaron los árboles antes de la luz eléctrica.

Esos prendidos naturales de la vida visible han sido siempre encanto de los ojos en España, de donde son famosas las limas y los limones de Murcia y las naranjas y los limones de Loja.

**Esa hilera diehosa, juvenil y graciosa de color, se ofrece a ser estrujada: es el reclamo, el cebo, la des-cocada seducción de los puestecillos de refrescos.**

**Se ven los limones ésos con encanto, con clarividencia y son un consuelo evidente.**

**Por dónde, pues, una cosa tan sencilla y tan insignificante es para toda una ciudad y para el transeúnte desalado, refresco de los ojos, esponja de su abrumación, auxilio de su espíritu.**

### El papá vestido de blanco

**—Papá, no salimos contigo—dicen las hijas al papá que tiene la manía de ponerse un traje blanco, americana, chaleco y pantalones blancos.**

**Realmente su papá va en un traje peor que el traje de casa, y quizás que si fuese en ropa interior, pues hasta yendo en ropas menores habría más notas de color en su traje.**

**El papá que va vestido de blanco se les pierde a sus hijas, y en sitios de mucha concurrencia vuelven muchas veces la cabeza buscando a su papá.**

**—¡Papá! ¡Papá!—gritarán las hijas durante mucho rato buscando a su señor padre, tan orgulloso de ir todo de blanco, pero tan disgustante.**

**El papá por fin aparece y va como un cero a la izquierda—eso ha conseguido por ir de blanco—al lado de su mujer y de su hija vestidas de color.**

**El padre vestido de blanco parece un fantasma, parece que se ha descolorido, parece que acaba de llegar de Filipinas y se pasea por el paseo de la LUNETTA o por el paseo de la Intendencia de Puerto Rico.**

**Pobre señor, vestido de blanco, ahogado en blanco, vivas sólo sus barbas grises y la cinta de su sombrero.**

**¿Qué espíritu tiene el hombre de traje blanco?**

Ninguno, se podría asegurar. Es él, más que nada, el perfecto traje del *retirado*. Tiene una apariencia de esperar que escriban en él el espíritu.

Sólo cuando el hombre del irritante traje blanco, presuntuoso de pureza, dándose gran tono de intachable, comienza a entrar en razón es cuando su traje blanco se mancha. Entonces le ve todo el mundo, entonces se destaca como un punto o una coma o a veces un punto y coma.

¡Pobre señor del traje blanco, con botones de calzoncillo por todos lados!

Que se tiña ese traje impolítico que tomaría todos los tintes bastante bien.

### El pasquín perenne

Muchos pasquines aparecen y desaparecen de las paredes de la ciudad. Algunos, en sitios estratégicos, se defienden mucho tiempo de la mano de uñas anchas y afiladas que los arranca.

La voluptuosidad del pasquín no es cara, y hacemos mal en no aprovecharla. Podemos ser como gobernadores o alcaldes sólo con fijar un pasquín en las paredes; es decir, imprimiendo un papel largo con letras grandes y pagando los impuestos.

Un pasquín que no sea muy disolvente le está permitido a cualquiera, que, al lanzarlo, es como si enviase una carta abierta a todos sus conciudadanos, pues todos se pararán a ver el nuevo pasquín, por si es una orden sobre los que llevan plumas estilográficas o bolsillos de malla de plata. Todos se creen amenazados con una nueva alusión que aluda lo insospechable, a algo de lo que deben responder.

Los hombres del circo, los «hombres honrados», Luis Esteso y últimamente hasta algún torero, han practicado el pasquín.

Pero sobre lo que ilustran más los pasquines es sobre los segundos apellidos ilustres. Así, entre otras sorpresas y vulgarizaciones que debemos a los pasquines, está el saber que «Unamuno» se llama Miguel Unamuno y Jugo. ¡No nos aclaró poco eso de Jugo la figura de Unamuno! Esa cosa jugosa—jugo de carnes, jugo de verduras, jugo de aceite de hígado de bacalao—que hay en él se debe a su segundo apellido.

Tan importante es el segundo apellido en los pasquines, que un señor que no tuviese el segundo apellido y no lo exhibiese en los pasquines de la propaganda no sería votado y no saldría diputado nunca.

Gracias a los pasquines puede pasarse un rato disimulado y tranquilo, aun estando de pie en una esquina.

Pero entre todos los pasquines hay uno que se eterniza, que está estampado en las paredes de las casas, con un estampado parecido al de esas camisas que los camiseros prometen solemnemente que no perderán el color por mucho que se las lave y que les dé el sol.

Ese pasquín breve y terminante, que han impreso en las piedras de la ciudad, dice: «La política es una farsa»; así, escuetamente, con gran injusticia para la política, que es, en medio de todo, un arte sagaz, equilibrado, que mantiene esa apariencia de justicia que gobierna al mundo.

«La política es una farsa», impreso con el sello de caucho de la clandestinidad, desprestigia toda la autoridad, y sin embargo, nadie hace que lo ve. Habría que enviar las casas al tinte para que les quitasen esa mancha denigrante, lanzada al por mayor, claveteada en las casas por ese instinto que tienen los que manejan un sello o matasellos, de imprimirlo miles de veces inútilmente.

¡Hay que ver cómo tienen los secantes de sus carpetas llenos de sellos!

## El que le ha tocado el sillón de mimbre

Infinitos sillones de mimbre hay ya por el mundo.  
¡Delgados asientos!

La culpa la tienen las verbenas, sobre todo. A todos les ha tocado alguna vez un sillón de mimbre, si no les ha tocado uno de esos niños con el pelo un poco rojo y las piernas torcidas, que son los rorros de las verbenas, que después espesan de chiquillería la ciudad.

Aquel al que le toca el sillón de mimbre no sabe lo que hacer con él muchas veces; pero tampoco sabe desprenderse de su premio. «Como es de noche, Madrid apenas me verá pasar con el sillón auestas.» Y el pobre caballero comienza el camino de su calvario. Primero lleva el sillón con elegancia, como quien trasladada del bracete a una señora pesada o la silla que hace falta en el comedor cuando hay muchos invitados; después se para a reflexionar, pensando que los sillones de mimbre debían poderse plegar, y por fin se lo echa a la cabeza, metiéndose en la jaula de su miriñaque. ¡Qué comodidad entonces!

Sumidos en un sillón de mimbre, como si fuesen enjaulados por la inquisición, hemos visto pasar a los abrumados por la suerte del sillón. Iban como borrachos a los que se les ha subido a la cabeza el sillón de mimbre, como uno de esos aguardientes de caña o de palma, que son tan fuertes. El sillón les enmascara un poco, les encierra detrás de la celosía del claustro; pero de todos modos se ve que son señores muy serios, que a veces tienen hasta barba. Parecen también viudos que han vuelto a jugar a los juegos de prendas y les ha tocado hacer esa penitencia para pagar una prenda, penitencia que se parece a la de poner cuatro patas en la pared.

Sólo habría una solución para aliviar esta buena suerte del que ha ganado un sillón de mimbre, que sería la de que se fuese sentando en él por el camino. No se atreve a eso el agraciado, que sería una cosa insólita la de ese transeunte sentado en una calle que



no era la suya, ni ante su portal, ni siquiera frente a un puesto de refrescos; los serenos acudirían presurosos a detenerle y a socorrerle, llevándole a la Delegación en andas, sentado en su asiento de mimbre, como si fuese el hombre que va a dar a luz, por la semejanza del procedimiento traslaticio con el que se usa con las



que sienten señales de alumbramiento en la vía pública y son trasladadas a la Casa de Socorro sentadas en la silla de la portera.

El pobre ganador del sillón de mimbre parece llevar a la cabeza una de esas cabezas de toro de mimbre con que juegan los chicos en la calle, y ése es ya el «inri» de las imágenes que sugiere.

Por fin, ya rendido durante el último trecho, lleva a rastras y de las orejas a su sillón de mimbre, produciendo un ruido desagradable, que da tristeza a toda la calle, y en los descansillos de la escalera de su casa tiene el gusto de irse sentando y descansando.

### Tiendas de retales

Las tiendas de retales son las que tienen más variedad del mundo. Sobre pasan sus tejidos y sus dibujos la variedad suprema.

La más conocida está en un angosto portal de una casa de vecindad, y al entrar y salir los vecinos tienen que tropezar, como quien roza los abrigos de un guardarropa, con todos los retales que pingonean y pendoñean en el portal.

En esa tienda de retales están todos los «cuchillos» y todas las culeras que puedan necesitar todos los ciudadanos del mundo. Cualquiera cosa que haya que remendar o «apedazar», allí encontrará siempre su pareja, la tela que necesite, por muy impar que sea. Nadie se irá defraudado, y todo tendrá remedio gracias a la apañada tienda de retales.

—Tiene que haberlo—dice el retalero cuando el que busca un pedazo de sí mismo enseña la muestra del traje despedazado, o al que hay que añadir bocamangas o las vueltas del pantalón, que se ha quedado chico, o carteras para tapar los bolsillos bocones y estropeados.

El retalero, con sus gafas de hombre que ha perdido la vista por haberse pasado la vida distinguiendo los tejidos y buscando las más difíciles similitudes, saca a la luz montones y montones de trapería y busca con cuidado entre ellos, como el que repasa un muestrario en rama, un muestrario sin encuadernar.

En aquel mare mágnun está siempre la cuarta, o a veces la cuarta y un poco más de la tela que se busca. El traje está salvado en definitiva. El sitio de la mancha o del roto no se notará, y el marido o el hijo saldrán con su traje como nuevo.

El retalero despacha numerosos parches, los verdaderos parches medicinales, los anchos sinapismos «Rigoló» para los trajes enfermos, y porque, sobre todo, es ese comercio un verdadero comercio de beneficencia, de atención por la pobre humanidad y sus flaquezas, una especie de sucursal de la Cruz Roja para favorecer el mal vivir de la gente modesta y para hacer presentable a la miseria. Si no hubiese tiendas de retales la pobre clase media se acabaría de hundir.

### El hombre de la uña larga

Este hombre de la uña larga suele tener barba de destripador de mujeres, barba que se alisa con un peñecito que cepilla y plancha, como cepillo de sombrero de copa, las lustrosas hebras.

Miradas pretenciosas y como desde muy dentro de sí mismo son las que arroja sobre la vida este hombre de la uña larga, ensañado y falso ginecólogo, que parece profundizar con su uña en la entraña de las víctimas.

Su uña larga es la uña del dedo pequeño, y es larga como una de esas manecillas de marfil para andarse en la espalda, una de esas manecillas con mango y todo.

¡Qué gran antigüedad la de esa uña larga del señor que la mima en su dedo pequeño! La comenzó a conservar desde que era niño de pecho.

La gran uña de este conservador de su excrecencia recuerda a esos peces espadas disecados que a veces se conservan como exvotos en las ermitas de los pueblecillos.

—Quítese usted del dedo esa cáscara de langostino—le diría yo al hombre de uña larga, si no temiese que me asesinase con su larguísima uña, con la que ha punzado y matado para siempre a más de tres.

El hombre con la uña larga pertenece a la historia natural en un apartado especial, entre los moluscos, los estratos calizos y los hipopótamos.

La uña larga también revuela como un ala dura de una clase rara de moscarda, con insistente aleteo, que no puede dejarse de ver y que crispa al que lo ve.

Ya muchos señores de la uña larga han muerto, siendo lo que con más empeño guardan su uña interminable, aquella uña con la que al andarse en la barba a medio afeitar producían un ruido más espantoso que el de un cuchillo al arañar un plato. A alguno hubo que hacerle un féretro mayor para que cupiese con su uña.

Ese empleo de la uña amarilla, larga, picuda, es debido indudablemente a una influencia china, operada en los españoles a través de las islas Filipinas. Eso de la uña larga es muy de señor filipino, de aquellos señores filipinos que tenían un bastón de «manaty», unas disciplinas para pegar a sus criados, un colmillo de elefante y un tabor pintado de crisantemos. Los chinos nobles tienen uñas doradas y larguísimas, porque eso revela nobleza y es la señal más probatoria de que no se dedican a las labores manuales.

Que se corten los «uñíferos» que quedan su uña de coleccionistas, tan difícil de guardar, porque esa uña larga influye sobre el carácter y crea la mala intención,

la suciedad, la felinidad, creando, como si fuese la uña del alacrán, un fondo venenoso en el que la lleva.

Que quiten la ceniza de sus cigarros con otra cosa, pues nos hacen muy mal efecto a todos esas uñas de prestamista ensortijado, tan mal efecto como si estuviesen rayando un cristal, el cristal por el que siempre estamos asomados a la vida y que siempre nos separa de los demás.

### La faja española

Decir la faja española es algo como decir la bandera española, o la navaja española, o la liga española.

El español con faja es el hombre con más faja del mundo, y se podría decir que su faja se podría ceñir al mundo en toda la extensión de su circunferencia como un verdadero meridiano.

Debía haber en la *Historia Sagrada* de España una de esas estratagemas bíblicas como la de los botijos, por la que todo un pueblo de españoles diese una sorpresa al ejército enemigo, bajando por el desfiladero imposible gracias a haberse colgado de sus fajas.

Desde luego, hubo un baturro que se ahogaba y al que sólo salvó la faja del compañero, a la que se asió ya en el fondo del agua.

El fajado español da vueltas de peonza cuando se quita la faja, y alguno ha caído mareado después de esa operación.

¿De qué les defiende la faja? De nada. La faja es una superstición de raza, pues les defendería de la puñalada si no se la quitasen para amarrársela al brazo en la hora del combate, y les defendería del catarro intestinal si no sostuviesen con ella los pantalones, y en la hora precisa y peligrosa no se la tuviesen que quitar.

Fajados como niños, aprietan con su faja los españoles sus fanatismos y echan llave a sus dineros. Qui-

zás les hace emprendedores su faja y les da cuerda para hacer sus largas caminatas y cargar sus grandes pesos. Es, probablemente, la muñquera de la resistencia de sus riñones, y gracias a la faja su resignación es segura, y tienen apretadas las clavijas años y años.

Parece que con el metraje de sus fajas miden sus tierrecillas y cazan a lazo sus mozas.

Por la faja subía todas las noches aquel galán al cuarto de la novia, y gracias a la faja pudo bajar la raptada la noche deliciosa en que todas las estrellas guiñaban su único ojo.

El labriego, cuando se quita la faja, tiene algo de *clown*, de esos *clown* que se quitan chalecos y chalecos en una serie interminable. Parece que hace en broma ese ademán de nunca acabar; pero vemos que se despliega en serio la aparatosa cinta, como para que la usen en sus mediciones los hombres del Catastro, por ejemplo.

La faja adopta diferentes colores, como si, igual que los hábitos, fuesen colores simbólicos, y se llevase uno u otro, según el hábito ofrecido.

La faja debía ser, para completar su casticismo y su arregostamiento español, de los colores nacionales, y ser como la larga colgadura para la procesión. En el fondo, la faja tiene esos colores y ese significado y es la colgadura de la barriga.

Por la faja habría que reunir a los de unas regiones con los de otras y hacer en toda España—no importarían las distancias, porque las fajas las subvienen—una especie de juego de la danza, una especie de estrella de las fajas, como esas que los de las comparsas tejen con sus fajas durante sus «espatadanzaris».

La señal mayor de adulterio que puede haber en España, la señal indubitable, la prueba mayor, es que en casa de su esposa encuentre el marido la faja inacabable del otro, encizañadora serpiente que no acaba de salir nunca de debajo de la cama.

A un marido le sucedió que, aun siendo muy ciego, siguió la pista de una larga faja, y acabó por dar con el que se escondía.

Los extranjeros que pasean por España ven a unos hombres que junto a una tapia se despegan de la faja en una lenta faena que, como el extranjero nunca ve en su postrimera fase, no acaba de comprender.

«En España—escribió en su libro de notas un viajero—los campesinos devanan el algodón envolviéndose en él... Se les ve al pasar dedicados a su lento movimiento de tarabillas de fábrica de hilados...»

El talante firme, decidido, testarudo del español se debe a su faja, a su terrible faja, a su faja en tres jornadas. Matará ese hombre de la cabeza redonda y de las venas hinchadas en la frente, si se le pone en la faja, si se le mete esa idea entre la faja y el redañil. Tanto debe influir en la psicología violenta, de ideas como metidas entre ceja y ceja, de propósitos rudos y feroces, que el español lleve faja, que eso sólo se lo puede imaginar uno habiendo observado la psicología del hombre con cinturón; es decir, el hombre que lleva puesta una cuarta de faja, nada, como quien dice. Pues el hombre de cinturón es patoso, enconado, un poco torvo, y todas sus decisiones están como enfurruñadas por ese estreñimiento que es el cinturón. ¿Qué será, pues, un hombre de faja, cuando hay que desconfiar del hombre de cinturón, que es capaz de todo, como el hombre que lleva cartuchera? ¡Cuándo se decidirán todos a llevar sólo los tirantes civilizados, que dejan al hombre en mayor libertad de albedrío!

### Esas gafas

Esas grandes gafas que se usan ahora compuestas de dos grandes ojos de buey, de concha, y dos antenas de concha, son, por su más primitivo origen, japo-

nesas y chinas. Los grandes poderes del Japón, los sabios y los sacerdotes, usan, desde siempre hasta ahora, esas gafas imponentes.

Cuando el hombre más refinado y que huye de los atributos de ritual halla los lentes transparentes de los Estados Unidos, lentes que llega un momento que se confunden con el ojo y se convierten como en las alas invisibles de la mirada, otros hombres pretenciosos, primitivos, recargados y fatuos, sacan a relucir estas gafas, que meten al individuo que las lleva en una verdadera hornacina.

Así como en el Japón pueden tener el profundo sentido de lo tradicional, de lo consagrado por los siglos, y son, desde luego, una cosa seria, reposada, llena de categoría, en nuestra tierra son sinónimas de frivolidad, de vanidad, de subrayación de la miopía que padece el que las lleva, y son como las hijas de las grandes gafas de *chauffeur*, para los que no son sino *chauffeurs* de sus pies, porque, generalmente, esos falsos automovilistas que las llevan no tienen automóvil.

¿Qué pensar de esos hombres que nos fisgan como a través de unos gemelos o como a través de unas ventanitas? Bueno es que nos miren; pero esa cosa excesiva que son hace que generalmente se piense mal de ellos, aunque hay excepciones, en que aparece detrás de esas gafas el gran sabio o el gran escritor, digno huésped de las selvas japonesas, de la sabiduría y de los dioses, tan japoneses como el que más, y tan español y tan todo como el que más también.

Muchas veces hemos visto al jovencito simple y reblandecido adoptar ese medio antifaz, un poco parecido a esos lentes o gafas de Carnaval que tienen unidos a ellas unos bigotes, una nariz y muchas veces unas cejas. Esas gafas determinan ya fijamente, casi siempre, que ese jovencito se quedará en un imbécil consagrado toda la vida.

No hay nada que obceque más que ellas, y nada que



ponga mayores anteojeras a la mirada, dando una marcada visión unilateral de las cosas. Temible ser, ser equivocado, fanático, testarudo y terminante, el que use esas gafas, en definitiva, a lo largo de su vida.



Los ojos que deben disimularse y difuminarse en la vida, que deben ser los ojos perdidos, volanderos y fugaces, que miran desde la luz más que desde los cuévanos del cráneo, ¡son encerrados y agravados en esas gafas alardeantes y gruesas!

RAMONISMO

8

**¡Abajo esas gafas que hacen a los ojos chicos, insignificantes, impertinentes, y que ni siquiera tienen la originalidad de la novedad, pues proceden del Japón.**

Aunque ha habido un momento que se han usado en nuestro país, hace muchos años, unos gruesos quevedos, recordemos la sensación que hicieron en nuestros espíritus de niños esos retratos oscuros, como hechos en una mazmorra, y en los que resultaba enconado, sombrío, incomprensivo, su retratado, el inquisidor con quevedos gruesos. El mismo Quevedo, por el que tenemos tanta simpatía, parece que fué víctima en su empaque, y hasta en su prosa, por ese rostro recargado y opaco que tiene—sus grandes lentes, su bigote, su perilla—. Hasta en su obra se tropieza con el marco oscuro y opaco de esos lentes, repetido y repetido.

Hay que ir por los lentes de papel de seda de cristal, con agarradero a la nariz, de cristal también, y si hay que recurrir a las gafas, porque es molesto para el pensamiento o para la mirada ese pellizco en la nariz que tienen que dar los lentes, debe recurrirse a las gafas finas, de una montura transparente de oro, esas gafas que, aunque parezcan jesuíticas, eso mismo no les es tan perjudicial como a las otras su burdo empaque, pues el fino cerco de oro quiere decir que son sutiles, vivaces, pícaras.

**¡Fuera esos dos servilleteros puestos sobre los ojos y que les ponen unos marcos disparatados! ¡Fuera esas gafas relicarias de las miradas frescas del presente!**

«No sea tan pretenciosa y farfullera vuesarced, y quítese tan gran estorbo de la cara», les diríamos—dándoles el tratamiento antiguo que están pidiendo sus gafas—a esos enmascarados con gafas de carey, gafas grotescas, que bien se podían vender con nariz y bigote como las de carnaval.

**Acabe ese gesto de ir a ver grandes cosas que tienen los que usan gafas con gran montura de carey,**

pues resulta impertinente que parezcan ir descubriendo cosas profundas y tremendas, que nosotros, los que no tenemos gafas ni lentes de ninguna clase, no acabamos de ver.

Sólo los ciegos sienten un parecido desdén hacia los que tienen buena vista.

Las gafas de carey no sólo privan a la vista de espontaneidades esclarecedoras, sino que parece que privan de oír y comprender.

¡Qué difícil discusión la que podamos tener con un hombre dotado de esa clase de gafas!...

No nos entenderá; tendremos que repetir las primeras premisas veinte veces, y sólo en ese momento humano en que se quita las gafas para limpiarlas cacha-zudamente con su pañuelo es cuando se da cuenta de algo de lo que se le ha querido decir:

—¡Ah!... ¡Vamos!... Sí; eso sí...

—¡Acabáramos!... Pues eso es lo que le he estado diciendo desde el principio, sino que hasta ahora ha tenido las gafas puestas...

Los adolescentes con gafas de carey son más adolescentes aún, y sus locuras, sus ínfulas, su equivocada idea de la vida, su pretensión de que padre les debe dar mucho más dinero del que les da, serán cosas más violentas y llenas de un instinto más fuerte.

Todo padre que ame su tranquilidad debe prohibir en su casa las gafas o los lentes de carey.

Dejemos a unos cuantos seres privilegiados, de reconocida prosapia intelectual, que usen las solemnes gafas sacerdotales, tan litúrgicas como las mucetas o las cruces pectorales. Que sea atributo concedido al talento que se destaque con la anuencia de bastantes.

Respetemos desde luego las de D. Ramón del Valle-Inclán, magnífico señor de horca y cuchillo, obispo y claro varón galaico, que tan gran eminencia es en el arte del decir y del sugerir. Las gafas de carey

de D. Ramón son tan terribles, que llegan a ser las gafas de un fantasma.

Don Ramón sabe mirar a través de ellas como a través de misteriosos catalejos de brujo, y se las quita y se las pone con gesto cigüeñil o gesto de pelícano de fábula, de aquellos que dibujaron en actitud de charlar y leer un libro los grandes ilustradores de los libros de premio para los niños.

Las gafas de carey de D. Ramón miran como lupas, investigan, observan al reo; y por eso D. Ramón alterna con sus miradas a través de las gafas otras miradas por encima de los arcos de carey, como queriendo ver con más ternura lo que ellas ven descarnadamente, y como queriendo ver con curiosidad ingenua lo que las gafas ven de un modo inexorable.

Que permanezcan muchos años sobre la faz de don Ramón las gafas de carey, porque D. Ramón merece esa excepción, ¡caray!...

### Las latas de sardinas

Odio las latas de sardinas. Se incurre en su deseo; pero después se las vuelve a odiar. Esa lata del pescador que nos tomamos, con todo el pescado que ha ido enterrado en ella, del anzuelo a la lata, nos sentará espantosamente mal. Todas las sardinas aparecerán y reaparecerán en nosotros, como si asomasen la cabeza en el mar cabrilleante.

Pero otra vez, por pensar con vaguedad en las cosas, volveremos a decir:

—Que nos suban una lata de sardinas...

—¿De qué precio?

—Que cuesten una peseta o seis reales...

Merienda abyecta la de una lata de sardinas. Regustamos en ella la descomposición de las cosas. El gusto de lo deshecho, de lo averiado, de lo que resu-

citamos en nuestro apetito estando muerto hace tiempo, lo encontramos en las sardinas de lata.

Yo, en mi calidad de doctor Inverosímil, prohibiría las sardinas a toda mi clientela. El que toma muchas sardinas se muere mucho antes que el que no las prueba. Creo firmemente que el cáncer en el estómago procede de las latas de sardinas, de esos pequeños féretros de hoja de lata, de los que nos comemos el cadáver.

En esa hora en que surgen las sardinas en nuestra imaginación agachapandémonos y dejémoslas pasar, que vuelen en el agua de nuestros pensamientos y se pierdan. Nada de mandar por una lata de sardinas y cometer ese acto trivial y tonto, sólo porque al abrir la fácil caja vamos a encontrar el bocado de la cosa pocha, exquisita.

¿La fácil caja? No. Fácil de abrir, no. Fácil de adquirir, sí. Fácil de abrir no, porque las llaves de las latas de sardinas no sirven, abren muy poco, se tuercen, quiebran a veces la lengüeta de latón. Son ganzúas torpes.

Nos quedará en los dedos la rodaja de la empuñadura de la llave, y aun así no habremos podido abrir. Pocas veces se logra ver en la sepultura de familia las pobres sardinas plateadas, planchadas, nadando en un aceite que parece un ácido preservativo y no acaba de serlo. No es del océano ya esa sardina; es del fondo oscuro y sospechoso de la tierra.

### La señorita de Marabú

Vuelve el marabú—vuelve constantemente—, y a mí me parece bien.

Es como el vilano de la moda, lo de menos consistencia de la moda, la prenda volandera y casi espiritual de la elegancia. Parece estar hecho con algo de

brisa a la que se dió consistencia con un poco de gasolina.

Es algo sencillo y humilde, a la par que aristocrático y aparatoso, ese boa de marabú o esos chales en que el marabú es su cenefa.

El marabú tiene un lugar aparte entre las prendas de vestir. No puede ser cursi nunca, aunque se intente que lo sea y por mucho que conspiren contra él.

¡Dulce marabú! La señorita que ha pasado de un año a otro año, y siempre en los dos entretiempos, en el de octubre y en el de abril, ha sacado su toquilla o bufanda o boa—como se le quiera llamar—de marabú, yo la conozco ya por la señorita Marabú.

La veo pasar por la calle muy pizpireta, engolada, ligera, bajo su envoltorio de marabú. Si se la tocase se sentiría que era más blanda, más delicada, más tierna que las otras señoritas. Es la señorita de Marabú.

Me hubiera gustado encontrármela en alguna reunión, ensayando un papelito en alguna sociedad de aficionados, en algún sitio de esos en los que no resulte desairado decir una cosa un poco cursi a una muchacha. Yo le hubiera dicho entonces:

—Señorita Marabú, tenía muchas ganas de poderla saludar por su nombre...

La señorita Marabú, satisfecha de ser llamada por su nombre, me miraría con aterciopelamiento de marabú, y, riendo, se envolvería más en su collarín de marabú, ensayando dos o tres mimos y dos o tres dengues, para escalofriar mi corazón con el escalofrío femenino y penetrante...

La señorita Marabú seguirá pasando en estas estaciones tan bonitas, tan indecisas, tan transparentes, con su marabú como pelusilla de paloma en un cuello de mujer, como suavidad que nos acaricia al pasar, como en aquellas bromas que nos tuvieron las hermanas andándonos por detrás en el oído con un pincel de marta.

## El hombre galante

Los tranvías pasaban sin cesar, pero sin parar.

Los conductores veían la sombra de aquella mujer extendiendo su mano con gesto de reina; pero no hacían caso. Aquél era el trayecto en que ganaban el tiempo perdido en todo el resto del recorrido.

El hombre galante que veía de cerca, en la semiobscuridad del atardecido, a la rígida mujer del manto, estaba admirado de su belleza, y le irritaba como a un vasallo las faltas de respeto, el cómo los marineros de los tranvías pasaban sin hacer caso.

Era tan injusto aquel disimulo de los conductores, que, además, al pasar por delante de ellos daban con más fuerza a la barquillera de la electricidad, señalando el máximo de la marcha.

Diez, doce, quince coches habían pasado, señalando allí el ondular sobre la ola en su precipitada carrera.

La bella mujer enlutada miraba al caballero galante, que por lo menos la acompañaba en aquel descampado. No le permitía su seriedad y su distinción decirle el «¡Pero ve usted!» a que no tiene derecho un desconocido; pero le miraba con gratitud y como diciéndoselo. Como si en su interior tuviese el magneto para dar más luz a sus ojos, los ostentaba más claros y subyugadores. ¡Ojos para subir junto a ellos las escaleras oscuras!

Todas las pruebas que se diesen tenían que ser silenciosas. Eran los dos transeuntes que se han amado locamente, como Romeo y Julieta, en la plataforma de un tranvía o en la parada para tomarlo.

En cuanto hablase una palabra o lamentase en voz alta el descaro de los conductores, ¡adiós poesía! Sería el hombre ordinario, entrometido, que corta sus relaciones con la mujer distinguida.



Cada vez estaba más enamorado, con ese amor desesperado que sabe que no va a tener correspondencia.

Al pasar por allí el trole, les regalaba dos chispas como dos bombones de los de morada envoltura metálica.

Frente a aquellos ojos que le miraban y que no le querían comprender, y en los que envidiaría quedar siempre, se le ocurrió el acto desesperado, y cuando el tranvía número 20 iba a pasar sin tomarlos, se arrojó a su paso, y fué atropellado y muerto, dándole el golpe de gracia el salvavidas, pero parando en seco pocos pasos más allá.

La hermosa mujer de luto no se dió cuenta de lo que había significado aquel rasgo heroico.

### La cosecha de barajas

Los gobernantes no ven que se juegue, no encuentran los garlitos, no dan con los jugadores, quizás niegan que se juega.

¡Ah! Pero denunciando el juego surgen las cosechas de barajas, la bonita cosecha de naipes.

En las esquinas de numerosas calles dos chulones con gorra de visera afilada y cortante venden barajas al grito de:

—¡Barajas nuevas! ¡Barajas de Vitorial!

En uno de esos largos cestos de las planchadoras, largos y anchos como las grandes bandejas para el te, hay desparramados tacos de barajas en gran cantidad, alguno abierto para dar más aliciente al almacén. Los dos chulapones, de pie junto a esa cesta colocada en el suelo, tienen en la mano unas cuantas barajas, que enseñan como prestidigitadores, procurando que siempre luzca a la vista de todos el as de oros, esas cinco pesetas de oro, que después de una moneda de oro

auténtica es lo que más se parece a la moneda de oro. Es el duro de oro sevillano.

Ni en Montecarlo ni en Niza, donde se venden ruletas en todas las tiendas, como si fuesen juguetes para los niños, barquilleritas para los chiquitines, se da el espectáculo de esa venta de barajas en las esquinas:

—¡Barajas! ¡Barajas! ¡De Vitoria barajas!

Siempre ha habido en Madrid esos vendedores de barajas, con la profusión con que en vísperas de año nuevo surgen los vendedores de tacos de almanaque; pero nunca como ahora.

Ahora es la cosecha; ha aumentado, ha sido una hermosa cosecha; tienen la casa llena, atestada, saliéndose las barajas por los balcones y las ventanas, porque éste ha sido un buen año de juego en los casinos, y el secreto de todas estas barajas es que proceden de los casinos, que despachan a las nueve de la mañana de cada día carros enteros de ristras de barajas, el gran archivo inútil de la noche, la inservible descomposición de la suerte, las tarjetas de los minutos allí dentro.

¡Diez mil reyes y diez mil caballos inutilizados en una noche!

Aprovechen la ocasión. Todos pueden tener una baraja o dos en su casa. Están limpias, están nuevas, pues el banquero las cogió por el canto dorado con una gran delicadeza y las fué depositando en el montón insertible, gastado, muerto, de las copas quebradas, de los bastos rotos, de las espadas quebradas sólo de un modo supuesto, pues las cartas tienen el aspecto de recién salidas de la fábrica. (Sólo si la Policía quisiera encontraría en muchas de ellas, en las que manejaron y tocaron los puntos, la huella dactilográfica de los más ilustres próceres.)

¡Gran cosecha de barajas! ¡El gran producto de Madrid, algo así como su trigo o sus panochas!

## Un piso más

El propietario se ha dicho de pronto: «¿Y si añadiese un piso más a mi casa?» Después se ha quedado meditando el caso, y, por fin, se ha decidido.

«Los cimientos resistirían dos o tres pisos más», se ha dicho también para darse ánimos.

¿Cuántos pisos han levantado los antepasados de esta casa a la casa que hoy tiene cuatro? Pues tres.

Claro que ni el propietario ni su maestro de obras han visto unos cimientos como los de esa casa. «¡Si se hiciesen ahora esos cimientos!»

«Con la renta del piso más—ha dicho el propietario a su familia—tendremos automóvil... Sólo con lo que renten esos cuatro nuevos cuartos tendremos para mantener nuestras excursiones, por largas que sean... Los grifos de sus fuentes serán grifos de gasolina para nosotros.»

En efecto, con cuidado, hablando a unos, agasajando a otros, doblegando a los de más allá, los albañiles han añadido el piso más. Se ha hecho con cierto sigilo, deseando acabar para que comenzase a ser un hecho la casa de cinco pisos.

La casa, mientras, tenía un terrible dolor de cimientos. Todos los cimientos la apretaban y tenía una especie de dolor de las plantas de los pies. «No vamos a poder resistir este peso», se decían todas las resistencias.

Pero el arquitecto estaba esperanzado. El había echado su cuenta en un papelito, y la resistencia de materiales, según sus numeritos transversales y bailarínes, admitía ese peso.

El piso quedó cubierto, y de nuevo ondeó la bandera, como en una casa nueva, en la casa antigua.

Aquella misma noche, sobre el sueño de los vecinos, la casa comenzó a ceder, a rebajarse, a redon-

dearse los balcones, a crujiir los cristales, a rebajarse el portal. La escalera se fué plegando como un acordeón, y cuando sonaron las doce toda la casa se derrumbó.

El dueño es hoy *chauffeur*. El piso más le ha hecho manejar un automóvil toda su vida.

## Los árboles de los bastos

Al pasar durante el invierno por los *parterres*, y también por las carreteras, vemos unos árboles trancosnes que no llamaré más que «los árboles de los bastos».

Impresionan estos árboles, que amenazan con sus cachiporras, con sus muñones desencajados, con sus puños con reúma articular.

Es terrible pasar una noche de luna por la avenida de los árboles trompudos, de esos gigantescos percebes de numerosos brazuelos hostiles.

El invierno se reconoce, sobre todo, en esos árboles en que parecen estar petrificados los boxeadores recalcitrantes, y se pegarían unos con otros en una lucha encarnizada si no pesase sobre ellos la inmovilidad que les dan sus raíces.

Recuerdan esos árboles eso que se llama «una partida de palos», o quizás, mejor dicho, «una tanda de puñetazos».

La primavera los encubre, disimula su monstruosidad, los redondea, les da una simetría perfecta, les eriza de ramas cubiertas de hojas, y consigue que tenga su copa una bella redondez.

Durante la primavera nadie creería que eran otra cosa que unos árboles querúbicos, verdaderos boliches dorados de los paseos; arbolitos un poco retacos, en cuyo ramaje están los pájaros, como al alcance de la mano, en la jaula de la libertad.

Por la avenida de esos árboles con peinado de peluquería se es muy elegante durante la primavera y el

estío. Todas las siluetas humanas son altas, y hasta los niños aumentan de tamaño y parecen ya pollitos andando por el paseo que bordean esos árboles bajetones y proporcionados al mismo tiempo.

■ ¡Ah, pero en cuanto viene el invierno, otra vez se quedan desnudos como pobres de hospital, como inválidos de las catástrofes, como apostrofadores y blasfemos iracundos, que no tienen la grandeza que tienen

en sus retorcimientos y contorsiones los olivos! En el infierno del Dante no figuraron estos árboles, porque son un poco grotescos, como bufones enanos. Carecen en medio de todo de importancia, hasta poder decirse que ponen un poco en ridículo los jardines del invierno.

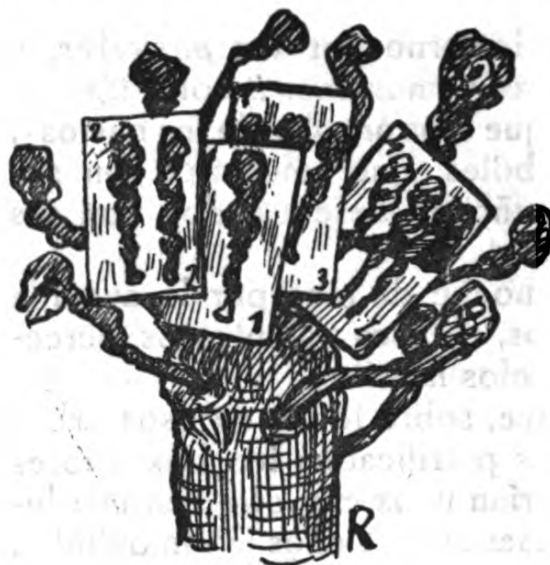
¡Pobre amenaza la del hombrón de brazos

muy cortos! Como no tendrá fuerza ni espacio para la flexión violenta, sus puñetazos serán siempre flojillos, y sólo podrá dar algunos «metidos».

—¡Qué feos sois sin careta, amigos!—les digo yo cuando los veo en el paseo del Retiro sin su gran peluca y su careta de bebés.

Los niños les temen mucho, y yo los he visto correr de pánico que les ha entrado al pasar junto a ellos, porque esos árboles son para las pesadillas de los niños los árboles que cubren el camino que va a casa de la bruja antropófaga.

No van al *parterre* los niños en el invierno por no encararse con esa partida de árboles, que es verdaderamente para ellos la «partida de la Porra».



Los demás árboles de los jardines sienten un gran desprecio por éstos, y dicen a voz en grito:

—¡Miradles las manos! ¡Qué manos más ordinarias tienen!

Y son abandonados como leprosos en una avenida aparte, algo así como en la leprosería del invierno.

Juegan con sus mazas como en la sala de gimnasia, y por lo menos gastan alguna broma al que pasa, y si se enteran que es un loco, le dan un coscorrón.

Pero esos árboles tienen un secreto que yo he sorprendido este invierno cuando comenzó la caída de la hoja; y es ese secreto: que mezcladas a las hojas que caían de esos árboles había numerosas cartas de baraja, todas del mismo palo, todas bastos, y he sorprendido [recogiéndolas a los fabricantes de naipes, pues el basto genuino] de la baraja genuina tiene que ser el que produce este árbol tan típico, en el cual los bastos son como numerosas ilustraciones intercaladas en el texto improbo e innumerable de sus hojas...



Las primeras hojitas de la primavera son como el vello rubio de sus brazos toscos y renegridos, y es conmovedor ver aparecer la primera hoja formal, porque es como una ternura especial, es más, como un canario que como una hoja.

También les salen unas ramitas como dedos renovados de sus muñones, y todo el árbol parece venir de la verbena del otro mundo con los pitos floridos.

Parece que se abren sus puños cerrados, parece que sueltan lo que tenían guardado en la mano, parece que los bastos se esconden, y parece que quedan curados para siempre estos pobres desgraciados, estos grandes fabricantes de bastos, estos tórculos para los naipes de ese palo, estos bailadores de garrotín en los parques, que se quedan en los huesos durante el invierno.

### ¿Y los chalecos blancos?...

Ya casi no se ven los chalecos blancos. Eso está mal.

El que llevaba chaleco blanco iba como envuelto en el salvavidas contra el calor. El chaleco blanco era el gran preservativo contra el estío formidable de Madrid. Todo el que pasaba por las calles asfaltadas de sol, del verano, dueño de un buen chaleco blanco, resultaba como inmunizado contra el calor.

El chaleco blanco era elegante, y hasta a los porteros les daba trazas de magistrados. El pobre hombre, con las botas torcidas y con sombrero de paja ennegrecido, que pasaba por las calles castizas dándose aire con el abanico de su sombrero, si llevaba chaleco blanco tomaba un buen aspecto de doctor.

El chaleco blanco tenía una cosa de prenda de cristiano para los adultos, para los verdaderos catecúmenos.

Frente a la sobrepelliz clerical, el chaleco blanco era la sobrepelliz civil, mundana, callejera, la prenda litúrgica del buen ciudadano. Había una especie de masonería del chaleco blanco, y cruzaban miradas de madrileños conspicuos todos los que se encontraban en la calle portadores de chaleco blanco, algo así como la banda en blanco de una gran cruz inédita.

Era el chaleco blanco una prenda de limpieza, que era menester llevar bastante nítida y con un apresto



un poco almidonado. Hoy, sin chaleco blanco, al abrirse las americanas, revelan, todos los que tienen tipo de chaleco blanco y no cumplen su cometido, lo mal hecho que está lo que hacen, pues se insinúa debajo de sus camisas una resbaladiza panza de rata, una panza con calidades de rata, y muchas veces de rata hidrópica o de rata ahogada.

Era mucho más distinguida aquella humanidad de porteros con chaleco blanco que ésta, quizá de mejor clase social, pero a la que se ve la camisa hasta su final en el brocal del pantalón y se le ven ¡los tirantes!, esas prendas de una ortopedia tan íntima, que sólo pueden ser comparadas con ciertos adminículos, como el braguer para la hernia, por ejemplo.

Hay que volver al chaleco blanco, con sus solapitas cruzadas, con sus botones de camisa, en los que el nácar brillaba como la joya más humilde, pero no la más despreciable. El mismo reloj se sentía de verano en el fondo del chaleco blanco, y hasta la calderilla se sentía dignificada—como a golfo que bañan y cortan el pelo—en el fondo de los albos chalecos.

¡Qué gran lujo de muda de rey daba a la muda de entre semana, y del final de la semana, el ver sobre la colcha de la cama el chaleco blanco de repuesto, muy dobladillado, muy requetepunchado, como prenda de frac que llevar de americanilla!

### Mi «Roskopf»

En la mejor tienda de la plaza Mayor he comprado el mejor *Roskopf* de la comarca.

Tenía de antiguo la ilusión de tener un *Roskopf*, y temía que desapareciese el último de su especie antes de que yo lo adquiriese.

Lo admiraba colgado en las grandes ristras de relojes que llenan los escaparates de las tiendas de la pla-

za, todos dispuestos a señalar una hora distinta y un nuevo destino a quien los compre.

Los relojes con los ojos huevudos son los que más atraen al transeunte, y los que tienen la esfera azul o morada también tienen un desgarrador encanto, aunque son relojes que en definitiva sólo se llevarán las almas enfermas.

Los relojes en que trabaja un zapatero son relojes espantables que debía requisar el Instituto de Reformas Sociales o la Casa del Pueblo, porque el pobre zapatero soporta una jornada excesiva.

Los relojes que tienen una señorita modernista y de cabellos rizados en la esfera o en el reverso, son relojes dignos del hombre que es engañado por cualquier mujer, por la más cursi de las trotacalles que se lleva al pueblo, y allí se la pega con todo el mundo.

Observando esos relojes se ve que abunda mucho el reloj ferroviario, con una máquina de tren, larga y humeante, pintada en la esfera. Por esos relojes es por los que los trenes llegan siempre con retraso.

—No hay nada—pensaba yo siempre—como el *Roskopf*.

Hoy, con el *Roskopf* en mi poder, me siento seguro, satisfecho, magnífico, magistral, restaurado, reconstituido, edificado o erigido, como una torre.

Mi *Roskopf* me da un pulso fuerte, ese pulso contra el que algunos se ponen una muñequera.

Mi *Roskopf* me acompaña muchísimo; yo diría que me acompaña como un compañero.

Mi *Roskopf* es en mi bolsillo como si llevase taxímetro, y un taxímetro que anduviese siempre marcando de algún modo y registrando los pasos de mi vida.

Cuando me quedo solo, en cualquier largo silencio, mi *Roskopf* sale a relucir. Las pausas terribles en una conversación están llenas de mi taxímetro, que se im-

pone. No permite dudar al adversario o decir que no después del breve silencio de su meditación, pues durante el silencio él ha hablado.

En las antesalas largas mi *Roskopf* me entretiene y me consuela.

Es, gracias a mi *Roskopf*, mi hora, la hora de las torres, la hora del reloj central que se eleva sobre el monte del horario fijo en la montaña central y en cuya esfera pone «*Roskopf Patent*».

Tiene mi *Roskopf* una hora para los ciegos, para los sordos y hasta para los mudos, una hora recia, que vale lo que pesa y que está pletórica.

Gracias a mi *Roskopf* viviré mucho tiempo, porque tener *Roskopf* es como alimentarse con el tiempo mejor, es como tomar agua de hierro, es como comer de esos alimentos que tienen mucho fósforo.

Yo estoy muy agradecido al general ruso *Roskopf*, que fué el que inventó este reloj, en el que se siente el ruido del mundo, el ruido que el mundo mete en su cotidiano movimiento de rotación.

### Cuadernitos de apuntaciones

Una de las cosas que más constantemente se venden en las calles madrileñas son cuadernitos de apuntaciones. Grandes cestos de planchadoras llenos de esos cuadernitos, encuadernados generalmente en granuloso papel azul marino, descansan al borde de las aceras, y sus liquidadores venden su mercancía al grito de:

—¡Cuadernos de apuntaciones, buenos y baratos!  
¡Cuadernos de apuntaciones, buenos y baratos!

Ante estas plagas de cuadernitos chicos he pensado que todo el mundo debe de escribir greguerías, que todos deben de tener un *stock* formidable, que lanzarán al mercado el día menos pensado.

Desde luego, la ansiedad pública, la curiosidad que hace comprar estos libritos, esconde el secreto deseo de apuntar pequeños pensamientos, dolores, ideas de grandes dramas, ocurrencias, quizá una poesía, quizá las pequeñas cuentas que se hacen para saber en qué se ha gastado ese duro del que sólo sale el primer real que se gastó, perdiéndose en el resto de la operación el que quiere saber en qué ha gastado las otras cuatro setenta y cinco.

Yo encuentro que son mucho más fecundos los cuadernillos que los pensamientos, y por eso hay que dar la cosecha a tan bajo precio. Yo mismo, que siempre voy apuntando cosas, noto que me acosan los cuadernitos, pidiéndome más, siempre más, quedando desocupados demasiado tiempo, hurgándome en el bolsillo con gran inquietud.

Pero es un fenómeno tan curioso este de la necesidad de cuadernitos, que aun teniendo medio nueva la media docena última, hay la tentación de comprar los nuevos, los que mueve con el dedo ensalivado el vendedor de cuadernitos de pasta azul.

Es que quizá se queden inutilizadas, viejas, veladas, como esas placas de fotografía que no se utilizan en mucho tiempo, esas hojas finales de los cuadernitos que se han llevado mucho en el bolsillo. Algo de desconfianza se siente al ir a apuntar algo en el cuadernito que se ha anticuado en el bolsillo, que tiene pelusas entre sus páginas.

Es un pueril vicio nacional este de los cuadernitos, por lo visto, pues perduran en la feria de todos los días, a través de los años, los vendedores de ellos, mezclados en revuelto mariposeo, con algo de libros de cheques para los pobres, pues lo que se apunta en ellos es lo que es la fortuna de los hombres modestos: el uno, esa frase feliz de su novia, y alguno que yo he sabido, los besos que daba a su novia...

## El hombre que echa fuego por la boca

En cuanto atardece pronto, en los días en que se puede contar con una noche oscura, aparece el hombre que echa fuego por la boca.

Se queda en mangas de camisa; ¿para qué quiere él más abrigo, si está ardiendo por dentro, si está inflamado, como aquellos calefactores de petróleo que sólo se calentaban ellos?

Tarda en preparar su número; dice cosas que estarían bien en el patio del presidio, gracias para la hora de recreo en el gran patio de los malos seminaristas; enseña la botella verde del petróleo, la mueve, y cuando ya tiene a todo el mundo suspenso de él, enciende la tea, se toma un trago de petróleo, y después de trazar sus rúbricas en la noche, sopla las llamas más largas, las lenguas de fuego más altas, como hombre poseído por el diablo.

Hay, como en los circos, un murmullo de asombro cuando el fuego está en su apogeo, cuando el pobre hombre arde por dentro, consumiéndose sus entrañas en el fuego bíblico. La gente espera que arda por fuera igual que arde por dentro, que abra en su cuerpo una ventana al fuego auténtico, fuego de almacén de gasolina incendiado.

El hombre que echa fuego por la boca parece sufrir unas violentas acedías, y necesita, como el más grave enfermo del estómago, mucha agua con bicarbonato, cubos de agua con bicarbonato. Sólo las acedías de los más desesperados condenados, de los réprobos mayores, del blasfemo número uno, pudieran ser parecidas al del extraño soplete de fuego interior.

Embadurnado de mineral como una lámpara sucia, como se ponían después de usados y de muy despabi-

lados y de atufarse mucho los quinqués de porcelana, el hombre ése de pómulos indios parece un emigrante de la India, donde aprendió de alguna secta de adoradores del fuego esa extraña ceremonia en que se entrega a las llamas el corazón, como lo pintan en el misticismo.

La llama de fuego, que tiene gran alma que consumir y muchos retoños, tarda en apagarse, y hay un momento que ilumina la noche ciudadana como un incendio, como una de esas grandes fogatas que arman los golfos o los componedores de vías.

Poco a poco, en esos tres buches últimos del fuego que se apaga, que se humilla, que va a fallecer, la orgullosa y gorgónica cabellera del fuego se extingue, y el extraño liturga sonríe y recoge las monedas que le echan los que comprenden que debe tener la boca hecha una pura llaga, escocido, soflamado todo su interior, como una ruina toda su alma, como una casa sólo con las paredes en pie todo su ser.

—Para que te cures... Para que te compres «linimento de cal» para tus quemaduras.

El pobre hombre, verdadero superviviente del «Machichaco», negro de su miseria, fogonero y brasa de su alimentación, descansa un rato, sonríe mucho, se muestra como curado de sus pecados, como si hubiese expiado su posible historia de crímenes, y por si aún alguien creyese que no le había purificado el fuego, vuelve a tomarse el petróleo, vuelve a encenderlo y vuelve a hacer las gárgaras de fuego de la purificación.

### Mi sereno está constipado

Mi sereno está constipado, constipadísimo; mejor dicho, escribiéndolo con esas dos enes y esas dos eses estornudadoras con que se suele decir: «connastipadísimo». Que «connaste».

Lo que más me duele dejar en la calle, la enfermedad que me conmueve más vivamente, es el constipado del sereno.

Está congestionado, encerrado en su bufanda, metido entre sus hombros, y, sin embargo, con el pecho abierto, pues no tiene más remedio, porque de ahí se saca las llaves.

—¿Qué le pasa?—preguntamos consternados, temerosos de que se nos marche al otro mundo nuestro buen sereno, que se llevaría al otro mundo numerosas buenas noches, antiguas buenas noches de los días más felices.

—Que tengo un catarro terrible... un catarro que no veo—nos responde.

Le diríamos: «Pues cuídese mucho... Sude bien.» Pero ¿cómo decírselo, si tiene que quedarse cuidando de nuestras puertas en la noche, crudiza, terrible, angustiosa, nefasta, en que la helada empiedra y enlosa con losas de lava fría la tierra?

—¡Pero hombre! ¡Pero hombre!—decimos, sintiéndolo de verdad, pero sin encontrar la palabra que sería justo propinarle...

Y con la noche que hace le dejamos a la intemperie, resfriado, más resfriado por el frío de las llaves que rodean su pecho. Allí se queda el pobre sereno sorbiendo el frío de la noche, quemando su constipado con el helor de la noche, poniéndose la careta del soplo serruno para ver de reaccionar, salvándose al fin, porque es muy fuerte su naturaleza y la noche es más compasiva que el día.

## Bigoteras

Ya no se usan las bigoteras, «tira de gamuza con que se cubrían en casa los bigotes para que no se ajaran», y que en otra acepción que aquella en que yo la uso

es también «punta postiza de charol o terciopelo en los zapatos» y además adorno de los coches.

Las «bigoterías» del progreso, que ya no eran de gamuza como las primeras, sino de fina red de linón, cuelgan como llamada a los últimos bigotudos que quedan en el mundo y que suelen ser de la Policía secreta.

Son los últimos reclamos del bigote, las hembras, por decirlo así, del bigote, que llaman a sus machos; pero ni por éstas. Nadie acude, y esos aparatos que eran los trajes de novia del bigote, por decirlo también de alguna manera, están quietos, colgantes, ineludibles, esperando al hombre de bigote que se vaya a casar al día siguiente y necesita dormir su última noche de soltero con la bigotería puesta, molestándole en sueños y haciéndole soñar que es un «cómico» y usa bigote postizo en todas las horas de su vida. «¡Si yo me pudiese arrancar estos bigotes postizos, cuya goma me atiranta el labio superior!», piensa y exclama en sueños.

Las bigoterías son redecillas insignificantes que han quedado inútiles, sin poderlas usar para otra cosa, sin poderlas aprovechar.

Ha sido una ruina eso de las bigoterías, pues la gran fábrica de bigoterías que había en Borgoña—trabajaban en ella 2.000 obreros—tuvo que cerrarse y dejó a muchas familias sin pan.

Yo juro que nunca he usado bigotería, que nunca he dormido con ese mosquitero para el bigote, tomando un aire de tío desconfiado, que teme que se le escape el bigote o que se lo roben.

¿Cómo podía dar un beso a su mujer el hombre con bigotería cuando la despertase en la noche? Parecería su beso un beso temeroso de contagiarse de algo, un beso desinfectado y desinfectante.

Siempre me ha resultado inimaginable ese caballero con bigotería, uno de esos tíos desagradables que arman muchos escándalos, tío presumido e hipócrita,



La bigotera ha muerto definitivamente, y por eso le dedico esta necrología, y la archivo porque es bueno que el futuro sepa las cosas absurdas que el hombre usó en su vida privada.

El kaiser, que era el último aficionado a la bigotera y que tenía una terrible bigotera de hierro para dar aquella espantosa tiesura a sus bigotes, ya no la usa, pues sus bigotes cedieron su imperio.

### Epidemias raras

Hay en la ciudad que no se riega nada epidemias extrañas; pero que no son manías de una sola persona, sino verdadera dolencia de todos.

—Anoche, a eso de las ocho, me comenzó a doler el ojo derecho y no dejó de dolerme hasta que me dormí.

Eso mismo lo podrían decir lo menos cincuenta mil personas que anoche, a las ocho, sintieron dolor en el ojo derecho.

En la tarde hubo desparramado un cierto estado de ambiente preparado para doler los ojos a todos los ciudadanos.

Ningún médico podría definir en que consiste este fenómeno, y si lo causó el aire de la vida en ese momento, o un microbio, o un frío de cierto grado y de cierta clase, o un estado de agresión espiritual que poseyó a la ciudad anoche, a las ocho en punto.

Otra vez es un sueño súbito que a las cuatro de la tarde, hora de estar despabilado y vivaz, les entró a todos los ciudadanos.

Yo sé que nunca habrá elementos de prueba para generalizar estas cosas; pero sé cuándo es epidemia un dolor, un lumbago, o ese ruido de oídos o esa picazón insistente en la nariz.

—Anoche, a eso de las tres de la mañana, comencé a sentir un nerviosismo desesperado,

—Pues yo, lo mismo—dice otro, y los dos creen que fué sólo una coincidencia, porque no saben elevar a cosa social, a unanimidad, lo que realmente lo fué.

¿Por qué todos los barómetros señalaron anoche una variabilidad especial, aun estando encerrados en despachos cuyos balcones no se abrieron en el día y cuyas cortinas son espesas? ¿Por qué no hemos de ser como los barómetros, por lo menos?

Muchas veces el hombre, que se siente el rey de los animales, no se atreve a ser más que la electricidad, que la telegrafía sin hilos o que un barómetro cualquiera.

¡No ser más que un barómetro, cuando se es más, cuando los barómetros son tan poco finos y sagaces que, si nos fijásemos bien en ellos, asomándonos al escaparate de una tienda barométrica, no los compraríamos, pues todos marcan distinta variación y están a veces en «tempestad», aunque claro que si entrásemos en la tienda para preguntar por qué pasa eso nos diría el barométrico dueño que porque están sin cuerda!

Consuélenos un poco de ciertos reumatismos, de ciertas palpitaciones en la cabeza y de ese fenómeno que se da de pronto en nosotros, y por el que nos sentimos como «desaparecidos» a esa hora «menos cinco», el que eso lo mismo les ha pasado a todos los ciudadanos a esa misma hora; que por todos ha pasado en ese mismo instante el síntoma del terremoto lejano de la fiebre amarilla que estalló en la India o la peste bubónica que apareció en Tampico.

### Greguerías

Si nos fijamos mucho en el azul del cielo, veremos que está lleno de microbios azules, pequeñas amibas de vida inquieta.

\*

**El defecto del cine es que se sabe demasiado que todas sus habitaciones están destechadas, los lujosos gabinetes de que hablan con ponderación los ordinarios corredores de películas, todo destechado y muchas gentes extrañas al drama en mangas de camisa, haciendo señas que se ven en los ojos de los actores.**

\*

**Cuando vemos las cosas a la luz oscilante de las velas, se ve cómo sus sombras se mueven y adquieren así una vida duendística y capaz de avanzar contra nosotros. A todos nos tiemblan los huesos y el alma.**

\*

**Se ve que el viento tiene sus favoritismos y sus antipatías, sobre todo terribles antipatías, por lo que pilla muchas veces un árbol y lo quiere estampar contra la tierra, en una verdadera lucha infame, como la del maestro que agarra de la oreja al niño y lo zarandeo así.**

\*

**Los altos pinos son los largos plumeros de techos que sirven para limpiar el cielo.**

\*

**El otoño está lleno de hojas de almanaque... Todas las hojas no arrancadas de los almanaques son arrancadas esos días, y ya para aprovechar la ocasión se deja el almanaque en el 31 de diciembre.**

\*

**Las blancas y negras urracas o las maricas, como queráis llamarlas, son esquelas de defunción que vuelan... Ponen triste el paisaje.**

\*

Las estrellas caían sobre el transeunte como encendidas puntas de cigarro tiradas desde la terraza de los cielos.

\*

Esta hora se podría decir que es la hora en que el automóvil hace ¡crac! en el camino y se deshace como un aeroplano.

\*

Los radiadores de la calefacción por agua caliente son las tripas febriles de la casa.

\*

Las llaves por cuyo canutillo se sopla suenan a trenes lejanos y enronquecidos...

Trenes asmáticos que no pueden continuar su camino, que se quejan de debilidad.

\*

El cencerro de la gran vaca del crepúsculo suena en las torres de las catedrales y de las iglesias al anochecer.

\*

Tengo idea de que antes de nacer asistí a un sorteo y que saqué una bola que di a los señores del Tribunal, una bola en que estaba grabada la hora en que me tocará morir, la hora que ellos apuntaron en sus anchos padrones... Si volviese a nacer la miraría antes de dársela a los señores del Tribunal... ¡Pero entonces me cogió tan de sorpresa el sorteo!

\*

Hay que decirlo... La mujer no sabe coser botones apretadamente, botones para que no se caigan nunca... Eso, sólo los hombres... El soldado es el que se sabe coser los más firmes botones...

\*

Los días de viento los hilos del telégrafo están llenos de noticias comentando los estragos del viento, noticias que hacen «ululu-ululu».

\*

Las cenizas que aparecen entre las páginas de los libros ya son cenizas de la incineración en el crematorio de los muertos de aquel que los leyó. Son sus últimos restos.

\*

El timbre es el verdadero ombligo de las paredes.

\*

Tenemos tan recelosa idea de la humanidad, que cuando cruzamos raudamente con otro tranvía yendo en la plataforma, nos echamos hacia detrás porque tememos que alguien extienda la mano y nos arañe toda la cara.

\*

Los jarrones de las terrazas están llenos de rosas y de frutas para el invierno. Es una atención que tienen los dueños con la ciudad: el adorno de sus estanterías, de sus altas repisas.

\*

De vez en cuando se ven por ahí niños muy pequeños vestidos con blusa azul... Se debe tratar de un colegio de niños pobres... Hace mal efecto ver jugar a los niños de blusa azul en las plazas públicas... Resultan antes de tiempo pobres proletarios.

\*

Lo más difícil que hay en arquitectura es hacer esas casas cóncavas que van dando la vuelta a las plazas lujosas... Los arquitectos han rectificado mil veces, como con sus grandes cuchillos, la curva remetida de esa especie de muebles de lujo...

\*

Nuestras mejillas son dos medias tostadas calientes  
y casi quemadas en la hora del rubor.

\*

Alrededor de la llama de la vela hay un vilano de  
luz.

\*

Lo que más daño hace a la ciudad, lo que le hace  
estar atragantada, son sus muchos hierros, sobre todo  
sus hierros colados...

Es lo único que no puede digerir la vida.

\*

El tranvía es muy fatuo... Se va mirando en todos  
los escaparates de las tiendas.

\*

El día de frío prematuro de octubre, noviembre o  
diciembre los gatos se preguntan: «¿Estamos en  
enero?»

### Lunatismo

Iba yo por el paseo de la noche cubierto completa-  
mente por la colcha de luna con estampaciones de  
árbol, formando una especie de damasco blanco y ne-  
gro que los pasos ensuciaban.

De vez en cuando salía a las explanadas en que  
jugar al *foot-ball* lunar, en la hora en que más justifica-  
dos resultarían los equipos en calzoncillos.

La luna apretaba aquella noche con fuerza inusita-  
da, como si me empujase al andar. Se podría decir  
que había una gran resaca de luna hacia el lado en que  
la luna se pone.

Me sentía traspasado por la luna, como el cañaveral  
puede sentir el viento que lo atraviesa.

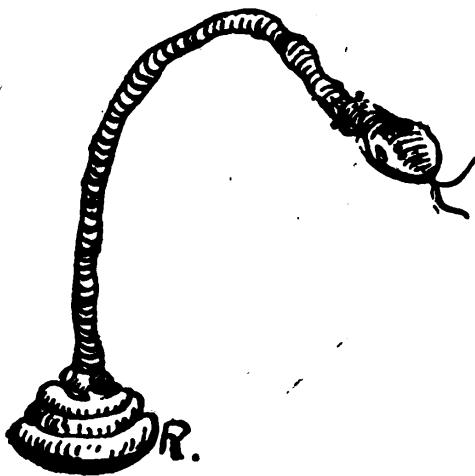
**Mi sombra, que iba delante de mí, impidiéndome el paso como le impide el pisarse la cola, se volvía cada vez más transparente, se iba llenando de filtraciones de luz, se desintegraba, hasta que obtuve la sorpresa inolvidable al ver que se transparentaba mi esqueleto. Ante esa espectromía inesperada me llevé ambas manos al pecho, como el que siente que se le desarraigan los pulmones, gesto parecido al que hace el que se siente sin cartera, ¡sin la cartera en que llevaba toda la fortuna de su vida, su propia vida!**

**¡Ah!, pero no, no me había pasado nada: sólo era un fenómeno hijo de la luna formidable de aquella noche que había actuado sobre mí como los más terribles y perspicaces rayos X.**

**Me puse nerviosísimo, nerviosísimo, y tomé un coche que me volvió a mi casa.**

## La nueva serpiente

**Las lámparas han influido siempre en nuestro trabajo y en nuestra inspiración; pero todas eran «lámparas», sin esa cosa orgánica, animal, reptilica, maliciosa, de esta lámpara que se yergue sobre los «bureaux» americanos. Esta lámpara serpenteante que se enguizca en lo alto de esas mesas amuralladas es la lámpara burocrática por excelencia, y sobre la mesa del escritorio es una lámpara de la que no pueden esperarse muchas cosas buenas.**

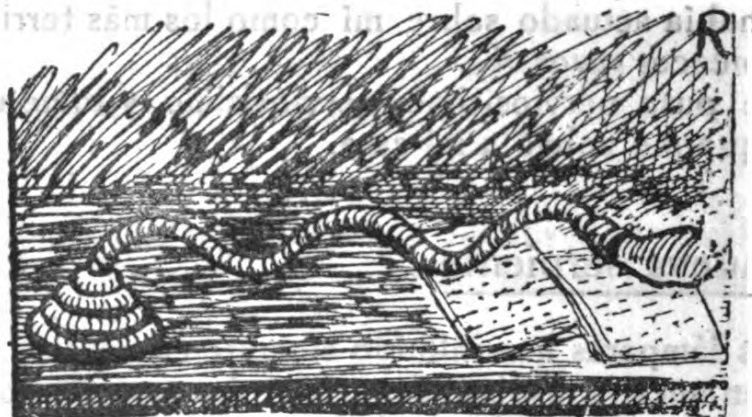


**Esa lámpara de cuerpo dúctil y flexible, como el de las serpientes, tiene algo picardeado, venenoso, sinuo-**

so e insinuante en su cuerpo anillado, que pudiendo moldearse a capricho, deja de tener resistencia para quedarse firme, como con energía interior.

A los que nos cogió niños el invento de esas lámparas, nos sorprendió, mucho más que a los que ya se las encontraron implantadas o las vieron aparecer ya hombres, su carnosa a la par que metálica y enérgica tensión, pareciéndonos algo extraño y pintoresco cómo imitaban a la cobra.

Esa cobra de luz parece soplar las cosas más maquiavélicas al oído del escritor que se alumbra con



ellas y ser la inductora de las más sutiles trampas financieras, provocando en el escritor satánico las ideas más infernales.

No se puede estar tranquilo con esa lámpara. Su luz es tendenciosa, enconada, enarcada con coraje y cautela sobre el enroscamiento de su base.

Esa lámpara en la noche no es la cosa inconsciente que alumbra, sino la lámpara cuya luz mira, se acerca a ver y toma numerosas posturas de atención, recelo, ataque, coacción, orgullo.

Esa lámpara es la lámpara tentadora, influyente, que encubre al mismo tiempo sus ideas, que con su ocupación de cobra hipócrita empantalla sus ojos y se prevale de sus secretos proyectos y los vierte sobre



las cuartillas, sobre los planos, sobre los largos papeles de las cuentas y los presupuestos.

Temamos a esa lámpara, o por lo menos amaestremosla y depurémosla, quitándole su propensión, escribiendo muchas cuartillas, haciendo inacabable nuestra obra, atreándonos en el trabajo impropio, haciéndola madurar en la labor.

Es la nueva serpiente inducida, que, cautelosa y sagaz, busca a veces el oído de los que se abstraen sobre las cuartillas y les inculca la confianza maligna, y que cuando se queda encendida sobre las mesas serpentea sobre sus tableros, ondu-la con vida propia y se asoma a las cuartillas, y reconoce lo que hay en ellas escrito, para ver si está bien redactado su pensamiento.



## Hay gas en todos los pisos

El anuncio azul y blanco condecoraba la casa como una placa de honor. El que miraba la casa entreveía los negros e inmensos contadores de gas. Toda la casa parecía tener la hilaridad del gas.

El anuncio del «gas en todos los pisos» era más grande que el de las otras casas, como si la casa fuese la comendadora de las casas con gas en todos los pisos, así como hay las que son «caballeros», «oficiales» y «grandes oficiales».

El portero decía a los que querían oírle, mirando a la cadena del reloj del que hablaba, que es adonde suelen mirar los porteros cuando hablan:

—Gas en todos los pisos, y es posible que *haiga* las mejores máquinas de calefacción de gas en todas las habitaciones, y que *haiga* una cocina con cinco hornos y calentador para el baño, y *haiga* también un depósito de agua caliente para el lavabo, calentado también por gas.

Así resultaba de la conversación del portero un exceso de gas y de *haigas*.

Yo hubiera corregido el letrero, por tanto, así:

«HAIGAS» EN TODOS LOS PISOS

El mucho gas que tenía la casa hacía subir su precio, y por eso tardó en alquilarse, y se alquiló cuando ya había preguntado y había pensado en tomarla medio mundo, que pasaba por la otra acera con envidia de no haberse decidido por ella.

¡Ah! Pero aquella gente que miraba la casa de abajo arriba como a un monumento se dió cuenta de un fenómeno que después de todo les sirvió de consuelo, porque eso les hubiera intranquilizado de ser sus moradores: que al atardecer la casa tenía un piso más, se habían levantado las ventanas del sótano y salía una nueva hilera de ventanas debajo de las que eran las últimas durante una mitad del día.

Como un gasómetro que asciende a la hora en que el gas está en su plenitud, la casa «comendadora» del gas ascendía a esa hora del día en que todas las cocinas soltaban todos sus escapes y el horno funcionaba y las calefacciones tenían encendidos sus capullos azules y blancos.

## El tranvía japonés

Pasa de pronto por la noche oscura y arbolada de niebla un tranvía de non, que no es el monótono tranvía de siempre, cajón alargado y trepidante, sino un tranvía japonés, con un techo de quiosco o pagoda y con ventanas con el arco circunflejo de las japonesas, siendo también como montantes de farol japonés las ventanitas que lucen en lo alto del tranvía.

¿Dónde va en la noche ese suave tranvía japonés, que parece que dirige un conductor vestido a la japonesa y con su coleta y todo, tocando el timbre con su zapatilla de gran suela?

En la noche de gran frío—quizás es la de más frío del año—esa soñadora intimidad del tranvía japonés en la ciudad prosaica deja una realidad muy grata en el corazón.

¿Va alguien dentro? No. Quizás se vuelve japonés, se metamorfosea el tranvía vulgar, porque va solo en la noche escarchada y fantástica. No quiero faltar a la verdad de una visión real, mintiendo y diciendo que veo japonesas y japoneses en el interior de esa casita japonesa que, como un gran farol-tranvía, lleno de ventanitas y de cristalitos, transita por la noche. No. No veo japoneses dentro, pero es japonés ese tranvía vacío de las altas horas oscuras.

## El huevo de madera

Ya tenemos tanta familiaridad con este huevo de madera que sirve para zurcir los calcetines, que vamos a escribir sobre él, a hacer su biografía para el archivo del tiempo.

Es un huevo de gallina del tamaño de los de antes, pues las gallinas, trabajando menos en la confección

de sus huevos, con esto de la jornada de ocho horas, producen menos y más raquíticos huevos. Los domingos van dejando de poner, por lo del descanso dominical. En vista del encarecimiento de todo, hay que encarecer los huevos y hay que disminuirlos algo de la medida.

Este huevo modelo, este huevo ejemplar que aparece en las carpinterías entre los montones de serrín, es un huevo duro, demasiado duro, como si hubiese permanecido un año entero en el agua caliente.

Gracias a que es duro este huevo se cae muchas veces y no se rompe, buscando el fondo de las butacas, escondiéndose, si puede, en el sitio más inasequible, debajo de las librerías.

Está en los costureros como recién puesto siempre, como modelo del huevo que han puesto las gallinas de la casa y cuyo enorme tamaño enseñan a todas las visitas para darlas envidia.

—Fíjense ustedes... ¡Qué hermosura!

—¡Ay, hija mía, las criadas la engañan a una tantol... ¡Qué tienen que ver con ése los que me trae a mí por cuatro pesetas!

—¡Ah! Esos huevos eran los que costaban antes a una peseta la docena...

El huevo de madera archivado en el costurero, abrigado por las madejas, los calcetines y los retales, es el huevo mimado, es el arquetipo, es el huevo que enseñan algún día a las gallinas para decirles:

—Mirad... ¿No os da vergüenza?... ¡Sisonas!

El huevo de madera en la casa de mucha familia está muy picoteado por la aguja, de tanto ser talón y planta y punta de un pie ideal fortalecido por el uso, un pie de todos, algo así como una horma ideal para todos los pies.

Con el huevo duro jugarán todos los niños de la casa, y el más gracioso, el día del santo o del bautizo, después de ponerse un gran plumero debajo de la

americana, dejando asomar sólo las plumas, hará como que lo ha puesto, en medio de las risas de los invitados.

El huevo de madera de los costureros puede ser echado en la cesta de las provisiones en los viajes muy largos, y, sobre todo, los capitanes de barco que se preparan para largas travesías alrededor del mundo y a las excursiones al Polo debían llevar, además de los barriles de galleta dura, muchas docenas de huevos de madera frescos, porque aguantan sin descomponerse las más largas travesías.

Si ese huevo se empollase saldría... un calcetín.

### Lo que inventé

Pasaba junto a las lecherías en las noches de gran luna y me daba pena ver a las vacas encerradas en el establo, guardadas en la esterilidad de la sombra.

¿Por qué sentía la secreta intención de pasear por la noche de luna a las grandes vacas blancas y negras, dejándolas que durmiesen bajo la luz lacteada?

Una noche conseguí sacar las vacas a la noche espléndida del plenilunio, toda encharcada de luna, y entonces se produjo la maravilla que puede aumentar en un 50 por 100 la producción de la leche en el mundo: las vacas aquella noche se llenaron de leche, hinchándose sus ubres más que nunca, rezumando sin poderlo evitar.

Así ha quedado probado que la luna fecundiza los senos de las vacas lecheras y quizás de las madres y nodrizas humanas que tienen la leche escasa.

¿Quizás esto ya lo tienen descubierto hace tiempo en las grandes fábricas de leche condensada, en las que sólo se manipula la esencia de luna concentrándola en los grandes depósitos lunares?

## En los acuarios

Yo he visitado muchos acuarios del mundo, y en aquellas obscuras galerías he visto las cosas más peregrinas.

—Pero, ¿cómo puede estar aquí ese distinguido dramaturgo?...

—Pero, ¿cómo es posible que sea ése el brillante comediógrafo?...

En la soledad de los acuarios me ha sucedido que un pez me ha guiñado un ojo, que otro me ha mirado



con verdadera sorpresa, como si me reconociese, y que algún otro ha huído de mí con verdadero desdén.

En el fondo del acuario se está a solas con los peces, como si estuviésemos metidos en el fondo del mar. Hay momentos en que nos

creemos buzos o naufragos, y sentimos la tristeza de habernos hundido para siempre. Sólo nos salva la presencia de otro visitante en el acuario.

A través de los cristales espesos de cada escaparate marino los peces nos miran con sinceridad, y vemos cómo no tenemos importancia en medio de la Naturaleza, y cómo hace una vida independiente, que no cuenta con nosotros ni con nuestros periódicos, una parte muy importante del reino animal. Se ve que no están enterados de nada, ni siquiera de esas fluctuaciones de la Bolsa del Pescado, en que sube su valor de un día para otro, estando los calamares un día a cinco enteros, y otros a ocho enteros y medio.

Los carteles de los acuarios nos engañan muchas ve-

ces y nos hacen suponer cosas que no son. Así, esas *Oblatas quincajuenses* son unas vulgares sardinas; y esa *Peringuensa atlantica* es una merluza común; y ese *Maritimus castur* es un cangrejo pequeño.

En esa soledad de los acuarios, los peces nos reconvienen por nuestra voracidad.

—Nosotros no tenemos toda la culpa—les decimos en ese diálogo como a través de un confesonario de cristal—; la culpa la tienen los médicos, que nos recetan en sus planes «pescado azul al mediodía» y «pescado blanco en mucha cantidad por la noche»...

—Pero, ¿eso creéis que es disculpa?...

—¡Ya lo creo! Esa es la que se llama prescripción facultativa, y eso es sagrado... Tenéis mucho fósforo, además, y muchos elementos yodados...

Y así continúa el diálogo con los peces en el fondo solitario de los acuarios, esas

ventanas con vistas al mar. Para darnos más emoción, el acuario debía tener maderas rotas y algún ancla enorme, a la que el mar hubiese contagiado ya con la lepra del hierro; así pareceríamos más unas almas en pena, mordisqueadas por los peces y pellizcadas por los cangrejos.

En el fondo de los acuarios están los peces que dibujan los caricaturistas, y, sobre todo, se encuentra una especie que es debida a la pluma de Bagaría, especie *bagariense*, representada por aquellos humorísticos peces que en la hora de los submarinos tuvieron tan irónicos diálogos en el fondo de las caricaturas del admirable Bagaría.





Hay un cristal en la galería de los acuarios que impresiona más que los demás, aunque el animal que encierra no es la ballena ni el cocodrilo.

Es ese escaparate impresionante el de los pulpos, que amenazan como usureros voraces, llevando en las bolsas de sus estómagos el dinero que ofrecen a un tanto por ciento absurdo.

Gracias al cristal que nos defiende no han podido hacernos firmar las escrituras que proyectaban.

Pero para nadie es tan maravilloso el espectáculo de un acuario como para un glotón. Yo me acuerdo haber recorrido una vez el sótano de las vitrinas llenas de burbujas, con un insaciable comedor de pescado, con un verdadero ansioso de la langosta.

En los ojos de aquel hombre resplandecían ya guisados todos los peces y todos los crustáceos.

—Pero, amigo —le dije yo—, que va a pillar una indigestión.

Pero él miraba con delectación cada ventana al mar, y se comía pata a pata las langostas, y echaba limón en las ostras, y aderezaba la merluza, y todo se lo tomaba con una exquisita salsa a la mayonesa.

—¡Exquisitos langostinos!—decía, y los langostinos, horrorizados, huían de él.





Cuando salimos de las catacumbas de los peces, se encaró con el conserje, y tuvo la avilantez de preguntarle, queriéndole sobornar:

—¿En cuanto me vendería usted las langostas?

El conserje le repuso, descubriéndonos el secreto de los acuarios:

—No se venden... Son langostas de museo... Y, además, no son comestibles, porque son langostas mecánicas...

### Ejemplo de obsesión

Se dió cuenta de que venía a lo lejos un tranvía desbocado, saliéndose y volviendo a entrar en los carriles, porque las vías están imantadas. ¡Ah, gracias a eso no se salen los trenes y los tranvías de sus carriles y no se van al abismo más veces!

Pensó en seguida: «Ese tranvía viene por mí, quiere atropellarme, no hay remedio», y se paró en medio de la vía.

En efecto, a lo lejos el tranvía venía ardoroso, biselando los railes, dibujando las curvas con sorprendente y ceñido contoneo, sacando en el acero brillos como los que las buenas planchadoras sacan a las tirillas almidonadas.

«No hay remedio—se volvió a decir—, viene por mí, me busca, me sigue disparado, logrará pasar sobre mi cadáver.»

Y el tranvía desbocado, en la hora de la velocidad, en el delirio del último viaje, con el cartel de

A ENCERRAR

en la pechuga, pasó por encima del obsesionado.

«Toallas»; no  
«tohallas»



El vendedor de toallas va gritando su mercancía por la ciudad, y la lleva extendida como quien va a dar una verónica—en el doble sentido de la imagen—al transeunte de cara sana.

—¡Vaya una toalla que voy a dar por dos reales!—gritaba antes, ha gritado siempre el vendedor de toallas baratas.

Ahora, por el encarecimiento de todo, ha tenido que variar un grito tan tradicional y rotundo como el suyo, para gritar:

—¡Vaya una toalla que voy a dar por seis perras gordas!

Esa variación de su grito lo ha alargado anticomercialmente, quitándole aquella gracia que tenía lo de los *dos reales*, que, además, se solía convertir en *dos riales*, con una *i* restallante y enconada como la del *jriál*, *jriál*, con que los carreteros impulsan a las mulas que se plantan en cuatro de un modo inamovible, como si hubiesen metido sus pezuñas entre el emborrillado.

Gana menos dinero con lo de las seis perras gordas el simpático vendedor de toallas; pero, ¡qué menos que un aumento de diez céntimos en esas toallas baratísimas!

Esas toallas limpias, felpudas y sin *h*, como se escribe toalla, aunque casi todo el mundo lo escriba con una *h*, que no se sabe de dónde proviene, pero que

debe de tener alguna procedencia atávica y antediluviana, porque ni en su más remota etimología se ha escrito toalla con *h*, o quizás por su parentesco con almohada; esas toallas baratas sólo tienen un defecto: que *caracterizan* al que se seca con ellas, que convierten en comendadores, en convidados de piedra a los que las usan. Sueltan bigote, barba y patillas de algodón blanco cada vez que se las utiliza.

Es la prenda más barata que se vende en el mundo, siendo muy grato ver pasar bajo nuestros balcones al vendedor refrescante y estimulante, que nos ofrece las hilas para que nos quedemos como nuevos.

El vendedor de toallas va repartiendo blanca caridad por los barrios espesos en que es más necesario enjugar los rostros sucios.

—¡Vaya una toalla que voy a dar por dos riales!—es el reclamo que se oye aún, por como están apegados los oídos al antiguo pregón, aunque el hombre lo pregone con la variante de las *seis perras gordas*.

En la temporada de calor, que es cuando más penetran los pregones por los balcones abiertos, el vendedor de toallas pone una nota de frescura en la calle, como el que pregona «¡Azufaias!» en Andalucía, o como el que en Granada grita: «¡Agua de la fuente del Avellano: fresquita, ¿quién la bebe?»



Dan ganas de estar comprando siempre toallas, aprovechándose así de esa mercancía regalada, baratísima, que parece haber bajado eventualmente, como, por ejemplo, han bajado los marcos. ¡Guardar, guardar toallas para secarnos la cara y hasta las lágrimas los días de mayor miseria, esos días negros que todos vemos en lontananza!

Es un regalo el que nos hace el vendedor de toallas, un obsequio de su casa modesta en los barrios bajos, algo que ha arrancado a un cajón de su cómoda para hacernos la merced ésa. «¡Tenía tantas toallas mi abuela en baúles y cómodas, que me he dedicado a venderlas por nada!», parece decir el vendedor de toallas al mostrarlas enseñando su fleco, el difícil fleco que ha sido peinado y anudado en cada toalla por la mujer que sabe peinar cabellos de niña. ¡Encima, con fleco!

¡Honroso vendedor de toallas, tan magnánimo, tan obsequioso!

Colguemos del brazo de los lavabos más toallas que en los hoteles, y que en toda casa pobre haya una toalla de éstas junto al jabón de diez céntimos la pastilla.

¿Cómo es posible que haya nadie que se retrase y se retrepe en la suciedad, cuando hay toallas a seis peras gordas y cajas de jabón con seis pastillas a cincuenta céntimos? Aunque nos llenemos la cara de algodones, curémonos el rictus de cada día con estas toallas, que parece que nos hacen la primera cura, dejándonos el apósito de sus guedejas.

### El arquitecto fantasmagórico

Este arquitecto no sabía qué hacer en la patria de los edificios vetustos, próximos a la destrucción, adobados con vulgares adobos.

En Segovia había visto, había presenciado esas iglesias, esos asilos, esas ermitas en las que faltan sólo diez minutos para que caiga el campanil. Al campanil, al remate, a la torrecita ésa sólo la quedan diez minutos de vida hace muchos años; pero se da el caso peregrino, sin embargo, de que permanece así en una suma interminable de minutos hace mucho tiempo.

El arquitecto español, desengañado, sin clientela, como sin carrera, con un título de inútil caligrafía, tiene sueños magníficos e imaginarios, que alimenta su gran ayuno de obras reales, cimentadas en el suelo firme del mundo.

Por eso los arquitectos españoles son arquitectos delirantes, Grecos de la arquitectura desde hace varios siglos.

Existió en el siglo XVI un arquitecto llamado D. Damián de Villoslada, que quería edificar las catedrales individuales para la meditación, capillas de torre muy alta para un hombre solo. Sostenía el tal D. Damián de Villoslada que los grandes espacios distraen del objeto de contrición que debe tener el recinto.

Otro arquitecto fantasmagórico del siglo XVII, loco de sed, quería construir las torres del agua, y en un pueblo comenzó a construir una torre en la que embalsaría las nubes. Gracias a la gran fuerza del embudo por que estaría rematada su pretendida torre del agua, y gracias a la succión de las naves catedralicias de la base, sin necesidad de llegar a las nubes, a bastante distancia de ellas se podía ejercer la absorbencia fatal, esa que hace que los embudos del mar atraigan los barcos y se los englutan.

Muchos arquitectos ha habido con magníficos proyectos, entre ellos el de los coros divinos que proponía Pedro Antón, el arquitecto del Rey D. Juan, que quería elevar los coros al cielo, en cuyas proximidades cantarían al Señor los más encumbrados sacerdotes y los monaguillos más próximos a El.

**Pero yo me voy a ocupar ahora del arquitecto fantasmagórico actual.**

**Este arquitecto vive en un caserón de grandes habitaciones de techo muy alto. «Para que pueda planear sus cosas un arquitecto se necesita una habitación de gran cráneo»—ha dicho él muchas veces.**

**En vez de tener un tablero blanco de esos que parecen el tablado de una cupletista o la tarima de un escenario, tiene un gran tablero obscuro hecho con tablas de nogal viejo. Para no dibujar en los papeles blancos, dignos de los alumnos de alma trivial y de todos los que asisten a las clases de adorno, dibuja en papeles viejos, oscuros, apaisados; pero en los que el proyecto parece un poco realizado.**

**No descansa en sus proyectos, y todo lo mide y lo calcula como si fuera a realizarlo en seguida.**

**En las paredes de su casa ha ido colocando proyectos, los más acariciados por su imaginación de creador. Hasta en el comedor se ven varios grandes papeles que lucen las plantas de las más orgullosas de sus creaciones.**

**El arquitecto siempre está mirando a lo alto, inspirándose como si viera una casa de veinte pisos frente a él.**

**Muchas veces se sume en la sombría nave de los proyectos.**

**Cuando hay un concurso, el arquitecto fantasmagórico acude siempre con un proyecto descomunal, que costaría muchos millones realizar; pero su proyecto eleva la exposición que se realiza en el gran salón de paredes tristes, lívidas y desnudas. Gracias a ese proyecto con nubes extravagantes y minaretes estafalorios, gracias a ese proyecto con árboles y fuentes, la triste regularidad, la flaca tristeza lineal de los demás proyectos se cura y se idealiza.**

**El arquitecto fantasmagórico tiene varios proyectos bien acabados y situados.**

«El templo al Tiempo» es el proyecto magno del arquitecto fantasmagórico. En su frontis, vasto y elevado, estarán los relojes con todas las horas del mundo, y en su interior los relojes se repetirán y llenarán el ambiente de las estalactitas de los minutos. Habrá un púlpito para que oradores de gran estilo comenten la importancia del tiempo y hagan ver lo pasajero y lo necesario que es. Las columnas del «templo al Tiempo» tendrán forma de grandes husos como si fuesen grandes relojes de arena. Las vidrieras imitarán también relojes y en el suelo de las naves se reflejarán los horarios de sombra que arrojarán los relojes siluetados de los ventanales.

Otro de los proyectos del arquitecto fantasmagórico es el del «Teatro del Duelo». Se ha propuesto con ese proyecto evitar que los duelistas tengan que vivir de prestado cuando se desafían, y no tengan más remedio que matarse con una decoración de género chico por fondo. También se evita en ese «Teatro del Duelo» ese vacío de muchas localidades que hace desairado el espectáculo en los teatros de verso o de canto prestados para uso tan serio. El escenario, revestido de grandes gualdrapas negras, será de embocadura negra, y en el telón blanco que se descorra sobre el duelo bajará impresa la escuela de defunción del que muera en el lance. Muchos detalles ha tenido en cuenta el arquitecto fantasmagórico, como un palco para el juez «que después ha de presentar la denuncia», y una placa para la puerta del teatro en que estará grabado en esmalte un «cerrado por defunción» de mucho uso.

«La casa para humoristas» es otro de los proyectos del arquitecto fantasmagórico. Todo es risueño en el aspecto exterior de esa casa, y las ventanas y los balcones incitan a la risa más que a la admiración.

El arquitecto, previendo que se avecina una plaga de humoristas, ha fabricado esa casa, cuyo interior

está lleno de sorpresas, pues hasta las puertas emiten cantos de reclamos distintos al abrirse y al cerrarse.

«El asilo para los enamorados en desgracia» es también un bello monumento, en cuyos jardines hay consuelo suficiente para el amor desgraciado. Edificio claro, con alegrías cenitales, para que los enamorados, al levantar los ojos al cielo en sus constantes suspiros, encuentren el cielo azul sobre las claraboyas.

«El palacio para el Correo Aéreo» es una alta fábrica con espléndida terraza para el aterrizaje de los aeroplanos, y con los principales departamentos en lo alto. Hasta bar y un restaurant de urgencia hay en sus alturas. Los ascensores son descendores, pues siempre esperan en la portería de las alturas la correspondencia que han de descender a la tierra. Los buzones del palacio del Correo Aéreo, gracias a un ingenioso aparato, al recibir las cartas las ascienden en vez de dejarlas caer en las faltriqueras.

La sombría edificación del «Gran Club de Espiritistas» es otro acierto del arquitecto fantasmagórico y de sus grandes alardes de modernidad. El «Gran Club de los Espiritistas» no tiene ventanas al mundo exterior. Ante esa fábrica ciega y cubierta se siente y se sufre el desdén de los de dentro por la vida. Un tejado de pizarra obscura acaba de dar seriedad al edificio.

En todo ha pensado el arquitecto fantasmagórico, que trabaja impenitentemente sobre la mesa anchurosa en que los grandes pliegos de papel son como los planos de los generales en la mesa de campaña. Uno de los últimos proyectos del arquitecto fantasmagórico es el de una «Reclusión para los que se han querido tirar por el balcón». El arquitecto fantasmagórico, que conoce muy bien los grandes vahidos humanos, porque él padece los vahidos arquitectónicos, conoce lo común que es el deseo de tirarse desde las alturas gozando una voluptuosidad suprema, y para salvar a esos grandes hombres abocados al suicidio,



que serían los más admirables dedicados a la especulación y a la interpretación de la vida, ha proyectado esa imitación de una casa horizontal en vez de vertical, casa que da al que se quiere tirar por el balcón otra perspectiva de la fachada: la perspectiva que corrige ese estrabismo de su espíritu. En esa casa, los recalcitrantes del vértigo fatal, los «parachutistas» sin paracaídas, quizás se tiren aún por el balcón; pero sólo lograrán dar una voltereta.

Estos son algunos de los proyectos que el arquitecto fantasmagórico tiene clavados con chinches en las paredes de sus habitaciones, hasta en la alcoba, como los sueños que acaricia en los insomnios. ¡Con qué desprecio mira las casas de la ciudad en sus paseos del atardecer!

El pobre arquitecto fantasmagórico, al que nunca le hizo nadie un encargo que valiese dinero, pasa grandes hambres, durante las cuales la fiebre arquitectural es mayor que nunca y le hace diseñar nuevos edificios de la ciudad futura, no en el caro papel marquilla, sino en las grandes vallas de papel de empapelar, que es en los que últimamente transcribe sus grandes ideas.

Sólo ha podido realizar un proyecto de los suyos en las afueras de la ciudad, allí donde Cristo no quiso ir, haciéndole el proyecto del hotel a un íntimo amigo. Hacia aquel hotel absurdo de las afueras, que amedrenta a los ladrones y que no ha podido vender su dueño por lo raro de la arquitectura, dirige sus pasos los domingos, el día en que los arquitectos revisan todas las arquitecturas de la ciudad y vuelven a ver las suyas.

### Lo que llevamos en la cabeza

Ha variado muchísimo lo que lleva dentro de la cabeza el hombre. Una célula cerebral del pasado y otra del presente, puestas en la linterna del microscopio,

darian proyecciones distintas: la del pasado, coloreada, pasmada, con paisaje; la del presente, grisácea, cinematográfica, atestada de cosas.

En muchas cabezas de hombres de este siglo hay todo un teclado de máquina de escribir, y son como hombres que llevan en la cabeza una Yost o una Corona.



Teclea en esas cabezas constantemente la máquina, y sus células nerviosas han tomado un tipo articulado como el de las largas palanquetas de cada letra. Y aquellas fibras nerviosas de antes, en forma

de bastoncitos o de racimo, han variado, y muchas veces, en las enfermedades de esos hombres, sería ocasión de llamar a un mecánico de una casa de máquinas en vez de llamar a un médico. Lo que ha pasado en las gripes de esos hombres es que la *tripa* que tira del carro se ha salido de sus carretes, o que ha habido un enredo de matrices, o que el tintero está muy seco.

Cuando son epidémicas las enfermedades de estos hombres que llevan una máquina de escribir en la cabeza, es cuando se varían los cuadros de las letras y se colocan en distintos sitios la *b* o la *c* o la *h*. Eso que unos técnicos especiales deciden por sí y ante sí, trastorna a muchos miles de hombres.

Muchos casos particulares de *cabeza profesional* podríamos estudiar en este artículo; pero, para generalizar más, presento una célula cerebral vista al microscopio, y en la que se encuentran cosas extrañas en un conjunto abigarrado y curioso.

Entre los muchos casos de células que tengo observados, el de ésta cuyo esquema reproduzco es el que más

**se repite en la generalidad de los hombres normales. Lo primero que nos sorprende en esa observación de las células imaginativas del hombre moderno es la profusión de picaportes y de fallebas que llevamos en la cabeza.**



El bolinche ése ahuevado y dorado con que se ofrece siempre para ser abierta la puerta de nuestras habitaciones está casi metalizado y formado ya con plasticidad enquistada en las células de nuestros cerebros.

Todos podemos decir que llevamos un picaporte en la cabeza, quizás por como se ha repetido en

nuestras miradas y resume el sistema de todos los cierres.

Entre las cosas heterogéneas que hay en nuestros cerebros se da el caso repetido de encontrar una de esas piñas de cristal azul o morado en que comienzan las balaustradas de las escaleras, un rayador de cocina, una mirilla de puerta de piso, un grifo metálico, varias llaves de la luz eléctrica, así como varios enchufes perfectamente acusados, con su tipo de gatos vigilantes.

Numerosos botones he encontrado también en el estudio de las células comparadas, siendo también cosas en que coinciden casi todas las células de los cerebros contemporáneos, un termómetro, un teléfono, un sacacorchos, la plomada, un compás, un dedal, algunas horquillas, y, como caso curioso, el hombre ese del anuncio del hígado de bacalao, con su gran bacalao a la espalda.

Un detalle alarmante de todas las células nerviosas modernas es que abundan en ellas hojas perdidas de Gillette, siendo temible el encontrar esas láminas tan cortantes, que están desperdigadas por la imaginación.

La *S* de Singer se proyecta en los cerebros actuales recogida de los anuncios de las esquinas y de la rotundidad de ese reclamo, y también es curioso encontrar en las células de casi todos los hombres que han viajado un poco la imagen de uno de esos tiros para levantar los cristales de las ventanillas de los trenes, coincidiendo en todos con uno de la línea de Madrid a Zaragoza y a Alicante.

Estudiando con paciencia el parecido de nociones vulgares que suelen abundar en las cabezas contemporáneas, nos encontramos con que no son muchas, después de todo, las obsesiones fijas que abundan con monotonía en todos los cerebros...

Coinciden en esas cosas que reproduzco.

## El jardín tonto

Yo he visto un jardín tonto, un jardín tonto de remate, un jardín todo lleno de margaritas.

—¿Pero para qué tiene usted tantas margaritas, que son flores de última categoría?—le pregunté un día al dueño del jardín, que era un señor simple y contemplativo, gordo, seboso y siempre muy puesto de chaquet, aunque sin cuello ni corbata casi nunca.

—Porque he resuelto el problema de la sabiduría con mis margaritas—me respondió—. Les pregunto todas las cosas a ellas; les consulto todos mis actos; hasta el tiempo me lo predicen: «¿Hará buen día mañana?» «...Sí.» «...No.» «...Sí.» «...No.» ¡Todo me lo resuelven!...

Miré al hombre simple y no quise discutir la gran solución de conformidad que había encontrado; el gran diálogo para todas las horas, con el que ingeniosamente había conseguido llenar su soledad...

Todo el jardín estaba lleno de las pestañas blancas de las margaritas, como si un viento fuerte las hubiese despelujado.

Comprendí que aquel hombre regase en chaquet sus flores; y aunque el jardín lleno sólo de margaritas me parecía un jardín tonto, comprendí que, bajo su tontería, era el único jardín listo, el único que respondía, que sabía responder a todas las preguntas.

## Cláusulas testamentarias absurdas

Se hablaba aquella noche de esas condiciones testamentarias que no hay más remedio que cumplir si se quiere heredar.

Desde el fondo de cada blando y hundido sillón salía una anécdota:

—Aquel hombre que temía tanto la muerte—dijo el que ocupaba el sillón número uno—mandó a sus herederos que le asasen después de muerto en la gran cocina del cortijo, y tuvieron que sufrir la horripilante escena de aquel asado humano...

—¡Valiente «asadura»!—exclamó el más chulo de los «ensillonados», dando a la palabra «asadura» su más oportuna gloria.

—Yo conocí a una señora—dijo el sillón número dos—que exigió a sus herederos una noche de amor después de muerta, si querían heredar...

—¡Macabra ocurrencial—salió como de la bocina de un gramófono de otro de los sillones.

—Yo sé de un tío viejo—salió del sillón número tres—que, como única condición para ceder sus millones, había dejado dicho que nadie desclavase los clavos que él había clavado en su casa solariega...

—¡Pues yo conocí el caso—dijo el del sillón número cuatro—de un hombre riquísimo, inmensamente rico, que dejó su fortuna a un sobrino suyo mientras viviese el último de sus loros...

—¡Cuántas veces debió de substituir sus loros aquel sobrino!—dijo desde la cabina de su sillón otro de los contertulios.

—No lo crea, porque sus loros eran insubstituibles; pues había llegado a ~~hacerles~~ aprender salmos enteros de la Biblia; pues sostenía su dueño «haberlos convertido al cristianismo».

—¿Pero usted conoce a ese sobrino? ¿Sigue disfrutando de la herencia?

—Sí; aun le queda el último loro. Mató a todos los demás de tanto como les mimaba, de tantos terrones de azúcar como les dió... ¡Todos murieron de diabetes!... A este le tiene a régimen y nunca pone entre sus barrotes un terrón.

—Pues yo soy—dijo el hombre del sillón número cinco—víctima de una de esas cláusulas testamentarias.

Todos se volvieron ávidamente hacia el que había hablado, buscando en su rostro las huellas del sufrimiento.

—La condición que me impuso a mí mi tío el solterón fué que no descolgase nadie jamás ni el gabán ni el sombrero que tenía colgados en el perchero... Siempre era un apático, que no guardaba en los armarios su ropa, y quiso que, como gran señal de su presencia en la casa, como única perduración de su vida, quedasen esas prendas colgadas del perchero. Con eso sólo ha conseguido ponernos en ridículo, porque todos tienen que ver esas prendas viejas, descoloridas, empolvadas, colgando del perchero...

—¿Pero por qué no las quita? ¿Quién le iba a exigir ese cumplimiento?...—musita uno de los contertulios.

—Aquel a quien pasará la fortuna el día que yo descuelgue el gabán y el sombrero de mi tío; y que tiene derecho a entrar en mi casa cuando quiera...

Todos guardaron silencio en sus sillones, que, durante las pausas, resultaban estuches humanos más que sillones.

### Suspicias

Tenemos muchas suspicias que, gracias a que no son verdad, nos permiten seguir llevando la vida tranquila y consecuente que llevamos. Si nuestras suspicias fuesen verdad, estaríamos arruinados y hubiéramos sufrido tantos contratiempos que tendríamos la cabeza llena de canas.

Creemos que nos han cambiado el sombrero cuando recogemos nuestro sombrero solitario en el perchero que al entrar estaba lleno de sombreros.

Creemos, siempre en pleno viaje, que hemos perdido el billete del tren, cuando, de no tener billete, tendríamos que pagar billete doble.



Creemos que el papel blanco nos lo roban a manos llenas y que de los sellos que teníamos nos han quitado la mitad.

Creemos que alguien durante nuestra ausencia se ha secado las manos con nuestras toallas y hay en ellas huellas del crimen.

Creemos que se nos ha apollado el frac, y no lo comprobamos antes de la noche de usarlo por no llevarnos un susto.



Creemos que no nos dieron cambio del billete aquel que dimos, y tememos que el billete bueno que hemos dado se convierta en otro en el camino de ir a cambiar y nos lo devuelvan como falso.

Creemos que los zapatos que tenemos guardados se escapan de nuestro cajón y dan vueltas alrededor del mundo, desgastándose

atrozmente, como si se los hubiese puesto un *globe-trotter*.

Creemos que las bombillas fundidas no son las mismas buenas que había, sino otras substituídas de modo infame por alguien.

Creemos que el reloj que se ha parado de pronto es que se cayó con el chaleco durante nuestra ausencia, cuando anduvimos por la mañana vestidos con el pijama temprano.

Creemos que nos tendremos que volver a casa sin poder entrar en el teatro porque al sacar el pañuelo se nos ha volado en la calle el billete.

Creemos que un numeroso público ha leído las car-



tas amorosas que guardamos bajo llave en los cajones de nuestra mesa. Y de tal modo creemos eso, que las desdenamos como cartas que ya no son inéditas.

Creemos, al ver nuestros guantes avejentados y pochos, que alguien nos ha cambiado los nuestros en buen estado, dejándonos ésos.

Creemos que ese botón del cuello que nos falta nos lo ha venido a quitar un hombre desconocido e impaciente que necesitaba con urgencia ese botón de cuatro telas.

Creemos que en un viaje misterioso por el país del sobrecogimiento o del encogimiento, nuestra maleta, que era mayor, se ha quedado más pequeña.

Creemos que si no recibimos regalos durante las Pascuas es porque alguien disuade de que suban los que nos traen ricos presentes, y se va quedando con ellos. Como sería de mal tono preguntar por el regalo, y los que nos lo hicieron, por tanto, se callarán, nunca sabremos la verdad sobre este asunto.

Creemos que por el andamiaje que han colocado sobre nuestra fachada para revocarla van a entrar los ladrones...

Creemos y creemos muchas cosas más, tan gratuitas, tan improbables como ésas, siempre desconfiados, recelosos y suspicaces; pero dos entre todas merecen más jovial comentario: los buzones de Correos que nos esperan en todos los estancos, y las monedas de dos pesetas, que creemos dar siempre en vez de diez céntimos...

En los buzones de Correos suponemos que, de noche, la jorobadeta, dueña del estanco, con unas tenazas saca la correspondencia que había depositada en



ellos, y más que para enterarse, para arrancar de las cartas los sellos nuevos. ¡Gran negocio, aunque le sea difícil sacar las cartas, como es difícil sacar el dinero que se ha ido echando por la raja de una hucha!

El que fuese verdad que cuando damos una moneda de diez céntimos hemos dado una de dos pesetas nos habría hecho dilapidar una fortuna, habiéndonos arruinado sólo eso; pues la columna de monedas de dos pesetas dadas por descuido, según nuestra superstición, sería de una altura superior a un *chalet* decente, formarían una cucaña magnífica...

¡Cuántas más suspicacias podrían anotarse para demostrar hasta qué punto desconfía de la vida el que vive en medio de ella...

### La noche acústica

A lo mejor sale una noche acústica, es decir, una noche en que se oye todo con singular claridad.

Esa noche resulta que creíamos demasiado en el espesor de las paredes de nuestra casa y nos engañábamos, pues esa noche se escucha todo lo que dicen y hasta lo que piensan en el piso de abajo y en el de arriba.

En la noche acústica sentimos los bisbiseos discretos de los que no quieren despertar a la casa durante el silencio nocturno.

En la noche acústica sentimos como nunca los cantares de los borrachos, y esos golpes secos que suenan a campana y que los desesperados de irse solos a casa dan a los faroles o a los postes huecos de los tranvías.

En la noche acústica se oyen los silbidos de los que pasan, y se puede saber si es de *Marina* o de *Bohemios* lo que silban.

En la noche acústica da miedo que se sientan los besos, y sólo se marcan sus circulillos sobre las mejillas femeninas.

Los relojes hay que pararlos en la noche acústica, y hasta buscamos, como si necesitásemos un duro repentinamente, los relojes de bolsillo que suenan en el bolsillo del chaleco colgado del hombro de «aquella silla» y que esa noche es menester que los escondamos más, entre colchones o en un baúl.

### El cinturón de azabaches

Aquel cinturón vistoso que Rosario llevaba ciñéndose las caderas por lo bajo fué lo que incitó a Manuel a encarnizarse detrás de ella, soplándole en la nuca palabras de fuego, piropos inauditos, peticiones medio lacrimosas, medio iracundas.

Sólo el cinturón aquél de cuentas de azabache, que parecía haber puesto una cota defensiva alrededor de su empuje, conmovió a Manuel.

Adornaba su gran cinturón la tabla que hacía repisa con la cintura, las caderas y el descenso del vientre. El ancho cinturón de cuentas ponía como un parche en la zona de su animalidad violenta y embistiente y la abrigaba y la hacía más poderosa, adornando su empuje, haciendo la demostración de su fortaleza, de cómo estaba fajada de carne viva y de la danza de su movimiento.

Le dió tan gran voluptuosidad el ver el cinturón de azabache, que siguió a Rosario aquella tarde, y a los dos años se casaba con ella.

### Greguerías sólo para este libro

El que se bebe un bock de cerveza parece que habla por un teléfono de mesa... Habla por el bock y oye por la tapadera.

\*

Después de pegar muchos sobres, ensalivándolos con la lengua, sentimos dentro de nosotros un fenómeno pegaminoso como si se nos hubiese pegado el alma al cuerpo.

\*

Los claveles me parecerán siempre como las flores artificiales más naturales... Son las flores que nacen en el fondo de la tierra, la floración de las pobres muertas que tan bien sabían hacer la flora de papel de seda... Lo que hubieran dado por encontrar pistilos de oro para los claveles naturales.

\*

Hay una luna que es enteramente un botijo de luz.

\*

La rendija de luz con que en la madrugada nos ofenden las maderas es como un corte de la hoja nueva con la Gillette de los días.

\*

En la noche de fuegos artificiales se necesitaría estar bajo el pararrayos contra los cohetes... Es la invención que se espera de Edison.

\*

El caballo de los toros dispara una última coz terrible a la muerte.

\*

La primera tormenta del año sorprende como un primer castigo, como si de nuevo hubiésemos cometido el pecado original y de nuevo nos amenezase la espada zigzagueante del Arcángel San Gabriel.

\*

**Cuando el cochero baja el alquila, se siente que reanuda su destino la parte vigilada de su responsabilidad, lo que se le tendrá en cuenta en el juicio final.**

\*

**El echar una carta por un buzón tiene algo de echar una petición por el cepillo de San Antonio.**

\*

**Los hijos de los prestamistas salen escapados la noche del sábado en las motocicletas de la usura.**

\*

**El hombre con canas en las sienes parece que se las ha teñido de plata o que se las ha dejado de teñir. Es la mayor categoría del hombre.**

\*

**El hombre que dice en las plataformas de los tranvías «Pase» siempre parecerá un policía secreto.**

\*

**Los gatos dormitan como tigres. En el dormitar es en lo que más se reconoce la legitimidad de su ascendencia.**

\*

**El «Metro» cada vez tiene más olor a ultratumba.**

\*

**Cuando yo falte del mundo habrá un café que no se tomará nadie por mí. Eso es seguro. Lo notarán los dueños de café y los echadores.**

**Viendo moverse las nubes parece que todo pasa, la cinta del paisaje, las casas, la gente... Todo moviéndose al unísono de las nubes como el mismo telón.**

\*

**Dan ganas de comerse alguna vez la goma de borrar, la exquisita goma de borrar con calidades de polvorón.**

\*

**El que se saca el reloj de otro sitio que del chaleco parece un prestidigitador.**

\*

**La parte alta de los tranvías está muy descuidada. Se creen que no vemos desde todos los balcones lo que sus alturas tienen de copetes de armario lleno de polvo.**

\*

**El que saca la petaca del bolsillo de atrás del pantalón parece que da cigarrillos explosivos de esos que estallan a la mitad.**

\*

**El hombre que se toma la sopa a cucharadas vuelve a tener sus perdidas actitudes de niño... No hay medio de tomar la sopa más que infantilmente.**

\*

**El que toca el timbre del tranvía parece que toca el timbre de alarma, ese que en los trenes cuesta 500 pesetas tocar en vano.**

\*

**Cuando se pregunta la hora a los seres presuntuosos, éstos sacan el reloj como quien nos va a dar una limosna después de haber recibido un sablazo.**

\*

Las mujeres se olvidan siempre los bolsillos sobre las mesas, como si no llevasen dinero en ellos.

\*

Cuando sorprendemos a alguien poniendo en hora a un reloj de pared parece que le sorprendemos haciendo trampa.

\*

Pierrot y Arlequín se desafiaron con las cruces de madera de colgar la ropa. (Esto lo pensé hoy colgando un traje en la despensa de mi armario de luna.)

\*

Realmente nuestra figura en la cama es figura de ahogados con el agua hasta el cuello.

\*

Me gusta describir con el bastón hacia lo alto y como para cazar estrellas ese cono que se describe con las cañas para cazar murciélagos.

\*

Los miserables debían ser escupidos hasta por las fuentes.

\*

Debían hacerse las coronas con esas ramas de hojas negras que describe la luna sobre el suelo, desgajándolas al pasar por entre los árboles.

\*

—Ese tic-tac tiene una cojera—dije oyendo aquel reloj.

\*

Cuando en el paseo del domingo oyen las criadas el timbre de las bicicletas creen que las llaman sus señoritos.

\*

Lo que llevamos dentro de la cabeza es metal en fusión. A veces sentimos escalofríos como si se nos fuese a enfriar o a solidificar. ¡Qué susto!... —Cuando nos muramos sentiremos todo el metal consolidado y como en lingotes.

\*

Los relojes despertadores de las cocinas suenan como si fuesen el teléfono de las criadas... Sobre todo a media tarde, cuando ese timbre tiene el respiro suelto que le quedó de la mañana, suenan más que nunca a comunicación telefónica abortada.

\*

Los jardines estaban llenos de los barquillos y de los «parises» del otoño.

\*

¡Qué cansado y desriñonado va ese tranvía que lleva el número torcido...! ¡Qué cansado va y qué chulo!

\*

Cuando el sereno nos dice: «Que usted descanse»... ¿Qué contestarle?... No se le puede decir lo mismo, porque eso sería como inducirle a que faltase a su obligación.

\*

Al día siguiente de Nochebuena está llena la ciudad de los tapones de *champagne*, o de sidra *champagne*, como después de la fiesta de fuegos artificiales está también llena de los cabos sueltos de los cohetes.

\*

El pobre cochero, cuando vuelve a su casa, no tiene atributos de cochero. Para tenerlos debía usar espuelas, por ejemplo.

\*



Los secantes en los que han secado muchas gentes las cartas y los documentos escritos con urgencia parecen mapas de no se sabe qué islas peninsulares y continentes. ¿Quizás el mapa de Oceanía?

\*

Las sombras acentuadísimas que proyectan los árboles en el suelo de algunas noches clarísimas son los corales de la noche.

\*

Ya suena en los cafés esa tos que no se acaba, la tos ferina de los viejos, pobres viejos a los que no hay una mano que sostenga la frente y que les dé prudentes golpecitos en la espalda.

\*

El guarda-agujas de los cambios de vía de los tranvías—ese consumero que no es consumero—, siempre con su bastón de hierro al brazo, parece cuando cambia de vía que echa el puente levadizo para que pasemos...

\*

La pobre mujer que se ha mojado mucho bajo el chaparrón, el sombrero, el pelo, la piel, parece—sobre todo por como se apelmaza el pelo de su piel—un perro mojado.

\*

Esas madrileñas con un brillante «sujetaabuelos» en la nuca parecen llevar luz en la trasera, el pequeño foco para detrás.

\*

Hay ronquidos que no son exagerados ni extraordinarios, que son modosos y comunes; más que ronquidos vulgares, resuellos del que duerme, en los que se podría decir que se oye a los «tigres del sueño».

\*

**Hay viejas que son ya calaveras y sólo tienen de más la punta de la nariz. Son esqueletos con un poquito de carne en la punta de la nariz.**

\*

**Esas flores que a veces llevan las lavanderas a sus señoras en señal de gratitud no se las agradece la dueña de la casa porque cree que son de cementerio, y parece que hay en ellas muchos recuerdos, muchos encargos, muchas enfermedades contagiosas.**

\*

**Cuando se despereza el reloj, cuando se estira, cuando ha llegado a la mitad del trabajo y descansa con un bostezo, es a las seis de la tarde—y debía decir a las seis de la mañana, pero no lo digo aunque las dos manillas compongan la misma gallarda perpendicular.**

\*

**La pelliza es la mitad justa de un gabán, la «media tostada» de abrigo.**

\*

**La castañera asa los corazones del invierno.**

\*

**Hay momentos en que un desperezo formidable parece que nos va a lanzar contra el techo, porque nos hemos agarrado a las elásticas poleas del cielo y hemos exagerado la flexión.**

\*

**¡Qué terrible resulta ver asfaltar en verano! En invierno es como una calefacción de la mañana, calefacción por medio de un chocolate público... En verano es lo más ardiente que se puede ver, más que el ver hacer churros... ¡Es la gran cataplasma con mostaza ardiente!**

\*

**Hay en primavera un perfume aterciopelado, el perfume de esas flores como plumerillos que tiran las ramilleteras a los coches del Paseo de Coches.**

\*

**Yo había pensado que el Alba la hacía Dios o que se amasaba y se cocía en los grandes hornos de la Panificadora Providencial; pero no; el Alba es creada en esos chamizos o casetas en donde se arregla la vía del tranvía y en que una luz muy vívida resplandece, se agranda y parpadea descomedidamente, iluminando las calles y los tejados con solo la rendija de luz que sale por entre los pliegues de la lona...**

\*

**El tic-tac del taxímetro de los coches de alquiler se oye en la madrugada como nunca. Es como si oyésemos el despertador que colocamos sobre la mesilla los días de viaje, o como cuando con fiebre oímos el corazón como si fuese el de la almohada más que el nuestro. ¡Quién iba a pensar que el taxímetro estuviese tan vivo!**

\*

**El roto de las alfombras es una trampa, un cepo que prepara la casa.**

\*

**Los frascos de las farmacias, esos vasos como pequeños jarrones funerarios, son las urnas cinerarias de los que con más fe y en más cantidad tomaron los medicamentos exclusivos y especiales de esas farmacias. ¡Hermosa señal de gratitud del boticario!**

\*

**Cuando se besa en los ojos a una mujer, sobre los párpados, se siente con una desconcertante ternura**

como si se besase en la pechuga a un gorrión inquieto, de piel suave y delgada y con un corazón caluroso y movable.

\*

En las peluquerías hay un momento en que imitamos al Cristo de Velázquez con su largo mechón sobre el rostro y la cabeza caída... Igual, igual.

\*

Día de bostezos y de sueño... Todo bosteza, los portales, las ventanas, las calles, las portezuelas de los coches, los perros, las nubes...

\*

A tanto llega la suspicacia y el temor humanos, que cuando se pierde en la calle la llave de nuestra puerta se teme que el que se la encuentre pueda abrir y entrar en nuestra casa. «Estamos vencidos», decimos, sin pensar en que ¿cómo va a acertar con la casa a que pertenece la llave? Sólo la Providencia podría hacer una cosa así, y para eso no necesita encontrarse nuestra llave, puesto que ella las maneja todas y tiene una segunda o una tercera igual a la de cada cerradura.

\*

A los trajes les salen canas. Sólo los que lo explican todo indirecta y trivialmente creerán que eso es que el cepillo ha dejado algunas de sus blancas cerdas clavadas en el traje.

\*

Cuando un hombre limpio no encuentra sitio donde tirar la cerilla se la debía tragar.

\*

**Cuidado con comer mucha langosta, porque la langosta suele dar nuevos coletazos en la barriga del comilón.**

\*

**El abanico tiene mucho de antifaz para las horas en que no se le puede usar, y por eso debería imitar francamente un gran antifaz con dos aberturas para los ojos, las precisas para que ellas mirasen en el «flirt».**

\*

**Hay un momento en la tarde en que toda la atención se concentra en las agujas de las torrecitas o de los remates de los tejados, en las veletas y en las altas cruces que se destacan sobre el último blanco suspiro del día. El día que paseo por las calles, todo el fondo de la ciudad mira al cielo en ese rato, y ve «esas puntiagudeces»...**

\*

**De vez en cuando sale de los espejos alguien hecho a semejanza de otro.**

**De la gran repetición de un señor en los muchos espejos colocados unos en frente de los otros brota, después que se ha ido el reproducido, un ser como hijo de una fotografía de relieve, una fotografía extraña, que le lanza un momento a la vida, viable y engañoso. En los cafés, a veces, la gran clueca que es la realidad coleccionista y milagrosa, fecunda una de esas huevas, una de esas imágenes que han estado mucho rato en los espejos, y el camarero, engañado, cree que es que ha vuelto el que parecía haberse ido y un largo rato duda de su memoria y de su razón.**

\*

**Cuando apretamos el tubo de sindeticón parece que queremos hacer que saque los cuernos el caracol doméstico. ¡Vana lucha a veces!**

\*

**A las cupletistas les suelen salir piernas absurdas; pero, en cambio, les salen brazos torneados, los mismos brazos ingenuos de la jovencita de la casa.**

\*

**¿Nos conviene la suela de goma? De tan silenciosamente como se anda parecerá uno un hipócrita. Se sorprenderá a la mujer en flagrante delito y al amigo en flagrante maledicencia. Rechacemos la suela de goma, aunque en ese escaparate las botas con suela de goma naveguen sobre una especie de estanque con peces de colores. No pensamos atravesar los mares a pie.**

\*

**Hay almas delgadas, comprimidas, enjutas, que presumen de paraguas muy fino y constantemente ciñen con la mano nerviosa y recalcitrante la tela al varillaje. Desconfiad de ellos... Yo amo la franqueza de esos que llevan paraguas de vendedor de frutas y cuyo algodón es imposible de enmaderar más delgadamente.**

\*

**Ese árbol falso que sólo es un dibujo chinesco que traza el farol de la calle sobre un lienzo de pared es casi un árbol verdadero.**

\*

**Las heridas de las medias caladas son escandalosas como ellas solas... Hay las que han necesitado cincuenta puntos de sutura. Su cicatriz se nota atrocemente, y apenas como si fuese una verdadera cicatriz de la piedad bonita, pero medio pobre.**

\*

**Se pone uno sordo, asordado, dentro de los tranvías del invierno, y eso es penoso. Detrás de los cris-**

tales de los tranvías del invierno vemos las casas y las gentes como detrás del cristal de la casa cerrada. Sor-dera artificial como la del que toma mucha quinina.

\*

Cuando vemos cargados a los dependientes de los almacenes de jabón, nos parece que llevan en sus car-ricoches grandes piedras de sillería o grandes blo-ques de mármol verde con vetas azules.

Eso parece; pero, ¿cómo no hacen un esfuerzo de bueyes?

\*

Esas ooo desiguales y mayores que se mezclan a las pequeñas en las composiciones de imprenta quieren decir algo, son como exclamaciones en que se des-ahoga el fondo de los chibaletes, son como oes a las que se les ha hinchado el ojo.

\*

Las mejillas de los cristales ya están llenas de frío y ya tienen ese tono lívido y acerado que les saca el frío.

\*

Los miradores van abundando cada vez más. No hay casa que no surja cargada de miradores, que ya no son aquellos miradores de cristal, sino opacos mirado-res de argamasa, cuyas lumbreras no son sino ventanas al fin y al cabo. En vez de resultar lanzada hacia la luz la habitación del mirador, resulta metida más en el fondo, hundida en lo profundo de una segunda habita-ción, de una falsa antesala. El mirador ha sido un pe-gote en la construcción, un engañoso vuelo al aire li-bre, ingrato en verano y en invierno, aunque, como todo—aunque más los balcones abiertos—, sea agra-dable en primavera. Los miradores son como panteo-

nes superpuestos a la casa, grandes nichos de pared, jaulas para los loros humanos, invernaderos nada prácticos. ¡Oh, y qué melancolía se respira en ellos cuando penden de su techo dos de esas macetas de las que cuelga la yedra como una cabellera!

## Jipis

El jipi corona la riqueza y la alcurnia, como antiguamente las coronas.

El rey del petróleo o los reyes menores, el rey de las ligas de señora o el rey de los tirantes de caballero, rematan sus cabezotas, siempre cortadas al rape en verano, con el jipi suntuoso y caro.



Claro que el jipi también es prenda de cochero; pero, sobre ser el cochero también un tío de alta alcurnia, en seguida se conoce que es del cochero, pues el cochero usa el jipi del cochero.

Tenemos que optar por el sombrero duro, almidonado, que más parece una caja de cartón que un sombrero. ¡No podemos adquirir un jipijapa! ¡Desgraciados!...

Los jipijapas figuran hasta en las herencias. El abuelo que estuvo en la China se trajo ese sombrero fino, que salta como ágil saltamontes cuando, después de plegarle ligeramente, se le suelta de pronto.

Es muy de indiano este sombrero que ha sido a veces origen de un pleito entre los cinco hermanos con derecho a él. Las ideas que se producen bajo la sombra de su casilla de bambú son ideas de acaparación y de cultivo intensivo de la caña de azúcar.

Ese ver la vida desde un tendido de sol perpetuo,



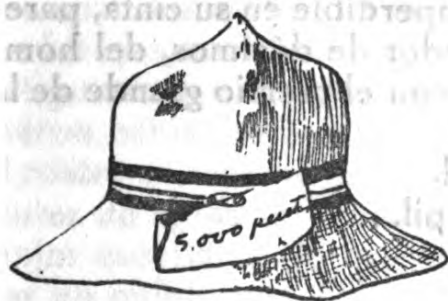
que es el ver la vida desde Cuba, por ejemplo, está inscrito en el jipijapa. Bajo un resolillo picante como el aguardiente de caña se ve el horizonte visible, todo hinchado por el solazo que le cae encima. La sombra azul que se arregosta bajo el fino sombrero es de las mejores sombras que se pueden gozar teniendo que estar en medio de la vida; es la sombra de una azulosidad muy cernida, muy refinada, muy colada por el colador por el que sólo pasa el calor muy deshecho.

El jipijapa es en los escaparates algo así como la joya cara de las joyerías; esa joya que no se vende nunca, pero que eleva el precio de todas las que tiene a su alrededor.

El jipijapa mejora todos los modestos pajas que tiene alrededor, los dignifica, hace que se resignen a ellos todos los que se asoman al escaparate y ven lo imposible que es un jipi.

El jipijapa de reclamo está muchas veces muy doblado sobre sí mismo, y cuando más caro es, más hecho un gurrño, hasta ser, a veces, una especie de calcetín de paja fina o, mejor dicho, una petaca para puros de esas que no se usan ya porque son muy pocos los hombres de hogaño

que llevan seis puros en el bolsillo, que saben también tener serenidad al transportarlos y no romper la capa de ninguno. ¡Se acabó ya esa casta de hombres!



Todo el mundo se asombra ante el jipi legítimo, el puro jipijapa que se usa como símbolo de la aristocracia del dinero *hecho en el comercio* y que da un frescor de ducha de puntiaguda trasudación, a base del más sutil de los coladores.



Hay persona que se pasa una tarde entera, obsesionada por el jipijapa, pensando en lo que tendría que ganar para tener un jipijapa. Sólo los jugadores gananciosos, los que han ganado esta noche lo que perderán mañana, se compran, durante esa racha de gastar el dinero que perderán en seguida, un jipi, un reloj de oro, una sortija, algo que después es lo único que les queda,



da, por mucho que se precipiten en la miseria.

¿Es verdad que vale lo que pone en el anuncio del jipijapa? Se sobrentiende maliciosamente; pero, para mayor postín de esa tienda, ha habido que engañar al público, entre el que hay gentes obcecadas que sólo así acuden, que sólo así regatean.

El jipijapa, con la fabulosa cifra de su gran coste clavada con un imperdible en su cinta, parece el sombrero del revendedor de décimos, del hombre que da participaciones con el premio grande de la Lotería.

- ¡Caramba, qué jipijapa!
- Pero, pollo, ¡vaya un jipil...
- ¡¡¡Ji-pi-ja-palll
- Sí. Jipijapa...

La cabeza con jipijapa ayuda a la pereza del hombre ya perezoso y con ahorros, y adquiere cierta indolencia para pensar. El hombre de «jipijapa» tiene hasta secretario para que escriba cartas a su familia...

—Mire, mire usted cómo no pesa nada... Parece que

se tiene en la mano uno de esos vasos de papel para beber en el camino...

El jipijapa vale tanto dinero porque consume casi toda la vida de un hombre, atarea tantos años al pobre chino que ha ido trenzando ese sombrero, que hay que pagarle desde la comadrona y el bautizo hasta el entierro, por su paciència de ibídem.

Hay que reírse de las labores de Ubrique y del punto de los encajes de Venecia, cuando se trate de comparar esas sutilezas con el tejido hecho todo a mano y trenzado todo él con las afiladas puntas de las uñas chinas, de los sombreros de jipi.

¿Merece gastarse esos miles de pesetas que cuesta un jipi? De ninguna manera, y más que nada porque, después, el que se compra un jipijapa lo oculta, se esfuerza en demostrar lo disimulado que se puede llevar un sombrero. Vuelve tan avaro a su dueño como lo es el que, lleno de billetes de Banco, se esfuerza en ocultar que los tiene.

## Gestos

Ese gesto que tienen las mujeres de meter las narices entre las pieles del cuello subido del abrigo o entre las que las envuelven como boa, es un gesto de antiguos seres de otra especie, de aquellos seres que fueron cubiertos por entero de piel de pelo. Se tapan el rostro con medio antifaz, se esconden con cierta avilantez de egoísmo, de «toponería», de obcecación. Esa mujer escondida de esa manera, más dispuesta está a dar un bufido que a otra cosa. Empeora sus testadureces y sus incomprensiones esa actitud.

\*

El gesto de ir tiritando de elegancia y de gusto, medidas en los gabanes de raso largos y como un poco

defundados, es otro gesto del momento. Bailando, danzando dentro del gabán, desceñido en muchos puntos y ceñido en otros—en eso está el quid—, pasan escabullidas, como burlándose del hombre y de sus miradas de cuello vuelto. Quizás todo el aire de estos gabanes está preparado teniendo en cuenta esa mirada «a posteriori», ese girar sobre los talones y quedarse vueltos un momento, mientras se aleja la mujer, que parece que se abriga, friolera e incitante, en la salida del baño, desnuda y sólo con medias de seda transparentes, debajo de ese gabán.

El gesto—también de las mujeres—de subirse a los tranvías como a un alto tren, y con esa actitud solemne, reposada y como disponiendo de diez minutos, por lo menos, antes de que salga el tren, es un gesto que hay que ir aboliendo. Deben corregirse de eso, porque ya no podrán ser esas viejecitas tardías, que hacen que lleguen tarde a su destino todos los del tranvía, que descansan en el descansillo del estribo antes de llegar a penetrar en la plataforma, que es para ellas como el segundo piso.

Otro gesto actual es el que tienen las mujeres de abrigar el pequeño portamonedas, dedicadas a él las dos manos, sin manguito, apretándole contra el ombligo, como llevando, más que un bolsillo en que sólo va un pañuelo, una cartera con un fajo de billetes.

Otro gesto, un poco cargante, presumido y con un gran aspecto de tópico de la elegancia, es el que da a las jovencitas el velo sin ajustar a la cara, el velo flotante y colgandero, corto por delante y largo por detrás. Aunque hay algunas que conducen bien esa ca-

pecie de cola de la cabeza, de cotidiano velo de novia, porque su elegancia es antigua y serena, hay otras que se sienten muy metidas dentro de ese gran refinamiento del velo así, y toman actitudes interesantes, como los antiguos poetas de larga melena con su melena, sintiéndose las supremas elegantes y las de la escolta real de la elegancia, como en ese día de gala en que los penachos de plumas chorreantes se desmayan como árboles llorones sobre el principio de la espalda.

### Modelos de cartas

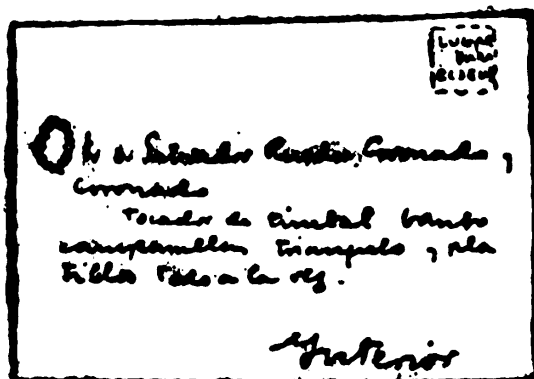
Nada más desgarrador que un libro de modelos de cartas. Hace «entrar en situación» a las gentes calladas que nos rodean, poniéndolas en una espantable evidencia. En sus páginas está de manifiesto el corazón de la muchedumbre, sin fuerza dramática ni amena. Es el libro que se agota una y otra vez. Un libro nefasto, del que hoy voy a destacar algunos de sus aspectos anodinos, y no para hacer comedia, sino para hacer tragedia. Resultará así lo que yo diga de una gracia lamentable, espesa, sorda y desgachada.

Un momento he dudado, por lo ingrato de conjunto, si dar este paso; pero después he pensado que, ingrato y todo, tiene un gran carácter agudo y reticente el asunto. Además, así se venga la literatura reservada, intensa y difícil, de aquellos que la abominan y hacen enfrente de ella esa literatura hedionda, mustia, mortuoria, tan formularia y parada como la de esos epistolarios.

Pobre humanidad la que necesite esos Manuales. Tiene el miedo indigno a la torpeza, que es sana y expresiva como ella sola. ¿Puede haber una falta más baja que plagiar una carta? Hagamos la luz sobre esa muchedumbre de una clase media envidiosa de la cla-

**se alta, y de una clase envidiosa a su vez de la clase media, que no comprende nada, que ríe de las cosas llenas de virtud liberal, y comete mientras tanto actos tan vergonzosos como ese de las cartas calcadas.**

**¡Y pensar que vivimos entre esas muchedumbres huecas! Nuestro estilo se descompone al hablar de ellas; pero ningún entretenimiento más justo que el de revelarlas. Además, no merece la pena cuidar estas cosas. En el rato en que estamos en el café solitario, mientras nos solazamos con otros pensamientos remo-**

**Modelo de sobre.**

tos junto al sucio «re-  
cado de escribir», es-  
cribimos y dibujamos  
con trazos perfecta-  
mente irregulares es-  
tas cosas sórdidas.  
Una sonrisa triste y  
resquebrajada presi-  
de nuestro lúgubre  
trabajo, sospechando  
que ni nosotros mis-  
mos, que tenemos una

**idea bastante grave y lamentable de la multitud moderna, nos damos perfecta cuenta de lo ingrato de nuestra diversión. Pensamos que otros hombres menos dentro del cotarro éste se quedarían anonadados y patidifusos.**

Quizás demos un aire de broma a todo eso, cuando es de una seriedad que abruma nuestra cabeza. Quizás para que resalte lo patético buscamos contrastes de un dudoso y absurdo género festivo. ¡Duro contra nosotros!... Nosotros hemos puesto el pelele informe en el tejado, y ése era nuestro objeto. Para la crítica nosotros no tenemos discusiones, sino una sonrisa de locos, que es la que nos salva.

Estos Manuales de cartas nos recuerdan el *Paluzie*, que es el libro que más nos ha hecho sufrir, ahogando y forzando nuestra niñez en sus letras redondillas y en

sus cartas comerciales y urbanas, angostas y afflictivas. No se lo perdonaremos nunca al libro turbio y enra-recido.

Los Manuales de cartas debían ser suprimidos como libros inmorales, con una inmoralidad que no tienen los libros pornográficos. Fomentan el abandono del alma y su insensibilidad. De ellos brota por eso el abandono del espíritu y de la lealtad, que es lo único que es inmoralidad y prostitución. Son una fórmula indiferente, intermediaria y promiscuada. Favorecen la falta de iniciativa personal, y con eso hacen todo el daño.

Dentro de ellos, sin embargo, hay una nota desesperada de humanidad—como la hay hasta en el fondo de las leproserías—que es imposible salvar, y en vista de eso, sintiéndonos completamente impotentes, no encontramos, como siempre, más que tres gestos frente a eso, como frente a casi todo: el de llorar en silencio, el de bailar la danza solitaria o el de violar el género cómico.

Lo más notable de estos libros es que, siendo para las fregatrices, abundan en ellos las cartas aristocráticas. Así inflan al público dándole el secreto privado de las clases altas. Representa además eso, como todo lo otro, una violación de la correspondencia que pone en sus manos la flaqueza idéntica de los grandes.

He aquí, por ejemplo, el modelo de la carta de una emperatriz a su esposo:

*«Mi Majestad: Me encuentro bien. Dios se ha dignado concederme esta gracia. Hoy celebraré un solemne Tedéum en acción de gracias al Señor por su condescendencia, que supongo os ha alcanzado a vos en este día.*

*Con recuerdos para toda la familia y la servidumbre se despide de V. M.—LA EMPERATRIZ.»*

¿Qué emperatriz dirigirá su pluma sobre esta falsilla? El Manual necesitaba tomar el curso epistolar desde las alturas, necesitando suponerse que hasta una emperatriz le buscara para poder escribir a su esposo.

### MODELOS DE CARTAS DE PÉSAME

Muchos son los modelos de pésame. En ellas un vano dolor gregario e indeterminado desenmascara al dolor, sometiéndole a no se sabe qué raro y disolvente desconcierto. ¿Será el dolor un sentimiento totalmente impropio?... De todos esos modelos, el más artificial sería uno que podría intitularse: «De un amigo participando a otro su muerte repentina»; pero ya que ése no figura, he aquí uno no menos artificial:

A una amiga por la muerte del cuñado de su tío.

*«Mi distinguida amiga: Hay días penosísimos, pues al regresar de una casa en que presenciamos mis hijas y yo la dolorosa separación de un matrimonio que llevaba noventa y dos años casado y adorándose, temiendo yo por la razón de la desdichada viuda, me he encontrado con la triste nueva del fallecimiento del querido cuñado (q. e. p. d.) de mi querido tío.*

*Tampoco en esta casa no han dejado de cebarse las desgracias corporales y espirituales, y verdaderamente, para lo que da de sí la vida, más valiera no tenerla.*

*En fin, Dios le dé la paz y resignación.*

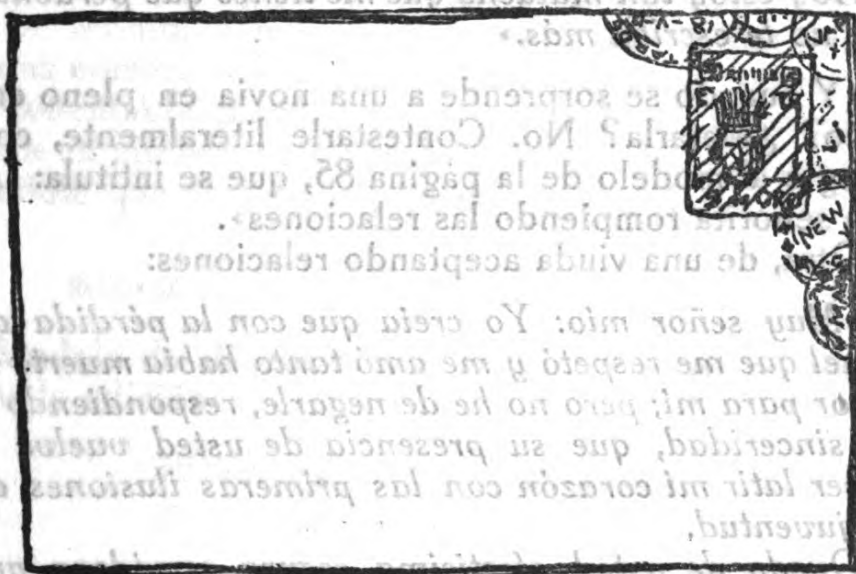
*Se lo desea sinceramente su buena amiga q. s. m. b.*  
LA MARQUESA DE H.»

¡Oh exageración ramplona e insensata del dolor y de la naturalidad, amontonamiento de desgracias que copiará literalmente con la mayor desfachatez el que haga uso de esta carta! Abuso como de usar una misma corona y unos zapatos de cadáver para todos los muertos.



## MODELOS DE MISIVAS DE AMOR

Son muchos también los modelos de esta clase de cartas. Hay una declaración, y «Otra», y «Otra», y «Otra», como dice el índice, y así otras diferentes. ¡Amores auténticos, con las ventajas de la carne, pero con una insospechable y pavorosa estrangulación y



Claro que un sobre no necesita la preparación ejemplar que en las otras figuras se enseña. Un sobre muchas veces llega a su destinatario aunque vaya en blanco. Un sobre perfectamente escrito y «puesto» no interesa a los empleados de Correos. Las cartas cuyos sobres van *demasiado bien* puestos son las que se extravían. Véase esta prueba fotográfica de una carta, sin ninguna dirección—absolutamente ninguna—, perfectamente cerrada y sin transparencias, que recibí desde Nueva York, después de que hubo pasado por Londres y París, rectificando su camino hasta encontrarme en mi casa de Velázquez, 4, y que demuestra de un modo pasmoso la prodigiosa sagacidad postal del mundo.

esterilidad en el fondo, los que se dirigen a estos formularios para inspirarse. He aquí dos de esas misivas, arrancadas de entre las cartas «en que se comienza a hablar de tú» y «la de la novia la víspera de la boda», y la «del caballero de edad y rico a una joven proponiéndole darle su nombre y su patrimonio».

**De una señorita al novio ausente:**

*«Querido Vicente: Tu carta ha venido a traerme con la seguridad de tu amor un rayo de alegría en medio de la pena de tu ausencia.*

*Desde que te marchaste no tengo un momento de placer, todo me habla de ti, y a las horas en que tenía costumbre de verte, mi pena es tanta que almuerzo y ceno sin postre.*

*Hoy estoy tan malucha que me tienes que perdonar que no te escriba más.»*

*¿Y cuando se sorprende a una novia en pleno engaño? ¿Matarla? No. Contestarle literalmente, con arreglo al modelo de la página 85, que se intitula: «A una señorita rompiendo las relaciones».*

**Otra, de una viuda aceptando relaciones:**

*«Muy señor mío: Yo creía que con la pérdida de aquél que me respetó y me amó tanto había muerto el amor para mí; pero no he de negarle, respondiendo a su sinceridad, que su presencia de usted vuelve a hacer latir mi corazón con las primeras ilusiones de la juventud.*

*Queda de usted afectísima segura servidora que besa su mano, ADELA SUÁREZ.»*

*¡Oh numerosa infidelidad, fulminada en este modelo y que servirá a nuestras viudas de fórmula! Venenosa suspicacia! ¿Qué importa que después haya otra carta de una viuda rechazando relaciones? Esa viuda casta y llena de inocencia se envenenará con la otra fórmula.*

### **MODELOS DE CARTAS FAMILIARES**

**Este es el capítulo de cartas a los padres, a los hijos, a los hermanos. Cartas llenas de consejos sin importancia.**

**Cartas que descargarán a las falsas familias de encontrar su sinceridad íntima. El hombre que copia una de estas cartas familiares está abocado al parricidio.**

### **MODELOS DE CARTAS VARIAS**

**Cartas triviales, cartas llenas de un gran despego humano, cartas varias hasta ser como desangradas hijas de sí mismas, cartas nimias y banales con cierto color íntimo, como «la de aceptar el ser padrino»; cartas comerciales desprovistas de sentido, escritas en el lamentable papel comercial; cartas al zapatero y hasta un modelo de carta al conductor del tranvía «rogándole que pare en la primera parada discrecional».**

### **MODELOS DE DEDICATORIAS DE LIBROS**

**Modelo de dedicatoria al político que ha de comprar la edición:**

**HOMENAJE DE VENERACIÓN Y  
DE GRATITUD IMPERECEDERA**

**EL AUTOR**

**Modelo de dedicatoria al compañero modesto pero de gran talento:**

**A X.**

**EL AUTOR**

### **MODELO DE CARTA A LOS ORGANIZADORES DEL BANQUETE A X**

**«Señores organizadores del banquete a X.  
Mis distinguidos amigos: Recibí su invitación; pero una enfermedad que me aqueja estos días y que me prohíbe salir del lecho, evita que pueda reunirme con ustedes en esa fiesta tan simpática. Sin embargo,**

*brindo con mi copa en la hora ideal del champagne, porque nuestro admirado compañero continúe por el camino del éxito.—SANDALIO ALINO.»*

¡Oh aquel día que no volverá, en que en la sombría Academia de Jurisprudencia, después de oradores elocuentes y en solemne sesión, yo realicé el acto más trascendental de mi vida y leí en pie, pálido de emoción, sobre el estrado y rodeado por todos los nombres de panteón que están burilados en las paredes, una carta diciendo que yo mismo no podía levantarme de la cama porque estaba en ella con un fuerte catarro y me lo había prohibido el médico!

¡Inefables cartas de los modelos de cartas, dignas de esta humanidad de malas personas redichas, vanidosas, vacías, insípidas!

### El «Bailly-Baillièr»

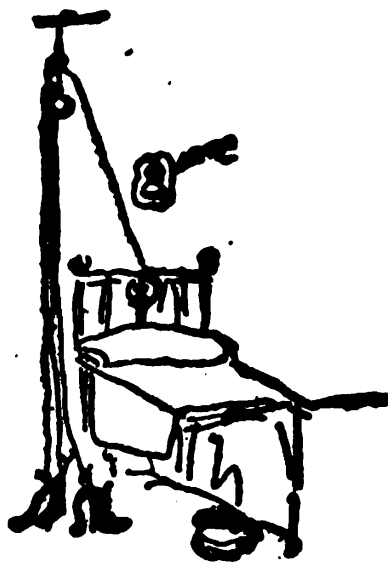
A este libro tan popular, a esta pequeña enciclopedia de la vida práctica, le falta el resumen y corolario de ironía, de disolvencia y de humanidad, el estrambote libre que enseñe de qué manera se deben aceptar todas esas cosas que él cuenta. Es demasiado abrumador ese libro e intenta demasiado invadirnos con la importancia de lo extraño, de lo monumental, de lo universal, de lo muy numérico.

Es necesario por eso tomar un poco en broma este libro y hacer descuidados dibujos a pluma al margen de las cuartillas; divertirse un rato honestamente, dueños de nuestro pensamiento; combatir esa ingrata seriedad que dejan esas pequeñas enciclopedias en que todo es excesivo y nos dejan llenos de anhelos imposibles y de humillaciones impropias. Hay que disociar esas ideas solemnes que fomentan los cálculos que dan lugar a los cólicos hepáticos, porque son cálculos du-

ros, apretados, morbosos, cosas y nociones que complican desmedidamente la naturaleza interior del hombre, tan flúida y trivial de suyo. No; no puede respetarse eso; la vida es sencilla como una mirada distraída dirigida a ninguna parte o dirigida al cielo.

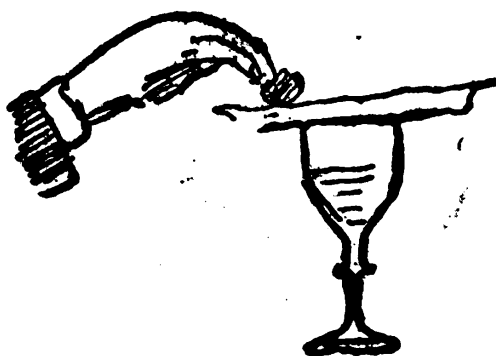
Quizá este libro es una cabal traducción de otro libro extranjero; pero eso es lo menos malo de él; eso hace que esté mejor hecho.

En él, además de todas las secciones que parodio en estas páginas, hay rasgos curiosos. La historia del año, ante todo, es cosa que todos los años ocupa las primeras páginas. Resulta triste y mediocre. Los acontecimientos, reducidos a una línea, repartidos en días, pequeños y compuestos en



Curioso y cómodo aparato para subir las botas a la cama (patente número 4.600).

#### Curiosidades.



#### JUEGOS DE SALÓN

Se echa una moneda de diez céntimos (en una pieza) por una ranura abierta en la tapadera de cartón que cubrirá el vaso lleno de agua hasta la mitad (un cuarto de litro) y... no pasará nada.

letra pequeña, no son acontecimientos. «Agosto—dice el *Bailly-Baillière*—, día 1.º, llueve; día 2, boda de la señoritude Rodríguez con el señor de Alonso; día 3, Comunión general en San Vicente; día 4, toros en Badajoz; día 5, el termómetro llega a 100 grados en Palestina; día 6, tormentas, etc., etc.»

**Maravillas de la Naturaleza.**

Modelo de un nido *Pervinco*, el más civilizado de los pájaros.

¡Menuda historia que em-  
pequeñece nuestra vida y  
la deprecia!

El año necrológico es  
más triste aún. Sólo hay una  
figura noble en la orla de  
retratos, y las otras son figu-  
ras lóbregas de obispos, de  
políticos, de leguleyos.

Las proporciones del  
*Bailly-Bailliére* también  
son terribles: 5.000.000.000 de  
niños mueren en toda Euro-  
pa, o «los melocotones que  
se comen en el mundo for-  
marían una montaña como  
el Mont-Blanc».

Los inventos para calcu-  
lar el tiempo que va a hacer  
son muy ingeniosos. Esos

barómetros para los que basta un cabello de señora o se  
consiguen sólo con un zapato viejo al que con la hume-  
dad se le levanta la punta y con la sequedad desciende.

Con el cielo se inventan problemas que crisan.  
«¿Cuánto tardaríamos  
en llegar a Mercurio  
andando?»

¡Oh, demasiado  
tiempo! Nuestra len-  
titud nos asombra, y  
resultamos más pe-  
queños y más condi-  
cionados por esas me-  
didas y esas cantida-  
des enormes que el  
*Bailly-Bailliére* rela-  
ta. ¿Por qué hacer

**El año filatélico.**

El primer sello de la serie que damos es del tiem-  
po de Nerón y vale 1.000 libras esterlinas (no se  
ha encontrado hasta la fecha); el segundo no es  
un sello antiguo, pero como el Presidente Alva-  
rez, del Paraguay, sólo fué Presidente un día, se  
busca con marcado interés; el tercero es un sello  
curioso que circuló cuando la coronación de Rueda,  
divertida rareza filatélica que buscan los his-  
panófilos como el sello Belmonte I.

esas asociaciones de ideas? ¿Qué falta hacía pensar en ir andando a Mercurio? Nadie, sin embargo, se hará estas preguntas, y nadie se disuadirá de que sea permitido suscitar esas inquietudes; todos las tendrán y padecerán la impotencia estéril de no poder ir a Mercurio.

Al tiempo hay que darle un toque o varios toques también. Año tras año parece que han ido agotándose todas las combinaciones curiosas y sorprendentes en que se le puede mezclar; pero aun quedan en él combinaciones y consecuencias extrañas. Siempre habrá una más. Nadie se da cuenta, por ejemplo, de que a un mismo tiempo son todas las horas en la tierra, todas. Eso descompone tanto ese escalonado que hacemos de las horas, que no lo podemos creer.

Siempre será para nosotros en el cielo y en la tierra y en la eternidad la hora que suena en nuestro reloj. También entre las combinaciones y las cábalas a que se puede someter al tiempo, se podrá sostener en el *Bailly-Baillièr*e con grandes letras que «AL DÍA 24 DE ABRIL DE 1600 LE FALTÓ UNA HORA». Esa hora se sostendrá con certeza que ha sido birlada a la historia del mundo.

El Oriente no puede dejar de tener una página o

**Hallazgo importantísimo.**



En un pueblo de Alava ha encontrado el ilustre cervantófilo D. Damián Juárez el verdadero e indudable retrato de Cervantes, que tantas veces se ha dado por encontrado y que siempre ha resultado apócrifo. En letra de Cervantes y firmado había, borradas por el tiempo, estas palabras: «Este soy yo, Miguel de Cervantes». No cabe dudar, pues, de la autenticidad.

varias en el *Bailly-Baillièrre*. Sus misterios son muchos. En Karvala los reyes tienen por atributo un soplillo y

Consumo de alfileres al año.

FRANCIA 28.000.000.000.005

INGLATERRA 12.000.000.000.000

ITALIA 248.000.000

ESPAÑA 1000

matan a sus hijas para que sea siempre descendencia de varón la descendencia del trono.

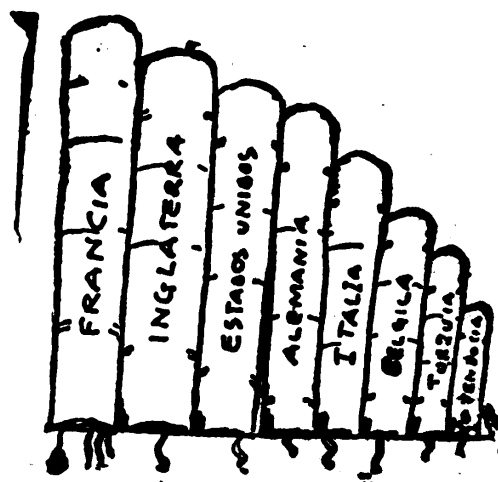
Las comunicaciones postales y ferroviarias también preocupan al muy listo *Bailly-Baillièrre*.

Así, se suele ocupar de algún nuevo sistema de comunicación. «El correo por las moscas—llegará a decir—: En Curland se han comenzado a utilizar las moscas para el servicio postal.

»El sabio Lizher les atrofia el sentido de la dirección y la mosca se dirige en línea, cosa que él aprovecha, utilizando las sutiles vías de los meridianos, poniéndolas en camino del meridiano de la ciudad con que ha de comunicarse: después reúne cuatro moscas sin el sentido de la libre dirección y les coloca un fino papel que pesará más o menos, según quiera que la mosca haga tal o cual distancia, resistencia que él ha calculado en una escala gradual y logarítmica, y las suelta.»

Cada año el *Bailly-Baillièrre* ha de vulgarizar una pequeña ciencia nueva. Esas ciencias nuevas tienen la

Lo que leen las naciones.



Como se ve, no figura siquiera España, pues proporcionalmente no existe aun como lectoriana.

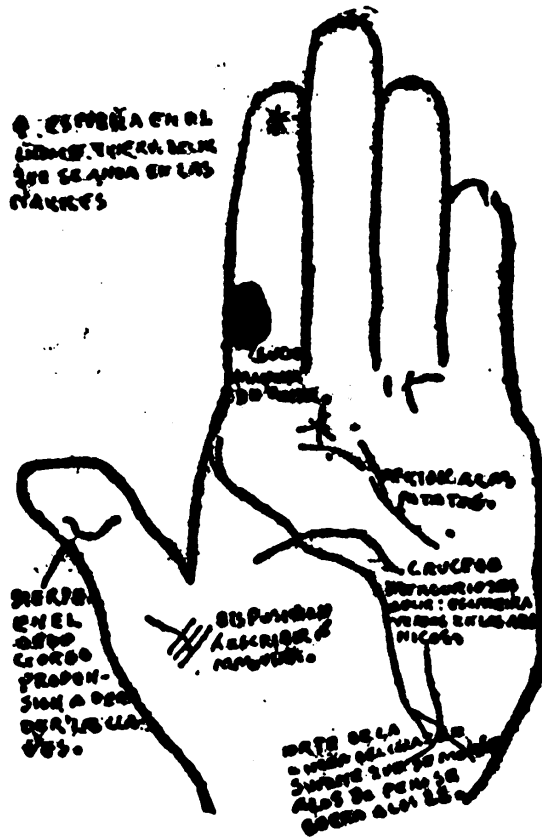


**investidura de un nombre nemotécnico, y eso es lo bastante para llenarlas de seriedad. Así, por ejemplo, surge la «botología» (ciencia complicada de los botones).**

La muerte necesita ser invocada para atracción y vértigo del libro profundo. Será suficiente reproducir un esqueleto e imprimir debajo una leyenda inusitada y sorprendente como ésta: «Cómo serían todos los vivos si se hubiesen muerto», para conseguir el sobresalto que hace pensar y que vuelve más pusilánimes a los hombres que encuentran cierta voluptuosidad en su timoratería. Eso, sin embargo, no sería suficiente, y hay que hablar de las enfermedades con cierta novedad y ciertas ventajas. «EL ESTORNUDO—dirá en grandes letras, y después

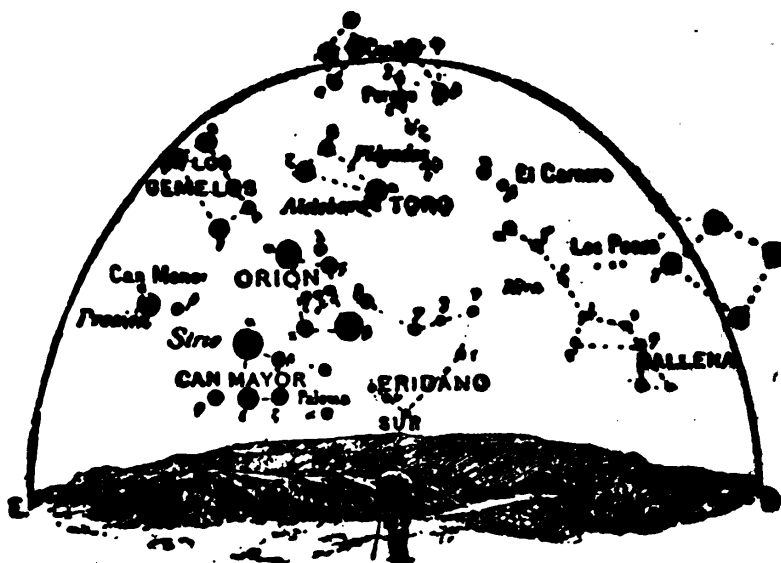
**continuará: —Estornudar es escupir por la nariz, como ha dicho el doctor Brich. Para evitar el estornudo se debe cortar la nariz con extirpación de todas las mucosas raíces de ella. El rostro así perderá todo su plebeyo carácter, para tomar el de las estatuas de los grandes reyes de piedra que pueblan los jardines. El estornudo se conoce en el mundo desde Adán, que cogió un resfriado atroz por cambiar tan bruscamente**

## La mano reveladora.



de clima, pasando del clima tibio, meloso y confortable del Paraíso, al clima duro de la tierra.

La marina no puede dejar tampoco de figurar en el *Bailly-Baillièrre*. El mar y las cosas del mar intimidan a los hombres y los hombres gozan secretamente inti-



Mapa celeste de la noche del 22 de diciembre de 1915. (En vano será buscar las estrellas; la confusión del cielo es su principal belleza y además esa noche lloverá copiosamente. Este no es más que un bello alarde en algo conmovedor.)

midándose. Así, unos barquitos muy chicos, que representan a unos barcos muy grandes, flotarán en una página de la enciclopedia práctica.

¿Y para qué escribir más? ¿Para qué inventar una anécdota a madame Recamier? Basta ya. Con lo dicho ya está supuesto en especie el *Bailly-Baillièrre* de 1923 a 24, dándolo con una gran antelación a su fecha de salida.

### Arte culinario, puericultura y parricidio

Yo no soy partidario de las discusiones lingüísticas. Yo creo en el más inmediato y pintoresco significado de las palabras, llegando a aceptar hasta el sig-

nificado de su corrupción. Si alguien se ha retrasado en los antiguos significados, que se quede atrás y que se muera.

Si alguna palabra me faltase, el acoplamiento, la fusión o la colocación de las que poseo daría la idea de esa palabra. ¡Que yo halle la idea, que las palabras tendrán que surgir, y hasta es posible que nazcan por primera vez para mí solo!

Adiestrado por esta práctica adivinadora y temeraria, pero de opimos resultados, estoy más dispuesto que a la discusión a lanzar grandes modelos de corrupciones puras que evidencien mejor las cosas.

Así, después de haber repudiado lo de «arte culinario» como indigno, por razones discretas e inconfesables—¡llamarse culinario lo que se refiere a la comida—, hoy debo denigrar como indignas de su cometido la palabra «puericultura» y la palabra «parricidio», empleada en el crimen del padre contra el hijo y en el de la esposa o el esposo contra el esposo o la esposa, aunque haciendo una sola excepción cuando se trata del crimen que contra el padre comete el hijo.

Sobre todo, la palabra «puericultura» refiriéndose al niño humano es algo ofensivo y denigrante. Gracias a que muchos no están enterados de lo que significa esa palabra no se han sentido ofendidos y no han estallado en una protesta revolucionaria y terrible. «Puericultura» es una palabra que juega con la ignorancia un juego de ventaja, puesto que ella sola sabe sus orígenes y su secreto.

Puericultura podía ser tratamiento higiénico y cuidadoso de los puercos y sus lechoncitos; pero dedicada a los niños, aunque los niños sean un poco puercos, es de una arbitrariedad inadmisibile. ¡Lo que de niños aún queda en nosotros se rebeló! Todos han condenado en el fondo esa palabra depresiva; pero han tenido miedo a decirlo, porque nada menos que la ciencia la había aceptado.

Parricidio siempre será «solamente» el crimen que se comete contra el padre. Ya cuando estudiaba Derecho penal me volvía contra la extensión que se daba a ese nombre dedicándoselo al crimen del padre contra el hijo y al cometido entre esposos. Mi sobresaliente con matrícula de honor en Derecho penal me supo mal, porque me pareció como un soborno, por el que debía tener en adelante cierta transigencia con todos los horrores del Derecho penal, entre ellos éste. «Pero ya protestaré algún día», me decía yo entonces, y como mi única cualidad es la constancia y la fidelidad con respecto a la sinceridad que ya había en mi naturaleza de nonnato, hoy realizo mi protesta, y caiga quien caiga.

El padre que mata a su hijo no es un parricida, sino un «hijicida», y, sobre todo, estando los esposos tan distanciados, siendo ése un vínculo que cada vez resulta más falso, menos comprometedor, más artificial, no pueden ser marcados en la hora del crimen con el nombre de parricidas, con ese nombre que exige la excepción, la consanguinidad y que es el número uno de los crímenes. El crimen entre esposos es un crimen sin importancia, trivial, justificado para disolver el terrible y abominable matrimonio.

Pero, ¿qué corrección de lenguaje vamos a esperar de una Academia que consiente decir también lo de «calzarse» un guante?...

### Las tiendas de baños

Hay una gran profusión de tiendas de baños. La higiene pasa por el momento de brillantez y por el momento en que se surten de higiene las gentes, todas las gentes, incluso los catecúmenos del baño.

Antes atendía a este comercio alguna tiendecilla escondida de algún lugar apartado. Así, en la calle de

«La Salud»—¡qué oportunidad!—era donde estaba el almacén principal de estas cosas. Entonces, exhibirse en el centro, poniendo una tienda para esas porcelanas de la higiene, hubiera resultado algo así como vender bacines o vasos de noche en un sitio que no era el suyo, junto a las joyerías y a las tiendas de objetos de arte y de moda.

Hoy, por el contrario, escogen sitios visibles, en barrios aristocráticos, y lucen con todo descoco ese algo que tienen esas cosas como de ropa interior de la casa, de cosas de debajo de la cama o de cosas de los cuartos pequeños y cerrados. Grandes lunas dejan enterarse perfectamente de todo el fondo de gran cuarto de baño y de gran W. C. que tiene la tienda de baños, jofainas, jaquitas blancas y tazones. Una gran luz de lámparas que podríamos llamar también higiénicas porque intensifican y filtran la luz, aporcelanándola, hace deslumbrador el blanco esmaltado de todo. Un gran frío luminoso, apegotado y materializado se escapa de ese espectáculo blanco y más marmóreo que el mármol.

¿Recordamos esa impresión de helor que, sobre todo de niños, y un día de gran destemplanza invernal, nos dió al ver la vajilla amontonada en el aparador, o ya en manos de la muchacha que ponía la mesa, destemplándonos más el ruido que metían los platos al entrechocarse? Pues si nos fijamos bien, esta misma sensación nos produce el contemplar ese conjunto como de enormes vajillas que se amontonan en las tiendas de baños.

¡Pobres empleados los de esas tiendas, tan desairadas en su encierro en el aburrido cuarto de baño, en el que, a lo más, hay que bañarse, secarse y marcharse!... ¡Qué en el desierto resultan, sin nada que mirar, rechazados por las porcelanas, atontados por lo blanco, descorazonados y frigorificados!

Sólo cuando entra una señora en esas tiendas todo

cambia. Los empleados se ponen contentísimos y enseñan su gran cuarto-museo de baño, con ese orgullo y ese placer con que el dueño de la casa particular muestra siempre su cuarto de baño.

Desde fuera es también gracioso y entonado mirar el interior y ver a esa señora que parece como sorprendida en el cuarto de baño, aunque siempre antes o después de bañarse. Aunque parece tan difícil de caldear la gran perspectiva de baños y demás recipientes, entre los que brilla, con brillo friolento también, algún chismecillo de níquel, lo caldea esa sola mujer que se pasea erguida y reservada por el gran salón de baño. Algo de picaresco, tentador y contrastante tiene la escena.

¡Ah! Pues ¿y si es una viuda de esas de gran luto francés? Entonces la irritación de lo blanco es tal y tan viva la excitación del cuadro, que yo, que sólo he visto una vez esa visión de la viuda en la tienda de baños, no la puedo olvidar, y ya siempre veo una viuda con chorreras negras cuando me asomo al escaparate de una de esas tiendas de baños.

## El álbum

El álbum es un libro inédito que convenía revelar alguna vez. En el álbum el espíritu humano se da en toda su simpleza. Los que escriben en los álbumes se ponen en evidencia. Se ve cómo nadie tiene para la intimidad un corazón humano y circunspecto. Tanto los profesionales que a veces figuran en los álbumes, como los inéditos, resultan vanos, flojos y tristísimos. Se ve con claridad que los profesionales, sólo amparados bajo lo que de acontecimiento y de materialidad conjunta tiene un periódico, una exposición, un discurso o un teatro, salvan su pobre alma escuálida. En el álbum quedan sorprendidos infraganti delgadez, infra-

ganti amarillez, infraganti mezquindad. Ni originalidad, ni carácter, ni arte, ni confidencia. Banalidad bajo una ilusión de estilo.



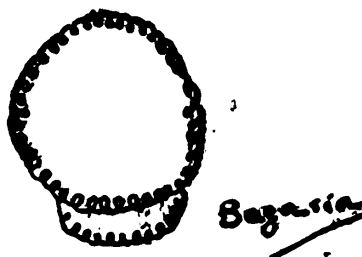
Así, nunca he encontrado un álbum ameno y conmovedor. En los álbumes la inteligencia pierde toda su estabilidad. Nada se sostiene, nada se *tiene*, mejor dicho. Los álbumes nos ponen melancólicos,



como si la sórdida muchedumbre hablase en ellos. En los álbumes se encara uno con la tragedia de la inmortalidad. El álbum es un documento humano para abominar la Humanidad. Es un libro hediondo sin posteridad. Y si a veces hay una cosa luminosa en él, es oscurecida y aplastada por toda la chabacanería de alrededor de ella.

Frente a un álbum el hombre inteligente siente la desesperación de sentirse idiota y de no tener ninguna idea ni ninguna memoria.

Todo esto hablando del álbum en general. El álbum en particular merece ser juzgado de otro modo. Reduce un poco nuestra indignación abstracta, sobre todo si es de una mujer, porque entonces pensamos que la mujer ha nacido para creer en el engaño, y, por lo tanto, en el álbum, pues no hay nada más engañoso que un álbum. Así, por ejemplo, el álbum de la señorita Noemi es un álbum genuino que hace llorar de gusto.



La señorita Noemi es una muchacha morena y delgada, con bonitos senos, de la que dicen sus amigas

que es muy lista, y los muchachos que se dedican o son aficionados a la música o a la literatura dicen que es

muy interesante. La señorita Noemi, que está sobre aviso en lo que se refiere a su interés, cansada de su lóbrego álbum de postales, compró otro álbum mucho menos grueso, con unas golondrinas en la pasta y unas inmejorables hojas de papel, y comenzó a pedir autógrafos para su álbum a sus amigos y a los amigos de sus amigos.



—¿Me haría usted el honor de honrar con un pensamiento mi modesto álbum?—preguntaba a sus amigos.

Ellos, poniendo el pensamiento en un quinto cielo, veían las estrellas, sufrían, se mostraban lamentables, desubstanciados, víctimas del vacío privado a que les llevó el haber cambiado su alma íntima por una alma ambiciosa, petulante y popular; pero al fin encontraban alguna cosa negra y escrita que escribir.

El álbum de Noemi se fué llenando de cosas. Unas escogidas y otras de compromiso; porque, ¿quién no le pide un pensamiento a ese muchacho ahogado en aficiones literarias al enseñarle el álbum lleno de páginas en blanco?

Esos muchachos no se hacen rogar, y como en plena inmortalidad, al sentirse en colaboración con las firmas más prestigiosas, escri-

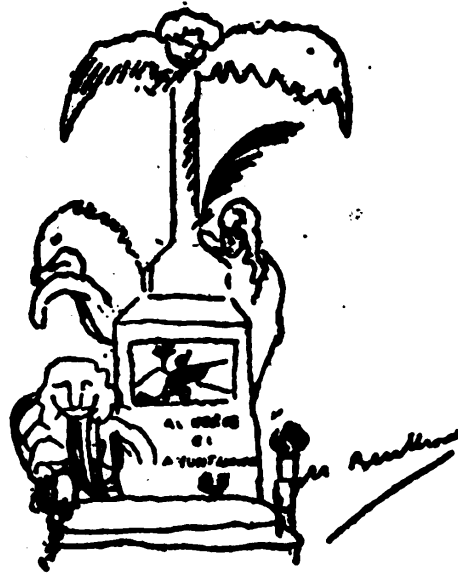




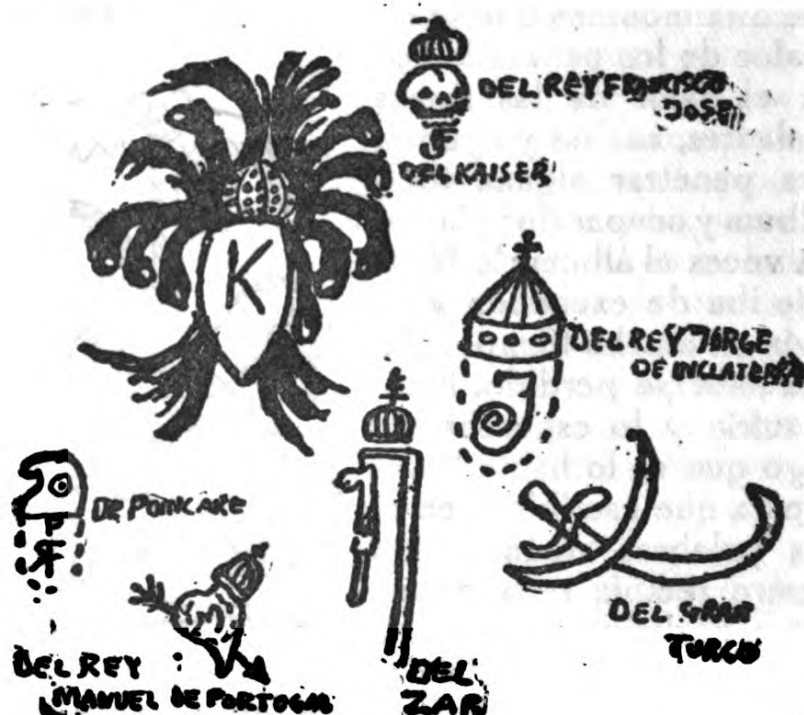
ben con fuego y con fiebre un pensamiento de diez hojas. ¡Maravillosos pensamientos! Resultan al fin los más admirables, aunque como son tan largos no los podré reproducir. En casi todos ellos se alaban los ojos negros de Noemi, su alma ávida, sus pálidas manos largas, sus ojos de dogaresa asomada sobre las irisadas aguas de Venecia; en algunos se habla de la gloria o de la alta montaña que se comienza a subir; pero sobre el valor de los pensamientos está el valor de las firmas anhelantes, anchas y agudas, hasta penetrar alguna todo el álbum y ocupar dos planas.

A veces el álbum de Noemi se iba de excursión y no volvía en mucho tiempo. Parecía haberse perdido. Noemi sufría y lo esperaba. El amigo que se lo había llevado para que escribiese en él unas palabras algún divino maestro recibía recados urgentes. El divino maestro era un desidioso; pero al fin devolvía el álbum, no sólo lleno de todas las otras cosas, sino con unas nuevas palabras prestigiosas.

El álbum así se fué haciendo viejo y un poco sucio, aunque esa suciedad visible pareciese encubierta por el prestigio de los autógrafos. El álbum había llegado a su madurez. Noemi le había olvidado y sido completamente infiel con un bárbaro militar. Hoy despastado y con las hojas desprendidas, raído y tirado por los rincones, a veces no se encuentra. Por eso yo he podido desprender y librar estas páginas que desfloro. Los pintores que dibujan en ellas son bien conocidos, menos el pintor M. González, que es el artista desconocido que siempre hace una mujer asomada a una



ventana, junto a un tiesto con flores. Los escritores son bien conocidos también, menos ese Víctor García Fonte y Larracha, que he escogido entre la tribu de los inéditos, porque su pensamiento es breve y substancioso como un pajarito frito, del que hasta es comestible la letra redondilla y la firma larga y rubricadísima.



La marca de las camisas de los soberanos de Europa, según un supuesto Bailly-Bailliére.

Los humoristas son los más peligrosos pensadores de los álbumes. Yo pondría una advertencia al comienzo del álbum de «Se prohíben los humoristas». Un humorista destruye un álbum, lo apolilla, por decirlo así. Yo, que soy un poco humorista, he escrito cosas abominables en los álbumes; es decir, he atentado contra ellos. Hay que hacer en la burguesía, tontísima, requetontísima, la revolución desde dentro, y ningún sitio mejor para colocar el petardo que el fondo de un álbum.

Una vez escribí en un álbum: «El piojo es el animal más bello de la creación». ¡Cómo me miraron desde entonces aquellas señoritas cursis! ¡No me volvieron a saludar!

«¡Después de todo—escribí en otro álbum—, es mucho más triste un álbum de postales o de sellos!»

Yo, que he escrito tantas «greguerías», sólo me acuerdo de una frente a los álbumes, de aquella «el pez más difícil de pescar es el jabón dentro del agua».

En chino también suelo escribir mis pensamientos en los álbumes. Nada más socorrido que eso o que pintar un ojo y poner debajo: «Siempre te estaré mirando».

Una cosa que escribo mucho en los álbumes es mi célebre soneto:

#### NEVADA

Nieva, nieva, nieva, nieva,  
nieva, nieva, nieva, nieva,  
nieva, nieva, nieva, nieva,  
nieva, nieva, nieva, nieva.

Nieva, nieva, nieva, nieva,  
nieva, nieva, nieva, nieva,  
nieva, nieva, nieva, nieva,  
nieva, nieva, nieva, nieva.

Nieva, nieva, nieva, nieva,  
nieva, nieva, nieva, nieva,  
nieva, nieva, nieva, nieva,

nieva, nieva, nieva, nieva,  
nieva, nieva, nieva, nieva,  
nieva, nieva, nieva, nieva.

El gran José Ortega y Gasset ha encontrado una fórmula preciosa para los álbumes, en los que escribe sólo antes de su firma: «1, 2, 3, 4, 5, 6...».

Las cosas que los músicos escriben en los álbumes no se deben poder tocar, y si se consiguiese su nota sería una nota seca y estridente, como no lo son las que arranca al piano un analfabeto.

Yo también recibí un día ese álbum perfumado de la señorita Noemi. Una hoja de papel secante me señalaba el sitio en que yo debía escribir.

Antes de llegar a mi página había aún en blanco hojas que, indudablemente, estaban reservadas para los Shakespeares. ¡Vanos reservados de los álbumes, tan vanos como los RESERVADOS en blanco de los periódicos sin anuncios!

Un momento ante mi hoja en blanco pensé si dibujar o escribir en ella alguna de esas cosas tan categóricas que se les ocurren a los chicos y garrapatean en el blanco inútil de las fachadas. Ganas me dieron de escribir eso que supone la inmortalidad en las grandes figuras: «El jabón Brisas del mar es el mejor de todos los jabones». Ganas sentí de hacer muchas cosas más; pero al fin me decidí por lo más socorrido y más suelto de los álbumes. Yo también escribiría sobre la falsilla del pentagrama unas notas arbitrarias, danzantes y vivas. Nada con más expresión, nada más amotinado ni más movido. ¡Qué más daba que yo no supiese música!

Y basta de preámbulo. He aquí al lado de mis palabras unos cuantos dibujos y pensamientos; lástima que no pueda ser más extensa la colección. ¡Pero ya está desflorado el asunto, ya está violado el secreto del álbum!

\* \* \*

«Toda la inspiración está en Bécquer, y después en un día andaluz lleno de palomas blancas, de claveles rojos, de mujeres morenas y ceceantes y de campanadas del *Angelus*.—*S. y J. Alvarez Quintero.*»

«El amor maternal es como el exquisito olor a espliego con que se sahuman los hogares felices... ¡Oh adoradas mujercitas de cabezas rubias y locas! Hiladura de oro en una rueca de cristal... Florecimiento de sonrisas como mariposas.—*G. Martínez Sierra.*»

«Misteriosos paquetes con cintas rosas... ¡Cuando se ha llegado al millón de ellos se sonríe sentimental y piadoso! ¡Oh enigma fácil de la mujer!—*E. Zamacois.*»

«El fiero león de la patria gloriosa sufre. Aminta le acaricia y cuida ante la Historia. Su bramido, sin embargo, es épico.—*B. Pérez Galdós.*»

«DON MIGUEL (sonriendo con mucha malicia): Las mujeres casadas cepillan la americana del marido como si fuesen la de su amante.—*Jacinto Benavente.*»

«¿Qué decir en este ilustre álbum? Me siento cohibido y pequeño como en el dintel de unas puertas de oro... ¿Cómo decir algo entre tantos hombres grandes? ¿Cómo volverme flor que, sin disecarse, dé perfume siempre a Noemi? Como todos los enamorados de la diosa Bella, ya no sé más que morir de amor y firmar.—*Víctor García Fonte y Larrecha.*»

¡Abajo los álbumes! ¡Envenenemos sus páginas! ¡Que sea nuestro pensamiento el hongo aciago, de esa clase tan venenosa que mata las moscas que se paran en éll

### Greguerías nuevecitas

La llamada del teléfono debía sonar, más que como un timbre, como la cuerna del pastor. Es incongruente su timbre. Siempre parece que llaman a la puerta.

\*

A una caza muy entretenida y pintoresca, a la que nos hemos dedicado los que no somos cazadores, es la del periódico que entra por debajo de la puerta... Es caza de acecho, que necesita presteza y silencio,

porque parece que si se da cuenta el repartidor de nuestra espera le intimidará echar el periódico mañana, y porque el que roba los periódicos por debajo de las puertas parece que se lo va a intentar llevar desde fuera.

\*

Hay un misterioso ruido de ladrones que nos hace sonreír cuando sabemos de quien procede... Es que es el día en que la criada limpia los metales de las puertas.

\*

Esa última píldora; esa última pastilla de la medicina que tomamos en el pasado ataque y que se esconde en la mesilla de noche desde entonces, es la que nos salvará del nuevo arrechucho y quizás de la muerte.

\*

Las plumas estilográficas que despreciamos el día que escogimos esta que nos sirve son las que, desechadas, nos escriben los anónimos que recibimos de vez en cuando.

\*

En ese abanico que deja la muerta sobre la mesa de su tocador deberían escribirse unos últimos versos de abanico que fuesen su epitafio y ponérselo entre las manos a la muerta.

\*

La caja de las tarjetas de visita es una falsa caja de bombones.

\*

Entre los relojes de la vecindad hay diferencias de hora sometidas a cierta lógica. El del piso cuarto señala una bella hora de mediodía y va siempre un poco adelantado, porque en él las doce del día son más tem-

pranas que en los primeros pisos, tanto, que en los del obscuro piso bajo esas mismas doce suenan a las tres de la tarde.

\*

Los cuadros que cuelgan de un cordón habrá un día que se caerán con estrépito en todo el mundo. Todos los cuadros colgados de ese modo, cuando pasen los veinte años de esa moda, se caerán en un fracaso universal.

\*

¿Para qué guardamos ese sombrero en el armario? Pues guardamos ese sombrero viejo en el armario para ponérselo cuando seamos unos miserables. Es el sombrero de miserable, que después es tan difícil de hallar.

\*

En las despensas hay unos restos de paquetes de sopa y algunas otras cosillas que nunca se consumen, que aguardan el día de la miseria o cuando en la guerra futura la ciudad sea sitiada por el enemigo.

\*

Las cucarachas son muy metódicas y puntuales. Salen a las doce de la noche y se retiran a las seis de la mañana. Si a alguna le coge las siete de la mañana todavía en medio, es que está envenenada por el insecticida y tiene el paso tardío de la muerte.

\*

Que no quede la mesa puesta en nuestro comedor de un día para otro, pues el almuerzo sabrá sin querer a la cena del día anterior, y el mantel, por limpio que esté, tendrá la melancolía de la colcha de un enfermo. En esa mesa del descuido, el pan del nuevo día se pondrá un poco duro, y la desgana se adueñará del comedor.

\*

Hasta que la máquina de escribir no armonice sus notas en una música con ritmo no será verdad eso de la armonía de las palabras y del estilo. Por no sufrir todos los días el desengaño del ritmo seco de la máquina de escribir escribo a pluma todas mis cosas.

\*

Los enamorados de las criadas que hay en toda vecindad se asoman a los patios el día de lavado y tendido para ver cómo las criadas, con los rollizos brazos remangados, hacen sus ejercicios funambúlicos en la cuerda floja de tender la ropa.

\*

En la cama del ausente parece que reposa durante su ausencia la cruz que se pone entre las manos a los que están de cuerpo presente.

\*

Después de todo, como el soplillo debió de ser el abanico de la primera reina del mundo.

\*

El baño es el sepulcro alegre de los vivos. ¡Goce-mos de ese sepulcro cuanto podamos!

No sabemos agradecer ese par de pendientes que el casero pone a los lados de cada ventana. Esos gan-chos de seguridad contra las tormentas, que casi nunca se usan, son las anclas de los cristales que no suelen estar echadas en la hora de la tempestad. Sólo discul-pa de eso el que el gancho no entre en la hembrilla.

\*

Un libro vuelto cabeza abajo trascuerda toda la li-brería. Si es un volumen de una obra en varios tomos, interrumpe la vida tranquila y lógica de toda la obra.



No puede durar mucho esa aberración, porque al libro se le baja toda la sangre a la cabeza y se congestionan las páginas al revés.

\*

Los porteros barren y recogen en el cogedor mañanero todos los pasos y pisadas de todos los que subieron a la casa el día anterior, miles y miles de pisadas y pasos, siendo de la alfombrilla del portal de donde más desprenden, haciéndoles que pongan pies en polvorosa.

\*

Algunas veces nos parece que hemos dejado hace mucho rato en el recibimiento una criada que espera contestación... Salimos y no hay nadie. ¿Quién, pues, nos ha traído esa carta que no hemos leído y que esperaba una respuesta?...

En las cocinas que dan a las escaleras de servicio, sobre todo, eso se acentúa, y las sillas mismas parecen criadas que esperan contestación, y que nos extraña que no se levanten cuando entramos.

\*

¡Cuánta gente hay que se ahoga en la cama como se hubiera ahogado en el mar, con más lento y penoso ahogo que en el mar! Después de ver una agonía de ésas da gana de estarse embarcando siempre, aunque sea en los barcos de vela que dan la vuelta al mundo y pasan los estrechos en que dos mares se zurren la badana y boxean.

\*

Sobre la cabecera de la cama hay dos peras maduras que los enfermos, sobre todo, equivocan, y en vez de encender la luz tocan al timbre... Como nadie espera a nadie a esa hora del timbrazo subitáneo, todos se consternan en el fondo de la casa y se preparan a

abrir el ventanillo. El mismo que ha tocado por equivocación la pera prohibida se asusta en el primer momento, pero después grita: «¡He sido yo! ¡He sido yo!» Aunque en la sombra de la sombra de la posibilidad ya se ha anunciado alguien que es muy difícil borrar: un hombre extraño y desconocido, un médico que vuelve, un telegrama desgraciado. El que está muy enfermo entonces ve la *muerte*.

\*

La cola femenina más interminable es la cola de la reina de los Juegos Florales.

\*

El capuchón de la pluma estilográfica es el dedal del escritor siempre rodando entre la labor, siempre en medio.

\*

Cuando se levantan las persianas verdes de las ventanas y no se asoma quien ha tirado de la cuerda para levantarlas, parece que va a comenzar una función en el teatro de los polichinelas.

\*

Con los primeros vientos del otoño los árboles ponen una sombra de osos sobre los visillos... Parece que los osos luchan y se debaten en plena avenida urbana.

\*

El sueño está lleno de agonías. Con el sueño de cada noche se agoniza cada noche.

\*

Son la estampa de un amor que se sobrepone a todas las riñas y los desvíos esas dos camas de hotel que juntan sus cabezas y repiten el mismo gesto de ternura a los pies... Brillan como jaulas optimistas del sueño que duerme la pareja humana con las mejillas juntas.

## Las barcas de la locura

No es la misma que ayer ni que hace un momento el agua del río, ni es el mismo el aire en que se mueven esas barcas de locura que se mecen en el mar de las verbenas. Por eso no son antiguas; por eso la navegación en esas barcas tiene siempre novedad, y entretienen con su originalidad, meciéndose en la noche actual. No pueden ser monótonas. ¿Qué tempestad las mueve?

Cuando la mujer que se zarandeja en ellas vaya en el transatlántico de verdad y se encuentre en inminente peligro de naufragio, al tomar puesto en el bote de salvamento, se acordará de esta barca alegre, en la que se entrenó para el naufragio, en la que hizo los ejercicios preparatorios al precipitarse en los abismos del oleaje más vivo.

Ellas ya han estado bajo las marquesinas de las olas.

¡Cómo ama el vértigo la mujer!

Esos son ejercicios de vértigo al aire libre, sin rubor ni temor.

A veces parece que ya se mataron, que ya se desprendieron, que ya no tienen remedio; pero el Destino las coge por la cintura y las retiene. ¡Galante Destino!

Sus cabelleras se despeinan y les pasa el peine el aire, que a veces les tira de los pelos, y sólo gracias a eso no se caen. Sus cabelleras flotan en la tormenta y flamean al viento: son como la banderola viva de la barquilla.

Son esas marineras de las barquillas de las verbenas como aviadoras desesperadas que quieren batir el



*record* de altura con aparatos deficientes. Las faldas de las intrépidas navegantes son las velas que precipitan más la marea de la barquilla oscilante, como péndulo de reloj descompuesto o al que se da cuerda con demasiado nerviosismo.

La mujer, que ama tanto la mecedora y que adora la hamaca, encuentra en estas barquillas la delicia ideal, y se desespera y se desprende de los aspavientos y de los saltos mortales que le hubieran sido difíciles en la vida.



Toda la animación de la verbena coadyuva a que se muevan las barcas, que navegan sobre nosotros, que resultamos los peces y los ahogados de la verbena.

¡Desde qué altura miran al que pasa las péndolas de la verbenal... Ellas se sienten en lo más alto, cerca de Dios, ofreciendo, tanto a los cielos como a la tierra, el espectáculo de sus piernas desnudas... ¡Ah, el cielo ve más que la tierra muchas veces!... Los dueños del embarcadero miran cómo cada barca agota su alquiler; pero tienen condescendencia con las más guapas, y las dejan mecerse más que a las otras. Los dueños del embarcadero saben quiénes están locas, cuáles son suicidas natas y cuáles otras vienen a adormecer una pena de amor meciéndose con desesperación en esas cunas del aire para adultas.

Es elástico lo que dura cada mecedura. Es una cosa que hay que apreciar a ojo, habiendo las que se aprovechan durante un largo rato del olvido del dueño.

Hay también unas barcas más dislocadas que otras, más frenéticas, que se balancean solas, sin necesidad de que la mano humana las empuje...

La abonada a las barcas de las verbenas aprende a echar la cabeza hacia atrás con gesto de antigua amazona que corre por las llanuras de la película con la velocidad máxima. En sus conversaciones con el novio, o al escuchar al pretendiente, hará ese gesto de desmelenarse en el viento, de dejar que se oreen sus cabellos en la velocidad, de reanimarse apasionadamente en el nuevo amor. El novio se quedará prendado de ese gesto.

Serán mujeres que siempre amarán el vértigo, y eso las perderá. Ya en su niñez fueron las locas de la comba y las locas del remolino, ese juego de los jardines, en que la amiga de cabeza tornátil y desquiciada coge de las manos a la amiguita tímida que se marea en seguida, y, juntan-



do las puntas de sus pies, las dos se echan hacia atrás y giran sobre sus pies, sostenidas por las manos en un equilibrio peligroso.

Todas quieren rizar el rizo del columpio; pero el final de su abono las detiene cuando más velocidad tomaban para eso.

—¡Aurora, la horal—grita por fin el que vela las barcas, echando mano a su borde y reteniéndola. Pero Aurora, o Matilde, o Lola, o Carmen se hacen las sordas, porque ellas, las protagonistas de las barcas,

no se llaman como la barca, y siempre alegrarán eso: que ellas son Pilar, Manuela, Esperanza, Jesusa. Desde que son llamadas hasta que responden pasa un largo rato de desobediencia, en que se portan como las criadas a las que se ha dado un grito y tardan veinticinco minutos en responder.

### Por el mismo correo

Una de las cosas más falaces del mundo es eso de «por este mismo correo».

No creáis nunca eso. Esas cosas que os prometen «por el mismo correo» no llegarán en ese correo, ni en el otro, ni en el otro, ni tal vez en el otro, y no por culpa del correo—¡abnegado correo!—, sino por culpa de los que os las ofrecen.

Ese que os ofrece un envío por «el mismo correo», después de echada en el buzón la carta en que os lo anuncia, ha sentido la voluptuosidad—llamémosle así a ese sentimiento tan humano—de retrasaros el envío un par de días. Es el «instinto de retraso» ese que le inspira al que hace eso, o la gana de hacer esperar, o lo que podría llamarse «el hacer las cosas por etapas».

El que no envía las cosas que ofrece por «el mismo correo», sino cinco días después, saborea la inquietud zumbona del otro y se venga de las incertidumbres que le han hecho pasar a él con eso de «por el mismo correo».

Uno mismo, ¿qué hace muchas veces? Pues lo mismo. Anuncia eso o lo otro por «el mismo correo», y después, como si ésa fuese ya una esperanza suficiente para aquel al que se lo hemos prometido, se tarda en hacer el paquete de las cosas que ha anunciado el heraldito de nuestra primera carta.

Ha habido veces que lo que iba por «el mismo co-

reco» no ha llegado nunca, porque no fué puesto jamás en el correo.

Claro que esa tregua de «por el mismo correo» tiene ciertas ventajas; permite reflexionar, permite enterarse algo más de si se debe enviar o no «ese paquete» al que se lo hemos ofrecido «por el mismo correo», y muchas veces hemos salvado cosas que habrían sido estériles y habríamos perdido si, como dijimos, las hubiéramos enviado «por el mismo correo».

El envío por «el mismo correo» que no es enviado, permite que el otro escriba interesándose por lo que enviábamos o diciendo «que no lo necesitaba», en cuyo caso nos habremos adelantado a sus deseos no enviándoselo.

¡Lo terrible del por «el mismo correo» es cuando es dinero y no llega!

Lo único que no debe corromper esa falsedad del «se lo envió por el mismo correo» es la fe en el correo. El correo es fiel.

## De soslayo

Las calvas iluminan el patio de butacas. Son la batería de candilejas de la sala.

\*

Hay ahora unas cojas artificiales. Las que cojean por presunción, por el modo de andar tontísimo que tienen.

\*

Las llaves de la luz eléctrica están dispuestas como señales de alarma en la noche; pero cuidado con no encenderlas sin razón, porque se escandalizarán las sombras y, tarde o temprano, se vengarán.

\*

Los perritos son unos simpáticos ciudadanillos. En ninguna parte se ve a los perritos danzar y flanear más a gusto que en Madrid. Saben las calles y conocen las afueras, llevan la cuenta de todos los basureros, de los buenos y de los malos, y sólo los más listos saben dónde echa sus basuras el rey. Suben las escalerillas, usan de los portales y pasan por en medio de los sitios prohibidos sin hacer caso de los guardias, como periodistas con carnet.

\*

Hay unos viejecitos conmovedores que andan moviendo la cabeza constantemente, con ese movimiento de cabeza de los corderos al andar.

\*

Los frascos de aceite de los escaparates son bellas barras de una limpidez esmeraldina, que hay que confesar que ayudan a hacer grato el espectáculo de la calle. Elevan esos frascos de tocador, llenos de aceite clarificado, la grosería de las primeras materias de nuestra alimentación.

\*

Mirando las pizarras de los cafés cantantes he visto hace días que «El Calcetines» (¡olé su madre!) actuaba en el Nuevo Brillante.

\*

Hay un momento en que descienden los monumentos hacia nosotros. Esa cúpula se nos ha acercado mucho esta tarde, y esa estatua estuvo hablando con nosotros un buen rato, la otra tarde, mientras esperábamos el tranvía.

\*

¿Son unos terribles leones o tigres los que tocan en ese teatro, que los tienen metidos en una jaula debajo del escenario?

\*



Los que se paran a ver las consignaciones de la Bolsa son generalmente unos miserables que no tienen una peseta, pero a los que les gusta presenciar lo de consignación del premio gordo que hay en los números escritos en las pizarras de los Bancos. Hasta toman nota a veces por capricho, y hacen comparaciones con el Ayer.

### Los ascensores

La conquista de la civilización aérea, anterior a la de la aviación en mucho tiempo, en demasiado tiempo, fué la del ascensor.

Dios dijo, al ver cómo los hombres descubrían el ascensor:

—¡Pero qué ingeniosos son!...

El primitivo ascensor era un ascensor de agua. Nunca he llegado a saber el mecanismo del ascensor de agua, y me daba miedo pensar en la catarata que habría que soltar para vencer el peso que supone el ascensor. Por la cascada escalonada de la escalera parecía bajar el caudal de agua que movía el ascensor como a una especie de molino harinero movido por el salto de agua. Yo viví de niño en una de esas casas con ascensor de agua, y cuando miraba al fondo de la escalera veía sapos y truchas. ¡Ya tenía mucha imaginación!

Después de los ascensores de agua debieron de venir los ascensores por gas, que, aunque no estoy fijo si han existido, me supongo que debió de consistir su mecanismo en la aplicación al ascensor del globo cautivo, soltándole amarras cuando algún vecino quería utilizar el recipiente, y bajándole a pulso cuando ya había subido.

Por fin, los ascensores fueron eléctricos, y entonces se generalizó su uso, procurando todos los caseros que

tuviese ascensor su casa. En esa época del quiero y no puedo se construyeron en cajas de la escalera verdaderamente imposibles—por las que sólo bajaba la colilla del vecino del tercero, que tenía gusto en tirarla por allí y en escupir después—, ascensores

raquíticos, en los que realmente no cabía más que una persona, y ésa de perfil.

Yo he visto ascensores en los que la pobre señora de compañía tenía que soportar el peso de las dos señoritas y del perrito, subiendo en forma de pirámide humana, la pirámide de los circos. ¡Pero todo lo soportaba con gusto antes de subir los mil doscientos escalones que había hasta el piso de las acompañadas!

Alguno de esos ascensores raquíticos anuncian con temor la carga que admiten, aunque lo anuncian en francés para no ofender al que monta en ellos, pues no puede llamarse *carga* al peso

de un caballero. «*Charge—dicen—30 kilogramos.*»

Muchas veces los porteros de esas casas en las que hay un ascensor de pesos mínimos, pesan con la *romana* al que intenta subir en ellos, o lo rechazan de plano, «porque no hay más que verle para darse cuenta de que pasa de los noventa».

Por causa de los gastos que pesan actualmente sobre los caseros, los ascensores han reducido su utilidad, y sólo funcionan el día primero de mes, que es el día de pasar el recibo a los inquilinos.



## NO FUNCIONA

es el cartelito que cuelga generalmente de los ascensores suprimidos, como ese tren rápido que antes unía todos los días dos ciudades y que ahora ya no circula.

Los ascensores españoles lo que no saben es bajar ocupados. Eso está terminantemente prohibido, y, según el cartel que se lee en su interior, «Sólo las personas impedidas lo podrán utilizar para bajar». ¿Será causa de impedimento, a juicio del señor portero, el tener unos callos recalcitrantes? ¿Lo será el que las botas nos aprieten?...

La resistencia de los porteros españoles a poner el ascensor es terrible. En España nadie tiene la cierta resignación necesaria con que debe soportarse el haber nacido una cosa u otra, aunque se trabaje por prosperar. No comprende el cochero que haya de ser cochero, ni el portero, portero. Eso es lo que principalmente le suele tener irritado al portero, y por lo que no le da la gana de poner el ascensor.

—¿Hace usted el favor de ponerme el ascensor?— se le pregunta con muy buenos modos.

Y entonces el portero, sin sacar las manos de los bolsillos de ese levitón, que, como los bolsillos de las sotanas, se corresponden con los del pantalón, mira las piernas del que ha hecho esa pregunta como diciéndo-



le: «¡Pues no veo que sea usted cojo», y después, poco a poco, se dirige al ascensor, abre la puerta de hierro de la jaula, abre la puerta del armario, las cierra con sequedad, y después, si el vecino no toca el botón del ascensor, el portero toca el botón en que parece estar escrita una dirección asaz expresiva e insultante. Yo, para que no me envíen ahí, me apresuro siempre a dar al botón ascensorial, pase lo que pase, y aunque me equivoque y ese tercero no sea el cuarto cuarto al que yo voy, o ese *final* esté en las nubes y tenga que volver a bajar cien escalones.

Sólo una vez me he explicado la resistencia de los porteros a poner el ascensor a los que lo piden. Yo notaba que aquel ascensor tardaba mucho en funcionar, y por eso me dediqué a observar en lo que pudiese consistir aquello, hasta que logré sorprender el secreto, por el cual los porteros, después de encerrar con llave al cliente, subían la escalera, y a polea tiraban de la caja estrecha y difícil. ¡Cómo sudaban los pobres esposos!...

Desde aquel día acostumbro a preguntar a los porteros, para tener la caridad de no subir en el ascensor:

—¿Lo mueven a brazo?

Y sólo si me contestan que no, subo al siempre misterioso aparato.

A veces en los ascensores hay prescripciones que aterrorizan:

- 1.<sup>a</sup> Dar al botón del piso en que se desee parar.
- 2.<sup>a</sup> Rezar el credo.
- 3.<sup>a</sup> Confesarse consigo mismo, porque el ascensor es una especie de confesonario portátil.
- 4.<sup>o</sup> Quedarse quieto en el ascensor si hay alguna avería, esperando a que los porteros la descubran cuando hagan la limpieza al día siguiente.
- 5.<sup>a</sup> El timbre de alarma sólo podrá ser usado en caso de asesinato, y sus falsos usos están penados por la misma ley que regula el uso del aparato de alarma

de los trenes. (Real decreto del casero en carta autógrafa a la portera.)

Yo he desistido casi de montar en los ascensores y subir en esas barquillas peligrosas a las alturas a que conducen: a 3.600 ó 5.800 metros sobre el nivel del mar.

Yo soy un alpinista de las escaleras que no se enchiquera en los ascensores porque no le da la gana; y eso que sé una martingala por la que, tocando todos los botones al mismo tiempo, la ascensión es rápida, rauda, pues así se suman todas sus velocidades y sus fuerzas. ¡Resulta un cien caballos cuesta arriba!

### Las señoritas afilepinadas

Las señoritas afilepinadas tienen un éxito extraño. Hasta los caballeros más ricos, los que se exhiben en los palcos proskenios con una mujer, se ve que han *incurrido* en una señorita de tipo un poco afilepinado siempre.

Abundan mucho las señoritas afilepinadas. Yo desconfío absolutamente de ellas; pero sería inútil que se le sugiriese a nadie esta desconfianza. Los muchos que han de sufrir su influjo, lo sufrirán aunque se den cuenta de todo lo china cursi o china elegante que es su conquistadora—porque siempre es ella la conquistadora—.

¿A qué se debe ese influjo de la señorita afilepinada? Pueril, de cráneo primitivo y—por decir alguna barbaridad—*cuneiforme*, tienen ideas obcecadas, fijas, que sugestionan por su sonrisa o su mueca china y por el subrayado de sus ojos, de su aparente e hipócrita resignación y de su aspecto sufrido. Su dominación es aciaga, cerrada, y tiene el mordisco cerrado con que el hurón—el terrible hurón—apresa al conejillo.

Los señoritos torpes, obsesionados, sorprendidos,

cazados por lo que de extraño hay en la fisonomía de las señoritas afilepinadas, se quedan cogidos, y después, como ellas, con algo de blanda inferioridad, cultivan sus manías, sus ideas, sus comentarios absurdos en el teatro o en la visita, se encuentran más engarfiados a esa expresión aniñada, y sin embargo ¡demasiado adultal, de la «indiada», por no decir india, ya que no acaba de ser ésa la palabra.

¿Quizás he acabado de definir este tipo al decir *afilepinado*? No. Ni cuando digo que tiene rasgos de china trazo el tipo, ni cuando he dicho «indiada».

Esta clase conocida, temible, como de modestas vampiresas, para el ingenuo Madrid, puede no ser chata, no tener pómulos salientes ni rígida sonrisa de media luna. No. Su rasgo indio es disimulado, discreto, pero suele estar siempre en el rostro de las amantes de más postín, y de las esposas que tienen más magnetizados y achicados a sus esposos.

¡Extraño poder de ese guiño y de ese parecido, que basta que esté sólo insinuado!

La señorita afilepinada puede no ser filipina—hay muchas filipinas bondadosas y angélicas—; pero en cuanto se vea ese rasgo romo—de pico corto y atenzante—y esa mirada dulce y *pulposa* de sus grandes o pequeños ojos, de un negro de escarabajo, se debe pensar en bellezas más serenas y simples que deshagan el influjo.

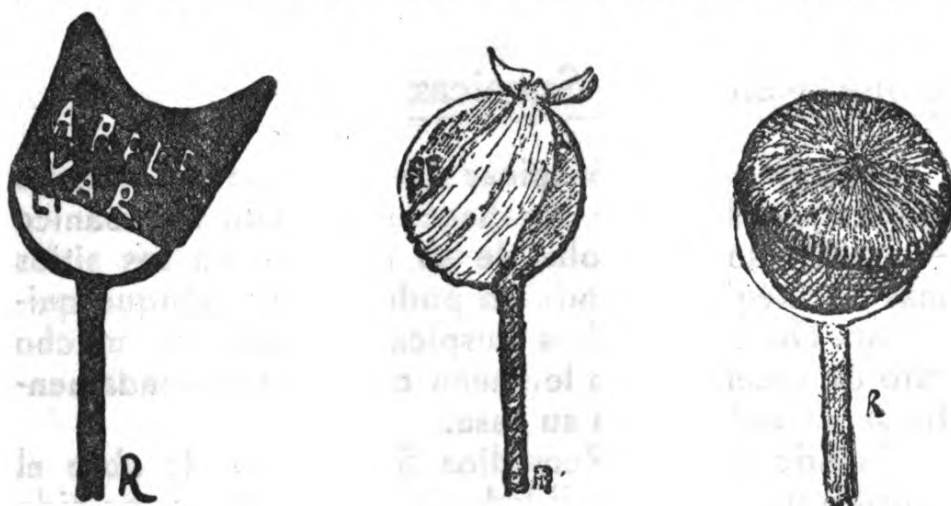
### Los alquilar eclipsados

¡Qué grato ha sido en los momentos de prisa ver en la lejanía de la calle un alquilar levantado, como gran azucena, como lucecilla venturosa, meciéndose, inocente de lo que le esperaba, en el coche lento, parsimonioso, de movedizas caderas, en la hora sosegada de la libertad!

Pero qué triste es ahora, en la hora urgente, no ver sino alquilas eclipsados, hipócritas, que nos harán llegar después de la hora de la agonía a todas partes, porque hay que hacer el camino a pie.

Los eclipses de los alquilas son de tres clases: eclipse por el pañuelo, eclipse por la gorra de cuartel y eclipse por la gorra del cochero.

En la gorra de cuartel pone claramente: «A relevar», y como es claramente una cosa oficial, no indigna tan-



to; parece entonces que el alquila, que es un verdadero cara ancha, lleva el sombrero oficial.

El alquila con un pañuelo atado es el más indignante, tozudo, con su pañuelo de hierbas como las criadas cuando entran en la iglesia, y muchas más veces como al que le duelen las muelas. Con el atadizo de su pañuelo sucio nos asombra siempre, porque es su disculpa una burda disculpa, como aquella con que queríamos engañar al profesor y hacerle creer en nuestra enfermedad poniéndonos un pañuelo de seda al cuello.

La tercer fase del alquila, la del alquila al que tapa el cochero con su propia gorra por carecer de pañuelo y de gorra cuartelera y oficial, es el alquila ya completamente cínico, perchero de la desvergüenza de

los cocheros más chulos, que van diciendo con un desahogo imposible: «No lo alquilo porque no me da la gana, y lo cubro con mi gorra para que nadie se atreva a preguntar».

Realmente, ese alquila con gorra de majo un poco ladeada sobre su rostro, al que cubre torvamente hasta los ojos, es un alquila al que hay que dejar pasar, quitándonos el sombrero en justa correspondencia con el cochero.

### Doña Remedios Suspica

Doña Remedios Suspica no cree que los tranvías tienen parada fija y les hace señas con su abanico —mostrando la argolla de su pulsera— en los sitios más estratégicos, donde no podrían parar aunque quisieran. Doña Remedios Suspica, después de mucho rato de creer que no le hacen caso intencionadamente, se va andandito a su casa.

Cuando a doña Remedios Suspica se le abre el bolsillo por una casualidad, siempre cree que ha sido un ladrón el que le ha andado allí dentro...

Doña Remedios Suspica cree que los que van apretujadísimos en el tranvía la empujan con intención, y al apearse se indigna mucho porque no le dejan libre la salida inmediatamente.

Doña Remedios Suspica lleva la derecha con cara de guerra, y todo el que distraído se la haya querido quitar resultará a su vista como un villano que la ha querido desposeer de lo más sagrado que hay sobre la tierra: del derecho a la derecha. Lleva su sombrilla como si fuese una espada.

Doña Remedios Suspica cree que es contra ella contra quien lanzan los chiquillos el voceo de los periódicos, y cuando el cochero grita a todos: «¡Ahí val ¡Ehl...», se considera muy ofendida.



Doña Remedios Suspica<sup>z</sup> da una lección a todo el tranvía cuando va en la plataforma una doncella con un niño y no hay quien le deje sitio.

Doña Remedios Suspica<sup>z</sup> cree que los mangueros riegan las calles por ver si la pueden mojar a ella.

Doña Remedios Suspica<sup>z</sup>, en los jardines públicos, cree que la incontinencia de los pajaritos en los árboles es algo intencionado. Por eso no va, por ejemplo, al Retiro. Pero dice en cambio: «¡Ah, en el abierto Campo del Oeste ya es otra cosa!»

Doña Remedios Suspica<sup>z</sup> mira con mucha suspica<sup>z</sup> sobre todo a los perros chiquitines, que son unos guasones y no porque crea que la van a morder, sino porque piensa que le van a tirar de la falda.

Doña Remedios Suspica<sup>z</sup>, en cuanto se levanta, abre la puerta de su piso y mira la pared que por fuera encuadra su puerta, por si el lechero ha escrito alguna indecencia contra ella.

Doña Remedios Suspica<sup>z</sup> cree también que todos los cacareos son cacareos burlones.

¡Y cuántas cosas más cree la pobre doña Remedios!  
¡Y cuántas doñas Remedios Suspica<sup>z</sup>es hay!

### Las casas de alquilar disfraces

El Carnaval, o el *Antruejo*, como dicen esos a los que les gusta chupar un hueso de aceituna interminablemente, está de cuerpo presente en su casa. ¿Y cuál es su casa?

Su casa es una de esas tiendas de alquilar trajes de máscaras, en las que hay siempre un corro de máscaras en posturas idiotizadas.

En el espejo de luna que suele haber en esas tiendas se ha reflejado la escena con toda nitidez e iluminada con esa iluminación de escenario que ilumina los espejos de los armarios de luna.

Le han velado esas máscaras que se retiran con tanto respeto hacia la pared, esperando como en un mercado de esclavos que alguien los escoja. (No olvidaremos aquellos esclavos blancos que había en Nueva York, y que se ofrecían en el mercado cubiertos con antifaces negros.)

Esas tiendas también tendrán que desaparecer, pues, como cuando el difunto no deja herencia, la familia tiene que levantar la casa y perderse en los cuartitos en que ya no se sabe quién vive, en que viven los que no nos volvemos a encontrar más.

Esas tiendas eran unas prenderías curiosas, con prendas de muy curiosos colores. Allí entraron un día a desnudarse y a dejar sus trajes las máscaras primeras, las que, ya viejas y sin humor, tuvieron que vender sus trajes.

La comparsa es diferente, y el que triunfa en ellas es el disfraz verdegay, el que con un tipo de verde brillante y llamativo, tiene más grandes lentejuelas de un oro verdoso.

Los dominós, los capuchones de esos coros, son dominós tétricos y de algún modo las máscaras de luto, las pobres *diversionistas* con su hábito de *diversionistas*, hábito para frailes y para monjas de la misma Orden, pues ellos tienen antifaz con barbas negras de frilazo, y ellas sólo antifaz corto, rapado solamente sobre la barbilla y, a lo más, con un ligero bozo de encaje.

Los capuchones son los que han estado más en carácter en el velatorio del Carnaval.

¡Pobre tienda de huéspedes la de los alquileres de disfraces! Su vida era precaria, mortecina, con su bombilla colgante y su brasero para que todos se calentasen. Como detalle incongruente y que da más frío, en esas tiendas destartaladas y provisionales hay un sillón de mimbre o una mecedora.

Tenía una cosa de guardarropía barata esa reunión

de monigotes en la tienda de ladrillos deshabitados. La nueva corista del Carnaval—¡cuántos partiquinos en el gran teatro del Carnavall!—entra en su tienda, elige su otro yo y se mete en el cuartito de las pruebas y las transformaciones. Un cuartito sistema fotógrafo, o séase como esos que hay en las fotografías, en los que hay un espejo con marco de trapo y un peine con pelo de otros. Allí las infieles, las audaces, las tontas, se ponían el traje con que salir a la calle, y se soltaban el pelo de mujeres ya hechas, pelo delgado, que cae en mechones agudos y de edad reconocible.

Era notable ver cobrar vida a un fantoche de esos, como si la hubiese tenido, sino que cataléptica, antes de que se metiese nadie en ellos.

Allí se quedaban los trajes de los que se habían sentido *indispuestos* por la fiesta y, por lo tanto, habían tenido que incurrir en ella. No se admitían reclamaciones sobre lo que hubiese en los bolsillos, y por eso las máscaras llevan en el bolsillo del pantalón sus cuartos y sus documentos.

Esas máscaras un poco subidas de hombros, que permanecen encerradas y serviciales en esas tiendas de alquiler, son, ahí donde se las ve de formalitas y calladas, las más divertidas del Carnaval, las que más gritan, las que más galopan, las que se sabe menos que nadie de quién son.

Esos retenes de máscaras, esas policlínicas de máscaras, estaban desiertas toda la noche desde que se anuncia el primer baile. Es a última hora cuando recurren a esas tiendas—parece que se fragua un complot



cuando son varios los que entran a disfrazarse—, y es a última hora cuando los van a dejar. (Muchos disfraces huyen con sus alquiladores, y prefieren perder su traje civil que perder el disfraz, con el que se vestirían durante todo el año.)

Barraca de feria, barraca de figuras de cera, parece de verdad esta tienda del percal, esta casa de cambio,

este almacén de ropas hechas.



Los mantones de Manila de esas tiendas son lo más franco, lo que se pone la mujer que sabe *tocarse*, lo que necesita un cuello limpio, despejado, dorado a fuego. Son de alquiler caro, hay que tener un gran cuidado

con ellos y necesitan fianza. Convierten al Carnaval en la verbena de San Carnaval. Serán quizá lo único que persista en el gran festival de batalla de flores y *confetti* a que quedará reducido el Carnaval.

Ya sin máscaras callejeras y en la compensación de los tres días de juerga y de alquileres, no tendrán razón de vivir tantas tiendas de alquiler de disfraces. Sólo en un piso o en un sótano se sabrá que hay quien alquila trajes para los bailes. Ya esa especie de cafés cantantes de las máscaras, que eran esas tiendas de disfraces que alquilar, tendrán que desaparecer.

**Alquilemos en ella un capuchón de luto por última vez para ir al entierro de la Sardina, que por fin va a ser un verdadero entierro, el entierro final y definitivo de que habla el Apocalipsis.**

### **Greguerías al menudeo**

**A veces, cuando se está lejos del mar—porque cuando se está frente a él nos entontece y nos enmudece—se piensan imágenes marítimas como esta que se me acaba de ocurrir: «El mar nos ensaliva», o mejor dicho: «El mar nos escupe».**

\*

**Una gran ciudad como esta en que se ven muchos anuncios de «Zurcidoras de calcetines» es una ciudad inefable, casera, pobrecilla.**

\*

**En la madrugada canta el gallo de Pathé Frères en el mundo infectado por sus discos, sus películas y sus gallos cocorineantes.**

\*

**Hay unos papeles que se pegan a los zapatos y que, aunque uno es prudente y espera a que ellos se suelten, hay que enfadarse con ellos para que no nos sigan.**

\*

**Los lápices huelen a colegio, a la felicidad del colegio—claro está—, no a sus castigos ni a su pesadez.**

\*

**Hay una manera de llevarse la mano al lado derecho del pecho, ante la que parece que es que el transeunte se ha sentido morir durante un instante notando una**

punzada atroz en el corazón... «¿Pero cómo el corazón en el lado derecho?», rectificamos en seguida, pensando que lo que ha sido es que se ha echado mano a la cartera, creyendo que se la han robado.

\*

Escribir sobre los *bloks* de papel ranurado es como fabricar empanadillas por cuyo borde también ha pasado la ruedecilla dentada y móvil de la cocinera.

\*

No sólo es lo malo que se caiga el botón, sino la verruga de pelo que queda encima, en su sitio.

\*

Hay unos días enfurruñados que amenazan feroces, pero que no hacen después nada. Sin embargo, en esos días el cañizo que toca el afilador pone una melancolía atroz, pues ese caramillo de flautas tristes parece que toca la música del alma de las cocineras, la música que conmueve y atrae el corazón de los patios. ¡Tono tristón, como si hubiese encontrado el flautista de las cinco flautas el verdadero motivo sentimental que se escapa a las alcantarillas!

\*

Los ciclistas son los raudos ratones de las carreras y del deporte en general.

\*

Hay muchos momentos de ruidos sospechosos en que los tranvías parecen ir a descarrilar, y hasta algunas veces lo logran... Cuando descarrilan, el conductor comienza a llamar a los forzudos «gatos» que necesita:

**Phsi—pshiii...**

**Phsi—pshiii...**

**Y cuando los «gatos» llegan levantan el coche, y como quienes empujan la barca al mar así lo encarrilan entre todos los conductos de coches atrancados...**

**Viendo pasar y hacer de las suyas y dar sus golpecitos en los postes de los tranvías al pollo-inquieto, me he imaginado el caso de un seráfico pollito que da con su cayada en un poste eléctrico, y ¡ful, de pronto, brota del poste una fuente de electricidad con calidades de bengala que se deshace.**

\*

**Yo no he suprimido aún la rúbrica en mi firma por lo contenta que se pone la pluma al trazarla... Y hay que darle algún gusto a la pobre.**

\*

**Hay unas estrellas que se mueven en el cielo y que no son estrellas que se desprenden y caen, sino estrellas de los serenos del cielo que acuden corriendo a donde les han llamado. Ésta es la última palabra de la ciencia, que ha modificado así la antigua teoría de la lluvia de estrellas.**

\*

**Hay horas que dan sus campanadas detrás del mundo, es decir, horas cuya campana, aunque todos estábamos en silencio, nadie ha oído.**

\*

**Esa cosita respingona que llevan en la coronilla de la boina los que usan ese capacete, es el rabito por donde la muerte les agarra cuando están maduros, como peras que coge del frutero para comérselas.**

## Dos postales luminosas

En las noches de Madrid han surgido numerosos faroles anuncios, que son como las *mangas parroquiales* del anuncio. Parece que nos *hacen sombra* en vez de



darnos luz, y que son un estorbo para la vista, algo que nos perturba la perspectiva y que no nos deja tener la visión natural de la noche. Son algo monstruoso, hijo de ciertas imaginaciones torpes, de *operarios* más que de artistas.

Entre esos anuncios, los más importantes, los que



tienen cierta belleza de tarjeta postal iluminada, son sólo dos o tres.

Grandes postales luminosas y *encabritadas*, cursilonas, pero vistosas postales, se mezclan a nuestros



ideales y nuestras ilusiones. No tienen que ver nada con nuestras concepciones, con nuestros modelos de arte; pero hacen su papel en la vida y, de pronto, caracterizan, mejor que la caracterizaría nada, una calle o

una esquina. Primero nos irritaron un poco; pero después vimos que no podían perjudicar nada a la evolución del arte. Eran cosas al margen, típicas, graciosas; los ideales, las mujeres soñadas de un cualquiera. Quizás hay en el alma de muchos ese microbio de belleza.

Estampas de almanaque sin fechas, van haciendo que nos acostumbremos a ellas, y por fin un día, cuando a lo mejor las apagan, parece que han cometido un desacato, que han suprimido algo que debía consagrarse «monumento» o «señal» nacional.

Al pasar por ahí, ya a cierta hora, nos acordamos de ciertas cosas: quizás pensamos en una mujer que parece haber sido representada en el anuncio, o en la musa de ciertos poetas adolescentes, retrasados y llenos de tópicos.

### Los padrinos

Hay una decadencia del padrino. ¿No sería oportuna la reposición en los carteles de esa zarzuelilla de la que apenas nos acordamos y que se titula *El padrino del nene*?

Los padrinos de los hombres en los bautizos eran para la criatura ya mayor una especie de padres desinteresados y de amigos voluntarios y supremos. Era la suya una institución más depurada que la de la paternidad, porque la paternidad se inspira en el egoísmo de que el hijo es su hijo.

Los padrinos representaban la protección limpia, libre, demasiado digna.

Hoy no se hace caso de lo que compromete el haber sido padrino de un niño. Los padrinos suelen ser ingratos. No son dignos de esa afección en la que pueden hasta sobrepasarse. Se les ha dado un medio de ser superiores a sí mismos y no lo llegan a ser.

El temblor que produce ser padrino de un niño es

de una independencia extraña. Se siente toda la responsabilidad de la amistad y de la ternura. La madrina está trémula como una madre que no ha pecado para poder tener su hijo en las manos. Entre los dos padrinos se verifica un enlace de desinterés supino, y aunque no se vuelvan a encontrar después de esa boda indecisa, se sienten unidos como los que se casaron por poderes y no se volvieron a ver después de la boda.

Los padrinos—y a esto iba a parar—son para el verano... Los padrinos deben convidar a horchata y a pasear por el Retiro a sus ahijados... A las futesas, a las bagatelas y a los recreos del verano deben convidar los padrinos.

Alguna vez se ven algunos padrinos sentados junto a sus ahijaditos en los puestos de refrescos de las esquinas... Sus ahijaditos, vestidos de blanco, meten la cabeza en los vasos, pues se les ha quedado la paja corta.

### Transmutación

El ministro de las gafas ahumadas mandó poner hojas de parra en todas las estatuas, grandes hojas de parra, no escatimándose nada en los materiales para conseguir el buen efecto apetecido. Se votó un millón de duros para esa obra.

Con gran solemnidad se verificó la imposición de la hoja de parra a todas las estatuas. Asistieron numerosas damas de congregaciones diferentes y los congregacionistas y cofrades de las archicofradías. El impositor—¿o impositor?—de las hojas de parra usaba para pegarlas una de esas barras de lacre blanco que hay para pegar objetos de porcelana, y aquí una hoja y allí otra, todo el Museo quedó lleno de hojas de pámpano.

Después de la ceremonia todos se fueron retirando y tuvieron, como en los atrios de las iglesias después de los funerales, un rato de atrio, en la puerta del Museo, comentando aquello que habían tapado.

—¿Y no se caerán?

—No. Esa substancia pega todos los objetos de porcelana, cristal, pórfido, mármol, piedra, hierro...

—En último caso las lañaríamos a las ingles.

En el fondo del Museo cerrado las estatuas se miraron a la hoja de parra, y al sentir aquella picazón, aquel estorbo como el que siente el cómico en el labio bajo el bigote postizo, se rascaron con disimulo. Ese acto de rascarse comprometió su inocencia. Nunca se habían movido, nunca se habían visto, nunca se habían tocado; pero la atención y la picazón que despertó en ellas la hoja de parra hizo perder la serenidad del Arte.

Todas las estatuas habían perdido la ingenuidad; todas habían cometido, por gracia de la hoja de parra, una especie de pecado original

sólo para estatuas. Todas habían quedado pervertidas. Sabían lo que no se habían supuesto nunca. El ministro de las gafas ahumadas había sido como la serpiente.

Pero, bueno; pasó tiempo, y las estatuas, que lo único que no podían hacer era bajarse de sus pedestales, tuvieron el reconcomio solitario de haber perdido la inocencia y de no poderse abrazar unas a otras. Bajo



sus hojas de parra se producía el fenómeno de la transmutación. La naturaleza despierta, iniciada, tiene que buscar una solución.

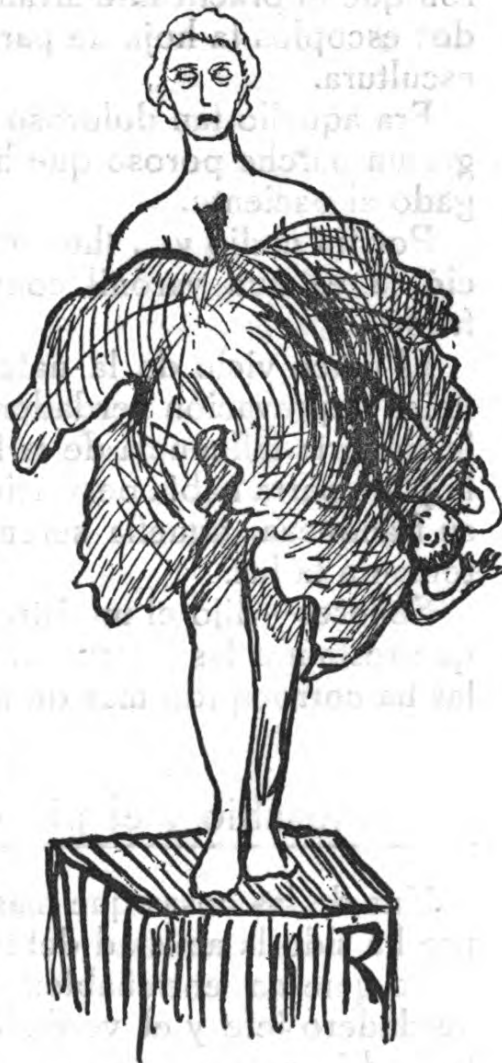
Ya en aquellos rostros de pura línea, de seguro perfil, se notaban los estragos del tiempo y de los insomnios desvelados, percibiéndose muy intensas ojeras en todos los rostros.

Alguna estatua tuvo la erisipela de los mortales; otra, muy extrañas manchas en su mármol, y hasta un enorme ántrax apareció en el codo de otra. En alguna se reprodujo la hoja como esqueje y la cubrieron los brazos de la parra como los altos emparrados. En alguna sólo creció la hoja sobre un gran bulto inminente.

La sencilla línea de las estatuas con el pensamiento alto y fijo en los cielos claros de la inmortalidad se había complicado.

Así pasó tiempo, mucho tiempo. El ministro de las gafas ahumadas resultaba ser muy antiguo en la historia patria y vinieron ministros jóvenes, audaces, en los que la sangre estaba menos corrompida, porque había sufrido menos contención que en los otros.

Uno de aquellos elementos jóvenes traía como cláusula de su programa la abolición de la hoja de parra, y se dispuso a realizar esa iniciativa, reuniendo a to-



dos los artistas de la nación en las salas vaticanescas de la escultura, en el gran Museo Nacional.

Mujeres alegres, sanas y valientes, asistieron a la fiesta.

Todos congregados ante la primera estatua, esperaron que el practicante arrancase con los finos y afilados escoplos la hoja de parra, demasiado pegada a la escultura.

Era aquello tan doloroso y tan difícil como despegar un parche poroso que hubiese estado un siglo pegado al paciente.

Por fin cedió y..., ¡horror!, ¡abominación!... Apareció la estatua varonil convertida en estatua hermafrodita.

El único vicio de la naturaleza, su único error, su única depravación verdadera se había consumado bajo la sombría influencia de la hoja de parra. La maligna hoja de parra había pervertido los sexos, su sinceridad, su franqueza, aquella serenidad y aquella lógica que tenían a la luz.

Señores—dijo el ministro joven y temerario—, hay que restaurar las estatuas... La traidora hoja de parra las ha corrompido más de lo que creíamos.

### El monosabio y el picador

Una de las cosas que más me han conmovido siempre ha sido la amistad del monosabio y del picador.

Se quieren entrañablemente, se necesitan, son el verdadero jefe y el verdadero secretario unidos con lealtad imperecedera.

Son el picador y su mono algo así como esos solterones que viven solos con un perro o un loro, a los que quieren entrañablemente.

Se los ve pasar a los dos montados en el mismo caballo, en apretado abrazo, hacia la batalla de la tarde,

compadecido el caballero de la lanza de su pobre espolique, al que ha subido al caballo en atención a que tantas veces le ha salvado de la muerte.

¿Por qué el lancero no lleva la lanza? Sería mucho más garboso que el picador fuese a la plaza con su lanza en elevada actitud, dándole eso una gran altura.

El lancero va por su lanza al cuartel, en el que parece que están depositadas las lanzas en un aparato parecido al que sirve para colocar los tacos de billar.

Va y vuelve de la plaza sólo con su monosabio, orgulloso de esa especie de escudero ágil y valiente que le ha arrancado de las astas del toro muchas veces, llegando a pinchar al toro en el lomo con un alfiler que lleva para esos casos extremos, o dándole un coleo *in extremis*.

—¡Te debo la vida, muchacho!—le ha dicho el picador en distintas ocasiones, y toda la familia del picador le ha mirado con gratitud.

—Cuando dejes el caballo—le suele decir también—vuélvete por aquí, que vas a comer con nosotros.

Y el picador prepara una cena opípara para agradecer al muchacho lo que ha hecho por él.

Son dos seres que se completan el monosabio y el picador. Un buen monosabio debe hacer como que tira del caballo hacia el toro y, sin embargo, que no sea verdad, y también debe hacer algo para espantarle; es decir, dedicarse a lo que se llama «entretener» la suerte. Los malos monosabios son terribles para sus amos, porque les hacen entrar numerosas veces en liza con la lanza en ristre y teniendo que apretar atrozmente.

El buen monosabio y su picador son como esos seres de la creación que se ayudan mutuamente, y en cuya pareja el monosabio es el pájaro que camina sobre el rinoceronte ciego, guiándole y aprovechándose de sus alimentos. El monosabio es el ingenioso animalillo que, si bien vive a expensas del gran picador, le anuncia los peligros y le salva de ellos.

Cuando el picador llega rendido a su casa, y después de tirarse en el butacón pone su pierna entablillada de hierro sobre una silla que le tienen preparada como al que ha sufrido una distensión ligamentosa, el monosabio le consuela.

—Vamos, don José, ánimos... que hemos quedado bien...

Casi nunca es verdad, pero el picador se lo cree, y mientras la hija le quita la gran bota de plomo, sonríe a su monosabio satisfecho.

Por fin el día de la gran cogida, o en que se rompe la base del cráneo el picador—aunque sea muy difícil con esa base rota—, es a su monosabio a quien le dicta sus últimas disposiciones, le regala su reloj de oro, le da permiso para que se case con su hija y le hace la confidencia suprema:

—No me han comprendido los críticos de toros, pero díles que los perdono...

### Fotografías moriscas

En Granada hay numerosos salones árabes para fotografiar al forastero vestido de moro. Si de algo pudiese yo ser coleccionista sería de fotografías de esas en que los hombres más absurdos, los fenicios y los celtas más vergonzantes se retratan de moros, y las mujeres más iberas y sosas, con cara de imagen primitiva, se visten también de moras y se retratan asomadas al ajimez florido.

A veces salen cosas insospechables en esas habitaciones que son esmerada y empurpurinada reproducción de las habitaciones célebres de la Alhambra: una inglesa en cuyo tipo no se veía nada moro, sale con un aire moro que ofusca, que embriaga, que hace que todos los muchachos de la universidad granadina se acerquen a ver esa fotografía de la inglesa, faltando a clase



si es preciso; y una española que parecía insignificante queda delatada como mora por el artificio fotográfico.

Están expuestos en los escaparates de esas fotografías moriscas las pruebas de la locura que cometió tal familia o tal señorita o caballero. Es grato y alegre pararse a repasarlos viendo los dislates del contraste y haciendo leyes como ésta: «ningún catalán se puede vestir de moro».

Yo he entrado por otra cosa en las fotografías ésa y he repasado los álbumes curiosísimos en que hay ojos de hurí, de verdadera *hauari* del pa-



raíso, y ojos cegatos, *[de] beata cristiana* que cometió el gran pecado, la herejía de *[retratarse vestida de infiel]*. ¿Se lo confesó a su director espiritual?

—¿Por qué no me venden algunos de estos retratos?—he rogado a los fotógrafos.

—De ninguna manera... Imposible—me han respondido terminantemente—. Son retratos particulares, casi privados, por decirlo así, y no podemos disponer de ellos...

—Pero algunos habrán desaparecido, vivirán lejos, no se enterarán, quizás han muerto.

—Sí, tiene usted razón... Pero no nos han pasado la esquela de defunción...

He comprendido que no podía sacárseles las foto-



grafías, y es entonces cuando he fundado mi galería fotográfica en Granada y he conseguido retener las cuatro clases o géneros de fotografías moriscas: la fotografía de la pareja en la ventana; la fotografía de la familia entera tomando el te con yerbabuena; la fotografía de la señora antigua pero pretenciosa, y la fotografía de la pareja a caballo, en uno de esos enormes caballos de cartón de

tamaño sobrenatural. Un poco risueños y en broma se sentaban en los divanes de mi galería los seres más fantásticos; y aunque yo sonreía desde dentro de mi máquina, tenía que hacerles la fotografía. No había

más remedio. A veces tardé mucho en sacar la cabeza de debajo del trapo negro, porque me moría de risa viendo el esperpento morisco que iba a fotografiar; pero al fin, muy serio, apreté la bocina sin ruido, el irrigador sin agua, la pera de goma de mi máquina.

Así he conseguido cosas curiosísimas, que ofrezco al lector. Dedicado a la carrera humorística, he encontrado que en esa galería fotográfica en Granada estaba mi lugar. A veces, como todos mis compañeros que hacen fotografías moriscas, recibimos un recadito de la policía pidiéndonos una prueba de la de tal criminal y su querida o de la de tal adúltera con su novio, que se retrataron con



trajes moriscos antes de huir más lejos. ¡Qué hermosa estaba la amante del criminal, que resultaba un verdadero moro del crimen, vestido con las sábanas blancas del moro! ¡Qué prodigiosa estaba la adúltera!

A muchos maridos les hemos devuelto la belleza y el encanto de sus mujeres al hacerles un retrato vesti-

das de moras. Se han dado cuenta del sentido de la belleza cejijunta y misteriosa de sus esposas.

A veces, tan grande ha sido la revelación del origen de una belleza vestida de mora, que mientras la enfocaba mi máquina su amante la ha besado sin poderse contener. ¡Gran red de arabescos la que extendemos los fotógrafos moriscos entre los árboles de la Alhambra, esperando las parejas volanderas y perdidas!

Entran con timidez; se deciden al fin, y es grato ver, por el agujero de la indiscreción, cómo ellas se quitan las blusas tupidas para ponerse las gasas moriscas. Sólo Alah y su Profeta, en el radiante paraíso de los placeres, verán cosas parecidas.

F I N

# ÍNDICE

|                                                   | <u>Páginas.</u> |
|---------------------------------------------------|-----------------|
| Advertencia preliminar.....                       | 5               |
| Teoría y estética de los cuellos de pajarita..... | 7               |
| Astronomía: Las estrellas.....                    | 10              |
| Loros célebres.....                               | 13              |
| Cuando se es un etcétera.....                     | 18              |
| La primera piedra.....                            | 19              |
| Oti-Oti.....                                      | 20              |
| Los seres y las cosas de los sueños.....          | 21              |
| Ropa tendida.....                                 | 22              |
| El mejor detective.....                           | 24              |
| La viuda inadmisible.....                         | 26              |
| La tragedia del quiosco.....                      | 27              |
| Las tazas y el vermuth.....                       | 29              |
| Greguerías del tiempo frío.....                   | 31              |
| Incongruencias .....                              | 33              |
| El que presintió la catástrofe.....               | 35              |
| Casas.....                                        | 36              |
| La casa de las medias.....                        | 36              |
| La casa de los sandios.....                       | 37              |
| La casa de los bichos.....                        | 39              |
| La casa de las persianas rotas.....               | 40              |
| La casa de la ventilación.....                    | 41              |
| La casa de los bustos.....                        | 42              |
| La casa de las blusas de pintas.....              | 43              |
| La casa de las jamonas.....                       | 45              |
| La casa de los toldos.....                        | 46              |
| La casa de los botijos.....                       | 47              |

|                                                    | <u>Páginas.</u> |
|----------------------------------------------------|-----------------|
| La casa de los cristales rotos.....                | 49              |
| La casa de los tocadores.....                      | 50              |
| La casa de la marquesina.....                      | 51              |
| El plumero intelectual.....                        | 53              |
| El pintor que rifa sus cuadros.....                | 54              |
| La solitaria y la tenia.....                       | 56              |
| Amas de cría.....                                  | 61              |
| Los pájaros fritos.....                            | 62              |
| Los troles, cansados.....                          | 64              |
| Los coches de los colegios.....                    | 65              |
| Instrumental de dentista.....                      | 67              |
| Los solares.....                                   | 70              |
| Observaciones pascuales.....                       | 72              |
| La vereda de la Puerta del Sol.....                | 75              |
| Los bandos de los jardines.....                    | 76              |
| Adornos de portal.....                             | 77              |
| El doctor Rasurel.....                             | 81              |
| Destrozonas.....                                   | 83              |
| El hombre del guardapolvo.....                     | 86              |
| El cura castigado.....                             | 88              |
| Estercoleros.....                                  | 88              |
| Los bastones.....                                  | 89              |
| En la ventanilla de los «Objetos encontrados»..... | 92              |
| Memorable procesión.....                           | 94              |
| La ocarina humana.....                             | 95              |
| El pintor de retratos.....                         | 97              |
| Los limones del verano.....                        | 10              |
| El papá vestido de blanco.....                     | 101             |
| El pasquín perenne.....                            | 102             |
| El que le ha tocado el sillón de mimbre.....       | 104             |
| Tiendas de retales.....                            | 106             |
| El hombre de la uña larga.....                     | 107             |
| La faja española.....                              | 109             |
| Esas gafas.....                                    | 111             |
| Las latas de sardinas.....                         | 116             |
| La señorita de Marabú.....                         | 117             |

|                                           | <u>Páginas.</u> |
|-------------------------------------------|-----------------|
| El hombre galante.....                    | 119             |
| La cosecha de barajas.....                | 120             |
| Un piso más.....                          | 122             |
| Los árboles de los bastos.....            | 123             |
| ¿Y los chalecos blancos?.....             | 126             |
| Mi «Roskopf».....                         | 127             |
| Cuadernitos de apuntes.....               | 129             |
| El hombre que echa fuego por la boca..... | 131             |
| Mi sereno está constipado.....            | 132             |
| Bigoteras.....                            | 133             |
| Epidemias raras.....                      | 135             |
| Greguerías.....                           | 136             |
| Lunatismo.....                            | 140             |
| La nueva serpiente.....                   | 141             |
| Hay gas en todos los pisos.....           | 143             |
| El tranvía japonés.....                   | 145             |
| El huevo de madera.....                   | 145             |
| Lo que inventé.....                       | 147             |
| En los acuarios.....                      | 148             |
| Ejemplos de obsesión.....                 | 151             |
| «Toallas»; no «tohallas».....             | 152             |
| El arquitecto fantasmagórico.....         | 154             |
| Lo que llevamos en la cabeza.....         | 159             |
| El jardín tonto.....                      | 163             |
| Cláusulas testamentarias absurdas.....    | 163             |
| Suspicias.....                            | 165             |
| La noche acústica.....                    | 168             |
| El cinturón de azabache.....              | 169             |
| Greguerías sólo para este libro.....      | 169             |
| Jipis.....                                | 182             |
| Gestos.....                               | 185             |
| Modelos de cartas.....                    | 187             |
| Modelos de cartas de pésame.....          | 190             |
| Modelos de misivas de amor.....           | 191             |
| Modelos de cartas familiares.....         | 192             |
| Modelos de cartas varias.....             | 193             |



|                                                       | <u>Páginas.</u> |
|-------------------------------------------------------|-----------------|
| Modelos de dedicatorias de libros.....                | 193             |
| Modelo de carta a los organizadores del banquete a X. | 193             |
| El <i>Bailly-Baillièr</i> .....                       | 194             |
| Arte culinario, puericultura y parricidio.....        | 200             |
| Las tiendas de baños.....                             | 202             |
| El álbum.....                                         | 204             |
| Greguerías nuevecitas.....                            | 211             |
| Las barcas de la locura.....                          | 217             |
| Por el mismo correo.....                              | 220             |
| De soslayo.....                                       | 221             |
| Los ascensores.....                                   | 223             |
| Las señoritas aflipinadas.....                        | 227             |
| Los alquileres eclipsados.....                        | 228             |
| Doña Remedios Suspica.....                            | 230             |
| La casa de alquilar disfraces.....                    | 231             |
| Greguerías al menudeo.....                            | 235             |
| Dos postales luminosas.....                           | 238             |
| Los padrinos.....                                     | 240             |
| Transmutación.....                                    | 241             |
| El monosabio y el picador.....                        | 244             |
| Fotografías moriscas.....                             | 246             |

5164231















BOUND

DEC 5 1942

UNIV. OF MICH.  
LIBRARY

868  
G629ram

Gomez de la Serna  
Ramonismo.

046421

*Referred*  
*Henriette Emery*  
1011 E. Vi

JUL 26  
1944

MAR 7 1944  
SEP 5 1944

*ed* MAR 25 1949 @

*ed* MAR 29 1949 @

Apr 5 1949



